

BZ

CIO

STAVAN
LE MITA
SUN COL
de oil
cipales

2982

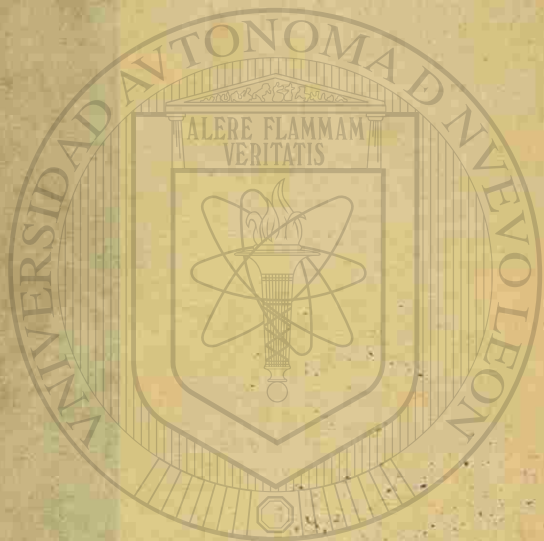
P02524

V38

v.1



1020026942

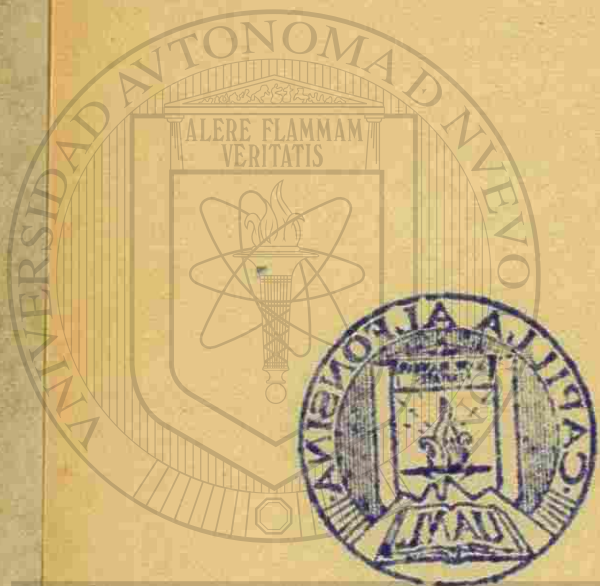


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





FONDO
RICARDO GOARRIBIAS



FONDO
RICARDO GOARRIBIAS

EL VIENTRE DE PARIS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



843
2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas.	_____
Núm. Autor	2265
Núm. Adg.	30823
Procedencia	28
Precio	_____
Fecha	_____
Clasificó	_____
Catálogo	_____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Los Rougon-Macquart

Historia natural y social de una
familia bajo el segundo Imperio



El Vientre de París

Por EMILIO ZOLA

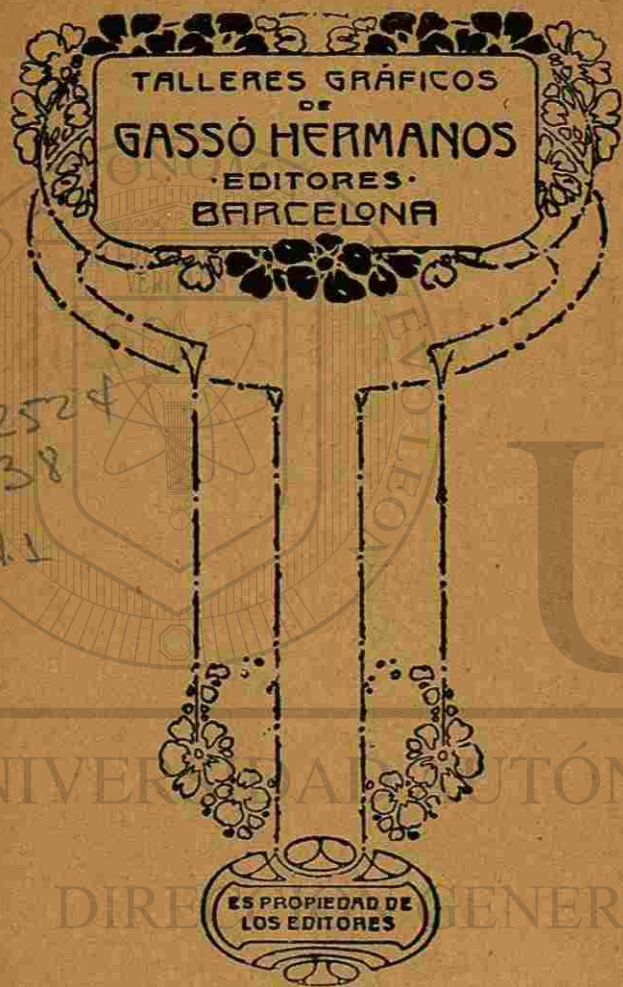
TRADUCCION DE

EMILIO M^a MARTINEZ

Tomo I
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aptdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

GASSO HERMANOS, EDITORES
Santa Teresa, 4 y 6
BARCELONA

30823



El vientre de París

En medio del gran silencio, y por el desierto de la avenida, los carros de los hortelanos subían en dirección a París, con los vaivenes ritmados de sus ruedas, cuyos ecos repercutían en las fachadas de las casas, adormecidas en los dos bordes, detrás de las líneas confusas de los olmos.

Una chirriante carreta de coles y otra de guisantes, en el puente de Neuilly, y se habían reunido con los ocho carros de nabos y de zanahorias que bajaban desde Nanterre; y los caballos andaban completamente solos, con la cabeza baja, con su paso continuo y perezoso, que la cuesta arriba hacía más lento aún. En lo alto, encima de la carga de las legumbres, tumbados boca arriba y cubiertos con sus tapabocas de rayas negras y grises, los carreteros dormitaban con las riendas arrolladas en los puños. De vez en cuando, un mechero de gas, al salir los carros de un trecho de sombras, iluminaban los clavos de un zapato, la manga azul de una blusa, el extremo de una gorra, entrevistados en medio de aquella floración

enorme de los manojos encarnados de las zanahorias, de los manojos blancos de los nabos, de las desbordantes verdores de las coles y de los guisantes. Y, sobre la carretera, y en todas las carreteras vecinas, así por delante como por detrás, lejanos crujidos de carromatos anunciaban otros convoyes por el estilo, toda una llegada que atravesaba las tinieblas y el pesado sueño de las dos de la madrugada, arrullando a la negra ciudad con el ruido de aquel alimento que pasaba.

Baltasar, el caballo de Madame François, animal demasiado grueso, era el que iba a la cabeza de la hilera. Andaba, durmiendo, a medias, meneando a un lado y a otro las orejas, cuando, al hallarse a la altura de la calle de Longchamp, un sobresalto de miedo le hizo parar en seco las cuatro patas. Los otros animales fueron a dar de cabeza contra la trasera de los carros, y la hilera se detuvo, con sacudida de herrajes, en medio de los juramentos de los despertados carreteros. Madame François recostada contra una tablilla, encima de sus legumbres, miraba y no veía nada a la débil claridad que a la izquierda proyectaba el pequeño farolillo cuadrado, que no alumbraba gran cosa más allá de uno de los relucientes costados de *Baltasar*.

—¡Eh! ¡Señora, avancemos!—gritó uno de los hombres, que se había puesto de rodillas sobre sus nabos.—Será algún marrano de borracho.

Madame François se había inclinado fuera del carro, y había visto, a la derecha y casi bajo los cascotes del caballo, una masa negra que se hallaba atravesada en el camino.

—No se puede aplastar a la gente—dijo echando pie a tierra de un salto.

Era un hombre tendido cuan largo era, con los brazos extendidos, y caído de boca sobre el polvo.

Parecía de estatura extraordinaria, y delgado como una rama seca; milagro parecía que el caballo *Baltasar* no lo hubiese partido por la mitad con un golpe de sus herraduras. Madame François le creyó muerto; se agachó en seguida al lado de él, le tomó una mano, y vió que estaba caliente.

—¡Eh! ¡Amigo!—dijo dulcemente.

Pero los carreteros comenzaban a impacientarse. El que se había puesto de rodillas sobre sus legumbres, dijo con voz aguardentosa:

—¡Vamos, arree usted, comadre!... Está como una cuba, el lechón maldito... ¡Tírelo al arroyo!

Entretanto el caído había abierto los ojos y contemplaba a Madame François con aspecto atontado, sin menearse. La mujer pensó que en efecto debía de estar embriagado.

—No puede usted quedarse ahí; va usted a conseguir que le hagan una tortilla—le dijo.—¿Dónde iba usted?

—¡Yo?... No lo sé—respondió el individuo en voz muy baja.

Después, haciendo un esfuerzo, y mirándola con inquietos ojos, añadió:

—Iba a París; me he caído... No sé...

La verdulera le veía ya mejor, y el hombre era digno de lástima; vestía pantalón y redingote negros, ambos completamente deshilachados y mostrando la sequedad de los huesos. La gorra, de gruesa tela negra, y caída temerosamente sobre las cejas, dejaba ver dos ojos grandes y pardos, de singular dulzura, en un semblante duro y atormentado. Madame François pensó que realmente el hombre aquél estaba demasiado flaco para haber bebido.

—¿Y a dónde quería usted ir en París?—le preguntó de nuevo.

No recibió respuesta inmediata; el interrogato-

rio parecía embarazarle. Pareció reflexionar un momento, y después, vacilando:

—Por allí—dijo,—por el lado de los Mercados.

Habiase puesto en pie, con infinitos trabajos, y daba muestras de querer proseguir su camino. La hortelana le vió apoyarse vacilando en una de las varas del carro.

—¿Está usted cansado?

—Sí, muy cansado—dijo a media voz.

Entonces la verdulera adoptó un tono brusco y como de descontento. Le empujó diciéndole:

—¡Vamos, pronto, súbase usted al carro! Nos hace usted perder la mar de tiempo, demonio... Yo voy a los Mercados, y le llevaré a usted con mis legumbres.

Y al ver que el individuo se negaba a ello, le levantó casi en vilo con sus gruesos brazos y le arrojó sobre las zanahorias y los nabos, del todo incomodada y gritando:

—¡Vamos, hombre! ¿Quiere usted no jorobarnos más? Me da usted rabia, compadre. ¿No le digo a usted que voy a los Mercados?... Duerma, duerma. Yo le despertaré.

Subió de nuevo al carro y se recostó contra la tablilla, sentada de medio lado, y sosteniendo las riendas de *Baltasar*, que emprendió otra vez la marcha, adormeciéndose y meneando lentamente las orejas. Siguiéron los otros carros, y la hilera volvió a tomar su lento paso en la obscuridad, golpeando de nuevo con el vaivén de las ruedas las dormidas fachadas. Volvieron los carreteros a entregarse al sueño bajo sus tapabocas, y el que había interpelado a la verdulera se tumbó a lo largo, refunfuñando:

—¡Ah! Si hemos de recoger a todos los borrachos... ¡Buena constancia tiene usted, comadre! Rodaban los vehículos, y los caballos andaban

solos, con la cabeza baja. El sujeto a quien acababa de recoger Madame François, acostado boca abajo, tenía las largas piernas perdidas en el montón de nabos que atestaba el fondo del carro; su rostro se hundía en el mismo centro de la zanahorias, cuyos manojos subían ensanchándose; y con los brazos extendidos, extenuado, abrazando la enorme carga de legumbres por temor a que un vaivén del carro le tirase al suelo, contemplaba, delante de él, las dos líneas interminables de mecheros de gas que se iban acercando y llegaban a confundirse, allá muy a lo lejos, en una profusión de otras luces. Por el horizonte se veía flotar una gran humareda blanca, que sumergía al durmiente París en la neblina luminosa de todas aquellas llamas.

—Yo soy de Nanterre, y me llamo Madame François—dijo la verdulera a su protegido, al cabo de un instante.—Desde que perdí a mi pobre marido, voy todas las mañanas a los Mercados. Es cosa dura, se lo aseguro... ¿Y usted?

—Yo me llamo Florencio y vengo desde muy lejos...—respondió el desconocido con cierto embarazo.—Pido a usted mil perdones; estoy tan cansado, que me cuesta mucho trabajo el pronunciar las palabras.

Y no quería hablar. Entonces Madame François se calló, aflojando un tanto las riendas sobre el espinazo de *Baltasar*, que proseguía su camino como animal que conoce cada adoquin del empedrado.

Florencio, con los ojos convertidos hacia el resplandor inmenso de París, pensaba en aquella historia que tenía oculta. Escapado de Cayen, a donde le habían llevado las jornadas de diciembre, llevaba ya dos años de vagar por la Guayana holandesa, con el frenético deseo de regresar a su

patria, y temeroso de la policía imperial. Por fin tenía delante la gran ciudad queridísima, tan echada de menos, tan suspirada. En ella se escondría, en ella viviría su apacible vida de otro tiempo. La policía no sabría una palabra de ello. Por otra parte, allá abajo hubiese acabado por morirse. Y recordaba después su llegada al Havre, cuando no había encontrado más que quince francos en el nudo hecho en una esquina de su pañuelo. Hasta Rouen pudo tomar el coche, pero desde Rouen, como apenas le quedaban ya treinta sueldos, tuvo que continuar su camino a pie. Luego, en Vernon, gastó los dos últimos sueldos en comprar un poco de pan. Después, no recordaba ya nada. Creía haber dormido muchas noches en un foso. Se había visto obligado a enseñar a un gendarme los papeles de que se había provisto. Todo esto bailaba en su cabeza.

Había andado desde Vernon sin probar bocado con rabias y desesperaciones bruscas que le impedían a masticar las hojas de las hayas que al paso encontraba; y continuaba andando, acometido de calambres y trasudores, con el vientre doblado, turbada la vista, y con los pies como atraído, sin que de ello tuviese conciencia, por aquella imagen de París, a lo lejos, muy a lo lejos, detrás del horizonte, que le llamaba, que le esperaba. Cuando llegó a Courbevoie estaba ya muy cerrada la noche. París, semejante a un gran jirón de cielo estrellado caído sobre una esquina de la negra tierra, se le presentó severo y como enojado por su vuelta. Entonces, tuvo un medio desmayo y descendió la cuesta, con las piernas tronchadas. Al atravesar el puente de Neuilly, se apoyaba en el parapeto, se inclinaba para mirar al Sena, que arrastraba rodando olas de tinta, entre las espesadas masas de las márgenes; un farol rojo, so-

bre el agua, le seguía con ojo sanguinolento. Después era menester que subiese, que alcanzara París, allá muy en lo alto. La avenida le parecía de extensión desmesurada. Los centenares de leguas que acababa de recorrer nada componían ya; aquel final de camino le desesperaba; nunca podría llegar a aquella cúspide, coronada por aquellas luces. La llana avenida se extendía, con sus hileras de grandes árboles y de casas poco elevadas, con sus grandes aceras grisáceas, manchadas por la sombra de las ramas, con los sombríos agujeros de las bocacalles transversales, con todo su silencio y todas sus tinieblas; y los faroles del gas, erguidos, espaciados con regularidad, eran los únicos que ponían en aquel desierto de muerte la vida de sus cortas llamas amarillas. Florencio no avanzaba ya, y en cambio la avenida se extendía cada vez más, como si quisiera hacer retroceder a París hasta el fondo de la noche. Parecía el caminante que los mecheros de gas, con su ojo único, corrían a derecha e izquierda, llevándose el camino. En aquel rodar de los objetos tropezó, y se vino al suelo como una masa inerte sobre los adoquines.

Ahora rodaba dulcemente sobre aquel lecho de verdura, que le parecía de blandura de plumas. Había levantado un tanto la barba, para ver el resplandor luminoso que crecía, por encima de los negros techos que se adivinaban en el horizonte. Por fin llegaba, era transportado y no tenía más que abandonarse a las lentas sacudidas del carro; y aquel modo de acercarse sin cansancio no le dejaba padecer más que hambre. El hambre se había despertado de nuevo, atroz, intolerable. Sus miembros todos dormían; no sentía en su cuerpo más que el estómago, retorcido, atenazado como por un hierro candente. El fresco olor de

las legumbres entre las cuales estaba hundido el aroma penetrante de las zanahorias, le turbaba hasta el desvanecimiento. Con toda su fuerza apretaba el pecho contra aquel profundo lecho de alimentos, para comprimirse el estómago e impedirle que diera gritos. Y, por detrás, los otros nueve carromatos, con sus montañas de coles, sus montones de guisantes, sus pilas de alcachofas, de escarolas, de lechugas, de apios, de puerros parecían rodar lentamente por cima de él y querer enterrarle, en la agonía de su hambre, bajo una oleada de manjares.

Hubo una parada, un ruido de voces gruesas; era la barrera, y los guardas de consumos sondaban los carros. Después entró Florencio en París, desvanecido, con los dientes apretados, sobre las zanahorias.

—¡Eh! ¡Amigo! ¡El de ahí arriba!—gritó bruscamente Madame François.

Y al ver que el caminante no se movía, subió la verdulera y le sacudió. Entonces se incorporó Florencio. Había dormido, y no sentía ya el hambre; estaba por completo atontado. Madame François le hizo bajar, diciéndole:

—¿Me va usted a ayudar a descargar, verdad?

Y la ayudó. Un hombre gordo, con bastón y sombrero de fieltro, que llevaba una placa en la solapa izquierda del gabán, se incomodaba, dando en la acera con la contera del bastón.

—¡Vamos, vamos! Más de prisa. Haga usted avanzar el carro... ¿Cuántos metros tiene usted? Cuatro, ¿verdad?

Y entregó una papeleta a Madame François, que sacó unas monedas de cobre de un saquito de tela. Después el individuo gordo fué a incomodarse y a golpear con el bastón un poco más lejo.

La verdulera había cogido a *Baltasar* por las

bridas, empujándole, haciendo retroceder el carro, con las ruedas contra la acera. Hecho esto, y quitada la tabla de la parte trasera, después de haber marcado sus cuatro metros sobre la acera con unos puñados de paja, rogó a Florencio que le fuese dando las legumbres, manojo por manojo. Fué colocándolas metódicamente en el cuadrado, esparciendo la mercancía, disponiendo la hojarasca de modo que encuadrase dos montones en un ribete de verdura, y armando con singular prontitud todo un escaparate, que, entre la sombra, parecía una alfombra de colores simétricos. Cuando le dió Florencio una enorme brazada de perejil que encontró en el fondo del carro, la verdulera le pidió un nuevo servicio.

—Sería usted muy amable si me guardara la mercancía, mientras yo voy a la cuadra a dejar el carro... Está aquí a dos pasos; calle de Montorgueil, en el Compás de Oro.

Aseguróle Florencio que podía irse tranquila. El movimiento no le servía de nada, pues sentía que se le despertaba de nuevo el hambre desde que se había vuelto a mover. Se sentó recostándose en un montón de coles, al lado de la mercancía de Madame François, diciéndose que estaba bien allí, que no se movería más, que esperaría. Parecía tener la cabeza hueca, y no podía explicarse claramente dónde se encontraba. A partir de los primeros días de septiembre, las madrugadas son muy oscuras. A su alrededor desfilaban despacio muchos faroles, que se detenían en las tinieblas. Hallábase en el borde de una gran calle, que no recordaba. La calle se hundía en plena noche, muy lejos. Florencio no distinguía casi más que la mercancía que custodiaba. Al otro lado confundidamente, a lo largo del puesto, se agrupaban vagos montones. En medio del arroyo, obstruían la

calle grandes perfiles grisáceos de otros carromatos; y de un extremo a otro, un soplo que pasaba hacia adivinar una hilera de uncidos animales que no era posible ver. Llamadas, el ruido de un pedazo de madera o de una cadena de hierro al caer sobre el empedrado, el vaciar sordo de una carretada de legumbres, la última conmoción de un vehículo que chocaba contra el bordillo de una acera, ponían en el aire dormido aun el murmullo dulce de algún despertar estrepitoso y formidable, cuya proximidad se adivinaba en el fondo de todas aquellas sombras temblorosas.

Florencio, al volver la cabeza, divisó, al otro lado de sus coles, a un hombre que roncaba, envuelto como un fardo en una manta, con la cabeza apoyada en unos cestos de ciruelas. Más cerca, a la izquierda, pudo ver a un niño de unos diez años, aletargado con sonrisa de ángel, en el hueco formado por dos montañas de lechugas. Y, al ras de la acera, no había nada bien despierto como no fueran los faroles que bailoteaban al extremo de brazos invisibles, pasando de un salto por cima del sueño que allí se arrastraba, por las personas y legumbres amontonadas esperando el día. Pero lo que le sorprendía era el ver, a ambos bordes de la calle, unos pabellones gigaatescos, cuyos techos superpuestos le parecían agrandarse, extenderse, perderse en el fondo de una polvoreda de luces. Soñaba Florencio, con la mente debilitada, en una colección de palacios, enormes y regulares, de ligereza de cristal, ostentando luminosamente en sus fachadas las mil líneas de llamas de unas finas persianas continuas y sin fin. Entre las aristas de los pilares, aquellas delgadas cintas amarillas formaban escalas de luz, que subían hasta la línea sombría de los primeros techos, y que alcanzaban el amontonamiento de los techos

superiores, colocando en sus cuadrados las grandes armaduras de las claraboyas de salas inmensas, en las que se arrastraba, bajo el pajizo resplandor del gas, una mezcla de formas grises, borrosas y durmientes. Volvió la cabeza, enojado por no saber dónde se hallaba, y preocupado por aquella visión colosal y frágil; y al alzar la vista, divisó la esfera duminosa de San Eustaquio con la masa gris de la iglesia. Esto le asombró profundamente. Estaba en la puerta de San Eustaquio.

Entretanto, había vuelto madame François. Estaba discutiendo violentamente con un hombre que llevaba un saco al hombro, y que quería pagarle las zanahorias a cinco céntimos el manojo.

—Vaya, que no es usted razonable, Lacaille... Usted las revende luego por cuatro o cinco sueldos a los parisienses; no diga usted que no... A dos sueldos, si las quiere usted.

Y al ver que el hombre se marchaba:

—La gente se figura que esto nace solo; es la verdad... Ya puede buscar zanahorias a sueldo ese borrachín de Lacaille... Ya verá usted como vuelve.

Dirigiase a Florencio. Después, sentándose junto a él:

—Oiga usted; si hace tanto tiempo que está usted ausente de París, no conocerá usted quizá los nuevos Mercados. Hace cinco años que los construyeron, todo lo más... Mire usted; ahí, ese pabellón que tenemos al lado, es el pabellón de las frutas y de las flores; más lejos el pescado fresco, las aves, y detrás, las legumbres al por mayor, la manteca, el queso... Hay seis pabellones por este lado; después, a la otra parte, en frente, hay otros cuatro más; la carne, la tripería... Es muy grande, pero hace un frío que nos

pelamos, en invierno. Dicen que edificarán dos pabellones más, echando abajo las casas, alrededor del mercado de trigo. ¿Conocía usted ya todo esto?

—No—respondió Florencio.—Estaba en el extranjero... Y esa gran calle que tenemos delante ¿cómo se llama?

—Es una calle nueva, la calle del Puente Nuevo, que arranca del Sena y que llega hasta aquí, a la calle de Montmartre y la de Montorgueil... Si hubiese sido de día, se hubiera orientado usted al momento.

Levantóse la verdulera al ver a una mujer inclinada sobre sus nabos.

—¿Es usted, tía Chantemesse?—la preguntó amistosamente.

Florencio contemplaba la parte baja de la calle de Montorgueil. Allí era donde una partida de agentes de policía le había cogido, en la noche del 4 de Diciembre. Iba por el bulevar Montmartre, a cosa de las dos, andando despacito por medio de la muchedumbre, sonriendo al ver todos aquellos soldados que el Eliseo hacía pasear por el arroyo para hacer que le tomasen en serio, cuando los soldados barrieron las aceras, a tiro limpio, en un cuarto de hora. Florencio, empujado, tirado al suelo, cayó en la esquina de la calle de Vivienne; y ya no sabía más; la enloquecida muchedumbre pasaba por cima de su cuerpo, con el horror espantoso de los fusilazos. Cuando no oyó nada ya, quiso levantarse. Tenía encima a una mujer joven, con sombrero de color de rosa, y cuyo chal había resbalado, descubriendo una gorguera acañonada en pequeños pliegues. Por encima del seno, en la gorguera, habían penetrado dos balas; y cuando Florencio

rechazó suavemente a la joven, para poder sacar las piernas, de dos orificios brotaron hasta sus manos dos hilillos de sangre. Entonces, se levantó de un salto, y huyó, enloquecido, sin sombrero, con las manos húmedas. Hasta la noche estuvo vagando con la cabeza trastornada, y viendo sin cesar a la joven, caída de través sobre sus piernas, con el rostro mortalmente pálido, con los grandes ojos azules abiertos desmesuradamente, con labios de sufrimiento, y con el asombro, en todo su ser, de haber muerto allí, tan pronto. Florencio era tímido. A los treinta años no se atrevía a mirar de frente el rostro de las mujeres; y desde entonces para toda su vida, tenía aquel semblante grabado en la memoria y en el corazón. Era como una mujer suya que hubiese perdido.

Por la noche, sin saber cómo, y lleno aun del trastorno que le produjeran las horribles escenas de la tarde, se encontró en la calle de Montorgueil, en casa de un comerciante en vinos, en donde había unos cuantos hombres bebiendo y hablando de hacer barricadas. Acompañóles Florencio, les ayudó a arrancar algunos adoquines, y se sentó encima de la barricada, cansado de su correteo por las calles, y diciéndose que se batiría en cuanto llegasen los soldados. No llevaba encima ni siquiera un cuchillo; continuaba con la cabeza descubierta. A cosa de las once, se quedó amodorrado; veía los dos orificios de la blanca gorguera de pliegues menudos, mirándole cual si fuesen dos ojos encendidos en lágrimas y en sangre. Cuando se despertó, se halló en medio de cuatro policías que le llenaban de puñetazos. Los hombres de la barricada habían emprendido la fuga. Pero los policías se pusieron furiosos y estuvieron a punto de ahogarle cuando

se percataron de que tenía las manos tintas en sangre. Era la sangre de la joven.

Florencio, saturado de estos recuerdos, alzaba los ojos en dirección a la esfera luminosa de San Eustaquio, sin ver siquiera las manecillas. Eran cerca de las cuatro. Los Mercados seguían durmiendo. Madame François charlaba con la tía Chantemesse, en pie, y discutiendo el precio del manojo de nabos. Y Florencio recordaba que por poco le fusilan allí mismo, contra la pared de San Eustaquio. Un pelotón de gendarmes acababa de romper allí la cabeza a cinco desgraciados, cogidos en una barricada de la calle de Grenéta. Los cinco cadáveres estaban tendidos sobre la acera, en un lugar en que Florencio creía ver hoy un montón de rábanos. El se había librado de los fusiles porque los policías no tenían más que espadas. Condujéronle a un puesto cercano, dejando al jefe del mismo esta línea, escrita con lápiz en un pedazo de arrugado papel: "Cogido con las manos manchadas de sangre. Muy peligroso." Hasta que llegó la mañana, fué arrastrado de un puesto a otro puesto. El pedazo de papel le acompañaba. Le habían puesto las esposas, y le custodiaban como a un loco furioso. En el puesto de la calle de la Lingerie, unos soldados borrachos le quisieron fusilar; ya habían encendido el farolillo, cuando llegó la orden de conducir a los prisioneros al Depósito de la prefectura de policía. A los dos días, se hallaba Florencio en una casamata del fuerte de Bicétre. A partir de aquel día tenía hambre; había tenido hambre en la casamata, y el hambre no le había abandonado ya. Hallábanse unos cien presos apontonados en el fondo de aquella cueva, sin aire, devorando los pocos pedazos de pan que les tiraban, como a fieras enjauladas. Cuando compareció ante un

juez de instrucción sin testigos de ninguna clase, sin defensor siquiera, fué acusado de formar parte de una sociedad secreta; y cuando juraba que aquello no era cierto el juez sacó de su cartera el pedazo de papel "Cogido con las manos manchadas de sangre. Muy peligroso". Esto bastó. Florencio fué condenado a la deportación. Al cabo de seis semanas, en enero, un carcelero le despertó una noche, y le encerró en un patio con cuatrocientos y pico de prisioneros. Una hora más tarde, partía aquel primer convoy para los pontones y para el destierro, con las esposas en las muñecas, entre dos filas de gendarmes con los fusiles cargados. Atravesaron el puente de Austerlitz, siguieron la hilera de los bulevares, y llegaron a la estación del Havre. Era una bulliosa noche de carnaval; relucían las ventanas iluminadas de los restaurantes del bulevar; a la altura de la calle de Vivienne, en el sitio en que veía siempre la desconocida muerta cuya imagen llevaba en la mente, vió Florencio, en el fondo de una gran calesa, mujeres con antifaz, desnudos los hombros, risueña la voz, incomodándose por no poder pasar, y haciéndose las asqueadas ante "aquellos forzados que no acababan nunca de pasar".

De París al Havre, los prisioneros no tomaron ni siquiera un pedazo de pan, ni un vaso de agua; se habían olvidado de distribuirles raciones antes de la partida. Sólo comieron treinta y seis horas más tarde, cuando los hubieron ya estivado en la cala de la fragata *El Canadá*.

No, el hambre no se había separado ya de él. Escudriñaba en sus recuerdos, y no hallaba en ellos ni una sola hora de abundancia. Se había quedado delgadísimo, con el estómago encogido, con la piel pegada a los huesos. Y volvía a hallar

a París gordo, soberbio, desbordante de alimentos, en el fondo de las tinieblas. Volvía a entrar en la capital sobre un lecho de legumbres; paseaba por ella sobre un mar desconocido de vituallas, que sentía pulular en torno suyo y que le inquietaba. La noche dichosa de carnaval, había continuado, pues, por espacio de siete años.

Volvía a ver las relucientes ventanas de los bulevares, las mujeres risueñas, la tragona ciudad que había abandonado en aquella lejana noche de Enero; y le parecía que todo aquello se había agrandado, abriéndose como las flores en aquella enormidad de los Mercados, cuyo hálito colosal, espeso aún por la indigestión de la vispera, comenzaba a llegar a sus oídos.

La tía Chantemesse se había decidido al fin a comprar doce manojos de nabos. Teníalos en el delantal, sobre el vientre, lo cual redondeaba aun más su ancha cintura; y continuaba charlando sin cesar con su voz cansina. Cuando hubo partido, fué Madame François a sentarse otra vez al lado de Florencio, diciendo:

—Esa pobre tía Chantemesse, lo menos tiene setenta y dos años. Era yo una mocosa cuando ya le compraba los nabos a mi padre. Y no tiene ni un solo pariente; no vive más que con una trotacalles que ha recogido no sé en dónde, y que la hace condenarse... Pues bueno, va tirando; vende al menudeo, y aun se gana cuarenta sueldos diarios... Yo no podría estar en este infierno de París, todo el santo día, en una acera. Si por lo menos tuviese una algún pariente en París...

Y al ver que Florencio no hablaba casi nada:

—¿Tiene usted familia en París, verdad?— preguntó la verdulera.

Florencio aparentó no haber oído. Su descon-

fianza renacía. Tenía la cabeza llena de historias de policía, de agentes que estaban al acecho en la esquina de cada calle, de mujeres que vendían los secretos que arrancaban a los pobres diablos. La verdulera estaba muy cerca de él, y le parecía muy honrada, con su rostro grandón y tranquilo, ceñido en la frente por un pañuelo negro y amarillo. Podía tener unos treinta y cinco años; era recia, hermosa por la vida a pleno aire y por su virilidad, endulzada por unos ojos negros rebosantes de caritativa ternura. Es cierto que era muy curiosa, pero su curiosidad debía de ser muy buena.

Continuó Madame François, sin ofenderse por el mutismo de Florencio:

—Yo tuve un sobrino en París. Salió un mala cabeza, y sentó plaza... En fin, es una felicidad el saber dónde parar. Sus parientes de usted se van a quedar tal vez muy sorprendidos al verle. Es una alegría el regresar ¿verdad?

Mientras hablaba, no separaba un momento los ojos de Florencio, compadecida sin duda de su delgadez extrema, comprendiendo que era un "señor" bajo sus desdichados andrajos negros, y sin atreverse a ponerle en la mano una moneda blanca.

Al fin, tímidamente:

—Si entre tanto—le dijo en voz baja—necesita usted alguna cosa...

Pero Florencio rehusó con altivez inquieta; dijo que tenía todo lo que necesitaba, que sabía donde ir. La verdulera se mostró contenta, y repitió varias veces, como si quisiera tranquilizarse a sí misma por la suerte de él:

—¡Ah! Bueno; entonces no tiene usted más que aguardar el día.

Una gran campana, por cima de la cabeza de

Florencio, en la esquina del pabellón de las frutas, comenzó a tañer. Los golpes, lentos y regulares, parecían despertar de trecho en trecho el lánguido sueño de las aceras. Los carros seguían llegando; los gritos de los carreteros, los chasquidos del látigo, el ruido del empedrado al aplastarse bajo el hierro de las ruedas y los cascos de los animales, iban creciendo por momentos; y los carros no avanzaban ya más que a sacudidas, cogiendo la hilera, y extendiéndose hasta más allá de las miradas, en profundidades grises de las que se oía llegar un confuso guirigay. A lo largo de la calle del Puente Nuevo, los carreteros descargaban, poniendo los carros de espalda contra el arroyo, con los caballos inmóviles y muy próximos unos a otros, colocados como en una feria. Interesóse Florencio por un enorme carro lleno de coles soberbias, que había dado mucho trabajo para hacerlo retroceder hasta la acera la carga subía más que un gran diablo de farol de gas plantado al lado de ella, iluminando de lleno el montón de hojas anchas, que colgaban como jirones de terciopelo verde oscuro, recortado y brochado. Una aldeanita de diez y seis años, con capilla y gorra de tela azul, había subido a lo alto, del carro, hundida en las coles hasta los hombros, y las cogía una por una, para lanzárselas a alguien de abajo, oculto entre las sombras.

A ratos, la muchacha, perdida, anegada, resbalaba, desaparecía bajo un desmoronamiento del montón de coles; después, su rosada nariz volvía a aparecer en medio de las espesas verduras; reíase, y las coles comenzaban de nuevo a volar, a pasar entre el farol de gas y Florencio. Este las iba contando maquinalmente. Cuando el carro estuvo vacío quedó medio enfadado.

Sobre el cuadrado de la acera, los montones descargados se extendían ya hasta el arroyo. Entre cada montón, los hortelanos dejaban abierta una estrecha senda para que el público pudiera circular. Toda la ancha acera, cubierta de un extremo a otro, se alargaba con las jorobas sombrías de las legumbres. Aun no se veía, a la claridad brusca y oscilante de los faroles, más que la expansión carnosa de un montón de alcachofas, los verdes delicados de las escarolas, el rosado coral de las zanahorias, el marfil mate de los nabos; y estos relámpagos de colores intensos desfilaban, con las linternas, a lo largo de los montones. La acera se había poblado; toda una muchedumbre se despertaba, andaba por entre las mercancías, se detenía, charlando, llamando. Una voz gruesa, a lo lejos, gritaba: "¡Eh! ¡Las lechugas!" Acababan de abrir las rejas del pabellón de las legumbres al por mayor; las revendedoras del pabellón, con cofias blancas, con una pañoleta anudada sobre los corpiños negros, y con las faldas recogidas con alfileres para no mancharse, hacían su provisión del día y cargaban con sus compras los grandes cuévanos de los portadores, depositados en tierra.

Desde el pabellón al arroyo, el ir y venir de los cuévanos se animaba, en medio de las cabezas golpeadas, de las palabras gordas, del estrépito de las voces que carraspeaban discutiendo un cuarto de hora por un sueldo. Y Florencio se asombraba de la calma de las verduleras, en medio del gárrulo regateo de los Mercados.

Detrás de él, en las aceras de la calle de Rambuteau, se vendían las frutas. Hileras de canastas, de cestas planas, se alineaban allí, cubiertas de tela o de paja, y se esparcía un aroma de ciruelas mirabeles demasiado maduras. Una voz

dulce y lenta que oía Florencio hacía rato, le hizo volver la cabeza. Vió una adorable mujercita morena, sentada en el suelo, que ajustaba precio.

—Di, Marcelo, ¿vendes por cien sueldos? Di.

El hombre, arropado en una manta, no respondía, y la joven, al cabo de cinco minutos largos, volvía a decir:

—Di, Marcelo. Cien sueldos por esa banasta, y cuatro francos por la otra, son nueve francos que te he de dar, ¿verdad?

Reinó nuevo silencio.

—Entonces ¿qué tengo que darte?

—¡Eh! Diez francos, bien lo sabes; ya te lo he dicho... Y de tu Julio, ¿qué haces, Sarriette?

La joven se echó a reír, sacando un gran puñado de monedas.

—¡Bueno va!—replicó.—Julio está durmiendo como un lirón. Pretende que los hombres no se han hecho para trabajar.

Pagó y se llevó las dos cestas planas al pabellón de las frutas que se acababa de abrir. Los Mercados conservaban su esbeltez negra, con las mil líneas de llamas de las persianas; bajo las grandes calles cubiertas pasaba la gente, en tanto que los pabellones, a lo lejos, permanecían desiertos en medio del creciente hormigueo de las aceras. En la puerta de San Eustaquio, panaderos y vinateros quitaban las maderas a las puertas; las tiendas rojas, con sus mecheros de gas encendidos, iban agujereando las tinieblas a lo largo de las casas grises. Florencio contemplaba una panadería de la calle de Montorgueil, a la izquierda, atestada y dorada por la última coadura, y creía aspirar el buen olor del pan caliente. Eran las cuatro y media.

Entretanto, Madame François se había desprendido de su mercancía. Quedábanle unos cuantos

manojos de zanahorias, cuando volvió a presentarse Lacaille con su saco al hombro.

—Bueno, ¿vale un sueldo eso?—dijo.

—Bien segura estaba de que volvería usted—respondió tranquilamente la verdulera.—Vamos, llévase usted lo que me queda. Hay diez y siete manojos.

—O sea diez y siete sueldos.

—No, treinta y cuatro.

Quedaron de acuerdo en veinticinco. Madame François tenía prisa por irse. Así que Lacaille se hubo alejado, con las zanahorias en el saco:

—Ya ve usted, me estaba espiando—dijo la verdulera a Florencio.—Ese vejestorio corretea por todo el mercado; hay días en que espera el último toque de campana para comprar cuatro sueldos de mercancías... ¡Ah! ¿Estos parisienses!... Se pelean por dos céntimos, y después se van a beberse el fondo de la bolsa a la taberna.

Cuando Madame François hablaba de París, se mostraba llena de ironía y de desdén; le trataba como a una ciudad muy lejana, por completo ridícula y despreciable, en la que sólo consentía poner los pies durante la noche.

—Ahora puedo marcharme ya—continuó sentándose de nuevo al lado de Florencio, encima de las legumbres de una vecina.

Florencio bajaba la cabeza; acababa de cometer un robo. Cuando Lacaille se había ido, había visto una zanahoria en el suelo. La había recogido, y la tenía apretada en la mano izquierda. Detrás de él unos manojos de apio y unos montones de perejil exhalaban olores irritantes que le daban en la garganta.

—Me voy a ir—repitió Madame François.

Interesábase por aquel desconocido, y le sentía sufrir en aquella acera de la cual no se había mo-

vido. Hizole por segunda vez ofrecimientos de servicios, pero Florencio los rechazó de nuevo, con altivez más áspera aún. Hasta se levantó y se mantuvo en pie, para demostrar que tenía alientos. Y al volver la cabeza la verdulera se metió la zanahoria en la boca. Pero tuvo que conservarla en ella un instante a pesar del deseo terrible que tenía de apretar las muelas. Madame François le miraba de nuevo el rostro, y le interrogaba con su curiosidad de buena mujer. El, para no hablar, respondía con movimientos de cabeza. Después, poco a poco, dulcemente, se comió la zanahoria.

La verdulera se iba a marchar definitivamente, cuando una voz fuerte dijo al lado de ella:

—Buenos días, Madame François.

Era un muchacho delgado, fuerte, de gran cabeza, barbudo, nariz finísima, ojos pequeños y claros. Gastaba sombrero de fieltro negro, de color de ala de mosca, deformado, y se arropaba con un inmenso gabán abrochado hasta arriba en otro tiempo castaño claro, pero ya desteñido por la lluvia en grandes franjas verdosas. Un poco encorvado, agitado por un temblor de nerviosa inquietud que debía de ser habitual en él, el joven permanecía como enclavado en sus grandes zapatos de lazo. Y su pantalón, demasiado corto, dejaba ver sus calcetines azules.

—Buenos días, señor Claudio—respondió alegremente la verdulera.—Oiga usted, le esperaré a usted el lunes; y como usted no fué, he quitado el lienzo; lo he colgado de un clavo en mi alcoba.

—Es usted demasiado buena, Madame François; iré uno de estos días a terminar mi estudio... El lunes no me fué posible... ¿Tiene aun el ciruelo grande todas las hojas?

—Claro que sí.

—Es que... mire usted, lo pondré en una es-

quina del cuadro. Estará muy bien a la izquierda del gallinero... He estado pensando en eso toda la semana... ¡Oh! ¡Qué hermosas legumbres esta madrugada! He bajado temprano, figurándome que habría una salida de sol soberbia sobre esos desmontes de cohes.

Señalaba con un ademán toda la longitud de las aceras. La verdulera repuso:

—Bueno, pues me voy. Adiós... Hasta la vista, señor Claudio.

Y cuando iba a marcharse, presentando a Florencio al joven pintor:

—Mire usted; aquí está este señor que viene de muy lejos, según parece. Ya no sabe orientarse en ese antro de París. Usted podría quizá darle buenos informes.

Se fué por fin, contenta por dejar a los dos hombres juntos. Claudio contemplaba a Florencio con gran interés. Aquella figura larga, delgada y como flotante, le parecía original. La presentación hecha por Madame François bastaba; y con la familiaridad de un vagabundo habituado a todos los encuentros de la casualidad, le dijo tranquilamente:

—Le acompaño. ¿Dónde va usted?

Florencio se quedó como embarazado. El se espontaneaba menos pronto; pero, desde su llegada, tenía una pregunta en la punta de la lengua. Se arriesgó al fin, y preguntó, con el temor de una respuesta que le disgustara:

—¿Existe aún la calle Pirouette?

—Ya lo creo que sí—dijo el pintor.—Es un rincón muy curioso del París viejo la calle esa. Da vueltas como una bailarina, y sus casas tienen vientres como de mujer embarazada. Yo he hecho de ella un agua-fuerte que no es del todo

maleja. Cuando vaya usted por mi casa se la enseñaré. ¿Va usted a esa calle tal vez?

Florencio, consolado, reanimado por la noticia de que la calle Pirouette existía aún, juró que no, y aseguró que no tenía ninguna parte a donde ir. Toda su desconfianza se despertaba de nuevo al ver la insistencia de Claudio.

—No importa—le dijo éste.—Vamos de todos modos a la calle Pirouette. Por la noche tiene un color... Vamos, pues; está a dos pasos de aquí.

Florencio se vió obligado a seguirle. Iban uno al lado del otro, como dos camaradas, pasando por encima de las banastas y de las legumbres. En la acera de la calle de Rambuteau, había montones gigantescos de coliflores, ordenadas en pilas como balas de cañón, con regularidad sorprendente. La pulpa tierna y blanca de las coliflores se extendía abriéndose, semejante a rosas enormes, en medio de grandes hojas verdes, y los montones se asemejaban a ramilletes de boda, alineados en jardineras colosales. Claudio se había detenido, exhalando cortas exclamaciones de admiración.

Después, allí en frente, en la calle Pirouette, enseñó y explicó cada edificio a su compañero. Un solo farol de gas ardía en una esquina. Las casas agrupadas, hinchadas, adelantaban sus tejadillos como "vientre de mujer embarazada", según la frase del pintor, apoyándose las unas en los hombros de las otras. Tres o cuatro de ellas, por el contrario, en el fondo de los huecos de sombras, parecían a punto de caerse de boca. El farol de gas iluminaba una muy blanca, enjalbegada de nuevo, con su talle de mujer vieja cascada y deformada, empolvadísima de blanco y pintarrajeada como una doncella. Después, la jibosa hilera de las otras se alejaba, hundiéndose

se en plena negrura, agrietada, verdecida por la caída de las lluvias en una desbandada tal de colores y de posturas, que Claudio se reía con toda su alma. Florencio se había detenido en la esquina de la calle de Mondétour, enfrente de la penúltima casa, a la izquierda. Los tres pisos dormían, con sus dos ventanas sin persianas y sus pequeñas cortinillas blancas bien corridas detrás de los cristales; arriba, sobre las cortinas de la estrecha ventana del desván, una luz iba y venía. Pero la tienda parecía causar a Florencio una emoción extraordinaria. Estaban abriéndola. Era un comerciante de hierbas cocidas; en el fondo, relucían algunos peroles; sobre la mesa del mostrador, montones de pasta de espinacas y de escarolas, en algunas fuentes, se redondeaban, terminando en punta, y cortados, por detrás por pequeñas palas, de las que sólo se veía el mango de metal blanco. El ver aquello tenía a Florencio lleno de sorpresa; sin duda no debía de conocer la tienda; en una muestra roja, leyó el nombre del comerciante, *Godebœuf*, y quedó consternado. Con los brazos caídos y oscilantes examinaba los amasijos de espinacas, con el aspecto desesperado de un hombre a quien ocurre una desgracia suprema.

Entretanto la ventana del desván se había abierto, y una viejecilla se asomaba a ella, contemplando el cielo y después los Mercados, allá a lo lejos.

—¡Toma! ¡Qué madrugadora está Mademoiselle Saget!—dijo Claudio, que había levantado la cabeza.

Y añadió, volviéndose a su compañero:

—He tenido una tía viviendo en esa casa... ¡Ah! Ya se levantan los Méhudin; hay luz en el segundo.

Florencio iba a preguntarle, pero el pintor, enfundado en su gabán desteñado le infundió cierta inquietud; sin decir palabra le siguió, en tanto que el otro hablaba de las Méhudin. Eran unas pescaderas; la mayor era soberbia, la pequeña, que vendía pescado de agua dulce, se parecía a una virgen de Murillo, rubia en medio de sus carpas y sus anguilas. Y por fin acabó diciendo, incomodándose, que Murillo pintaba como un pillete. Después, bruscamente, deteniéndose en medio de la calle:

—Vaya, sepamos dónde va usted de una vez!

—Ahora no voy ya a ninguna parte—dijo Florencio anonadado.—Vamos donde usted quiera.

Cuando salían de la calle Pirouette, una voz llamó a Claudio desde el fondo de la tienda de un vinatero, que formaba esquina. El pintor entró, arrastrando en pos de sí a Florencio. Sólo habían quitado las maderas de un lado. El gas ardía en el aire dormido aun de la tienda, una rodilla olvidada, los naipes de la vispera yacían sobre la mesa, y la corriente de aire de la puerta, abierta de par en par, ponía un punto de frescura en medio del olor cálido y encerrado del vino. El dueño de la tienda, el señor Lebigre, servía a sus parroquianos, en chaleco con mangas, con el cuello arrugadísimo y con el rostro grueso y regular blanco de sueño. Varios hombres, en pie, formando grupos, bebían ante el mostrador, tosiendo, escupiendo, con los ojos semi-cerrados, y acabando de despertarse con el vino blanco, y el aguardiente. Florencio conoció a Lacaille, cuyo saco, a aquellas horas, rebosaba de legumbres. Estaba ya en la tercera ronda, con un camarada que refería prólijamente la compra de un cesto de patatas. Cuando hubo vaciado el saco, fué a charlar con Monsieur Lebigre, a un pequeño ga-

binetillo acristalado, en el fondo de la tienda, en donde no estaba encendido el gas.

—¿Qué quiere usted tomar?—preguntó Claudio a Florencio.

Al entrar, el pintor había estrechado la mano del hombre que le invitaba. Era éste un muchacho guapo y fuerte, de veintidós años todo lo más, afeitado, sin llevar más que un bigotillo pequeño, con aspecto de soltura; llevaba un gran sombrero tiznado de greda y un pantalón de pana, cuyos tirantes oprimían su blusa azul. Claudio le llamaba Alejandro, le pegaba en los hombros y le preguntaba cuándo irían a Charentonneau. Y hablaban de una gran excursión que habían hecho juntos, en canoa, por el Marne. Por la tarde se habían comido un conejo.

—Vamos, ¿qué toma usted? repitió el pintor.

Florencio miraba al mostrador, turbado en extremo. En una esquina, unas teteras de ponche y de vino caliente, con un cerco de cobre, se calentaban sobre las cortas llamas azules y rosadas de un fogón de gas. Por fin confesó Florencio que de buena gana tomaría algo caliente. Monsieur Lebigre sirvió tres vasos de ponche. Había, cerca de las teteras, en una cestiita, unos panecillos de manteca que acababan de poner allí humeantes todavía. Pero los otros dos no tomaron ninguno, y Florencio tuvo que beberse el vaso de ponche; sintió que le caía, en el estómago vacío, como un chorrillo de plomo derretido. Alejandro fué el que pagó.

—Es un buen muchacho ese Alejandro—dijo Claudio cuando volvieron a hallarse los dos solos en la acera de la calle de Rambuteau.—Es muy divertido en el campo; hace verdaderas proezas. Además, es soberbio el muy tunante; le he visto desnudo, y estaba empeñado en ponerse en

posturas académicas, al aire libre... Ahora, si quiere usted, vamos a dar una vuelta por los Mercados.

Florencio le seguía, se abandonaba. Un resplandor claro, en el fondo de la calle de Rambuteau, anunciaba el día. La gran voz de los Mercados retumbaba más alta; a ratos, algunos toques de campana, en un pabellón lejano, entrecortaban aquel clamor que rodaba y crecía. Los dos nuevos amigos entraron en una de las calles cubiertas, entre el pabellón del pescado fresco y el pabellón de los volátiles. Florencio levantaba los ojos, miraba la elevada bóveda, cuyo maderamen interior relucía entre los negros encajes de las vigas de hierro. Cuando desembocó en la gran calle del centro, pensó Florencio en alguna ciudad rara, con sus barrios diversos, sus arrabales, sus aldeas, sus paseos y sus carreteras, sus plazas y sus encrucijadas, puesta por completo bajo un cobertizo, en día de lluvia, por algún capricho gigantesco. Las sombras, dormitando entre los huecos de las techumbres, multiplicaban el bosque de pilares, alargaban hasta lo infinito las armaduras delicadas, las recortadas galerías, las persianas transparentes; y parecía, por encima de la ciudad, hasta el fondo de las tinieblas, haber toda una gran vegetación, una floración completa, monstruosa ostentación de metal, cuyos tallos que subían, cuyas ramas que se retorcián y entrelazaban, cubrían un mundo con las liviandades de follaje de un bosque secular. Había barrios dormidos aun, cerrados por sus verjas. Los pabellones de la manteca y de los volátiles alineaban sus tenderetes emparrados, alargaban sus callejuelas desiertas bajo las hileras de los faroles del gas. El pabellón del pescado acababa de ser abierto; varias mujeres atrave-

saban las fajas de piedras blancas, manchadas por la sombra de las cestas y de los trapos olvidados. En el de las legumbres, en el de las flores y en el de las frutas, el estrépito iba creciendo. Por instantes se sentía que la ciudad iba despertando, desde el populoso barrio en que se amontonan las ecles desde las cuatro de la mañana, hasta el barrio perezoso y rico que no cuelga en sus casas los pollos y los faisanes hasta cerca de las ocho.

Pero a las grandes calles cubiertas, la vida iba alluyendo. A lo largo de las aceras, a ambos bordes, aun había hortelanos, pequeños cultivadores, llegados de los alrededores de París, que ostentaban en cestos su recolección del día anterior por la noche; manojos de legumbres, puñados de fruta. En medio del incesante ir y venir de la muchedumbre, entraban carros bajo las bóvedas, acortando el resonante trote de sus caballos. Dos de aquellos vehículos, dejados de través, obstruían la calle.

Florencio, para pasar, tuvo que apoyarse contra uno de los sacos grisáceos, semejantes a sacas de carbón, y cuya enorme carga hacía encorvarse los ejes; los sacos, mojados, tenían un olor fresco de algas marinas; uno de ellos, reventado por un extremo, dejaba fluir un montón negro de gruesos mejillones. A cada paso ya, Claudio y Florencio tenían que detenerse. El pescado fresco llegaba, los camiones se sucedían, descargando las altas cajas de madera llenas de cestos, que los ferrocarriles traen atestados del océano. Y para resguardarse de los camiones del pescado, cada vez más apiñados e inquietantes, tenían que meterse bajo las ruedas de los camiones de la manteca, de los huevos y de los quesos, de los grandes carromatos amarillos, con cuatro

caballos y faroles de color; robustos hombres levantaban las cajas de huevos; los cestos de quesos y mantecas, que llevaban al pabellón de la almoheda, en donde unos empleados de gorro escribían en sendos cuadernos a la luz del gas. Claudio estaba entusiasmado con aquel tumulto; quedábase absorto ante un efecto de luz, ante un grupo de blusas, en presencia de la descarga de un carro. Por fin lograron salir. Andando siempre a lo largo de la gran calle, marchaban por medio de un olor exquisito que flotaba en torno de ellos y parecía seguirles. Estaban en medio del Mercado de flores cortadas. En el gran cuadrado, a derecha e izquierda, mujeres sentadas tenían ante sí unas cestas cuadradas, llenas de manojos de rosas, de violetas, de dalias, de margaritas.

Los manojos se obscurecían, semejantes a manchas de sangre, palidecían dulcemente con argentados colores grises de gran delicadeza. Cerca de una cesta, una bujía encendida ponía allí, sobre la negrura de los alrededores, una canción aguda de color, los vivos pétalos de las margaritas, el sangriento rojo de las dalias, el morado azulino de las violetas, las carnes vivientes de las rosas. Y nada había más dulce y primaveral que las ternuras de aquel perfume hallado en una acera, al salir de los ásperos olores del pescado y del hedor pestilencial de las mantequillas y de los quesos.

Claudio y Florencio volvieron sobre sus pasos, vagando al azar, retrasándose entre medio de las flores. Detuviéronse curiosamente ante unas mujeres que vendían manojos de helechos y de hojas de viña, muy regulares, atados por cuartos de libra. Después doblaron la esquina de una calle cubierta casi, en la que resonaban sus pasos

como bajo la bóveda de una iglesia. En ella encontraron, enganchado a un carro del tamaño de una carreta, un borriquillo que se aburría sin duda, y que se puso a rebuznar al verles, con resoplido tan prolongado y tan fuerte que hizo retumbar las amplias techumbres de los Mercados. Respondieron al rebuzno relinchos de caballos; hubo patalear de cascots, mucho estrépito a lo lejos, que creció, fué rodando y se perdió hasta extinguirse. Entretanto, enfrente de ellos, en la calle de Berger, las desnudas tiendas de los recaderos, abiertas de par en par, mostraban, bajo la vívida claridad del gas, montones de cestas y de frutos, entre las tres paredes sucias, cubiertas de sumas hechas con lápiz.

Y mientras estaban allí, divisaron a una dama bien compuesta, acurrucada con aspecto de dichoso cansancio en el rincón de un fiacre, perdido en medio de la confusión del arroyo, y desfilando solapadamente.

—Es la Cenicienta que vuelve a casa sin las chinelas—dijo Claudio sonriendo.

A la sazón se habían puesto a charlar mientras daban la vuelta por debajo de los Mercados. Claudio, con las manos en los bolsillos, silbando, refería su gran cariño a aquella superabundancia de alimentos, que se ostenta en el centro mismo de París cada mañana. Vagaba por aquellos sitios durante noches enteras, soñando en colosales naturalezas muertas, en cuadros extraordinarios. Hasta había comenzado uno de ellos; había empleado como modelo a su amigo Marjolin y a la picaronaza de Cadina; pero era muy duro, porque eran demasiado hermosos aquellos diantres de legumbres, los frutos, los pescados y la carne. Florencio escuchaba, con el vientre encogido, aquel entusiasmo de artista.

Y era evidente que Claudio, en aquel momento, no pensaba ni por soñación en que aquellas hermosas cosas se comían. Las adoraba por sus colores. Bruscamente, el pintor se calló; se apretó con movimiento que le era habitual el ancho cinturón rojo que llevaba bajo el verdoso gabán, y prosiguió con malicia:

—Además, me desayuno aquí, con los ojos por lo menos, y eso vale siquiera algo más que el no tomar nada. Algunas veces, cuando me he olvidado de comer por la noche, me proporciono una indigestión a la mañana siguiente, contemplando como llegan cosas buenas de todas clases. En tales mañanas, siento aún mayor ternura hacia mis legumbres... ¡No; mire usted, lo que es exasperante, lo que no es justo, es que esos malditos ciudadanos coman de todo eso!

Refirió entonces una cena que le había pagado un amigo en casa de Baratte, en un día de esplendor; habían comido ostras, pescado, caza. Pero Barat te andaba muy de capa caída; todo el carnaval del antiguo Mercado de los Inocentes. Pero Barat andaba muy de capa caída; todo afluía a los Mercados centrales, a aquel coloso de hierro fundido, a aquella vida nueva tan original. Por más que quisieran decir los imbéciles, toda la época estaba allí. Y Florencio no sabía ya si condenar el lado pintoresco o la buena comida de Baratte. Después, Claudio se despotricó contra el romanticismo; prefería sus montones de coles a las porquerías de la Edad Media. Acabó por acusarse de su agua-fuerte de la calle Piroquette como de una flaqueza. Debían derribar todas aquellas callejuelas viejas para construir casas modernas.

—Mire usted—dijo deteniéndose.—Mire usted la esquina de la acera. ¿No es ese un cuadro he-

cho y derecho que sería mucho más humano que sus malditos cuadros tísicos?

A lo largo de la calle cubierta, había a la sazón mujeres que vendían café, y sopa. En la esquina de la acera, se había formado un gran corro de consumidores alrededor de una vendedora de sopa de coles. La caldera de hojalata estañada, llena de caldo, humeaba sobre el pequeño infiernillo, cuyos agujeros despedían un resplandor pálido de brasas. La mujer, armada de una cuchara en forma de cazo, cogía delgadas rebanadas de pan en el fondo de una cesta cubierta con un trapo blanco, y vertía la sopa en tazas amarillas. Había allí vendedoras muy limpias, con el gabán manchado de grasa por las cargas de vituallas que habían transportado al hombro; pobres diablos andrajosos; toda el hambre matinal de los Mercados, comiendo, quemándose, apartando un poco la barba para no mancharse con el gotear de las cucharas. Y el pintor entusiasmado entornaba los ojos, buscando el punto de vista, para componer su cuadro con un buen conjunto. Pero aquel demontre de sopa de coles exhalaba un olor terrible. Florencio volvió la cabeza, turbado por aquellas tazas llenas, que los consumidores vaciaban sin decir palabra, con mirada de soslayo, como animales desconfiados. Entonces, mientras la mujer servía a un recién llegado, el mismo Claudio se sintió también enternecido por el fuerte vapor de una cucharada que recibió en pleno rostro.

Se estrechó el cinturón, sonriente, incomodado; después, echando de nuevo a andar, y haciendo alusión al vaso de ponche de Alejandro, dijo a Florencio con voz un tanto apagada:

—¡Es singular! Quizá habrá usted observado una cosa... Siempre encuentra uno alguien que

le convida a beber; pero nunca se encuentra a nadie que le pague a uno la comida.

Despuntaba el día. Al extremo de la calle de la Cossonnerie, las casas del bulevar de Sebastopol se divisaban completamente negras; y por cima de la distinta línea de los tejados la elevada cintra de la gran calle cubierta recortaba, en el azul pálido del cielo, una media luna de claridad. Claudio, que se había inclinado sobre algunos tragaluces, provistos de rejas que se abrían, al nivel de la acera, sobre profundidades de cueva en que ardían inciertos resplandores de gas, miraba ya al aire, entre los altos pilares, buscando por cima de los azulados techos, en el borde del claro cielo. Acabó por detenerse una vez más, con los ojos clavados en una de esas delgadas escalerillas de hierro que unen los dos planos de techumbres y permiten recorrerlos. Florencio le preguntó qué era lo que veía allá arriba.

—Es ese demonio de Marjolin—dijo el pintor sin responder.—Está, como si lo viera, en algún canalón de tejado, a no ser que haya pasado la noche con los animales de algún palomar... Le necesito para un estudio.

Y refirió que su amigo Marjolin fué encontrado una mañana, por una vendedora, en un montón de coles, y que creció libremente en medio del Mercado. Cuando le quisieron enviar a la escuela se puso enfermo, y fué menester llevarlo de nuevo a los Mercados. De éstos conocía los menores rincones, a los que amaba con ternura paternal, y vivía con agilidades de ardilla en medio de aquel bosque de hierro fundido. Hacían una hermosa pareja él y aquella desarrapada de Cadina, a quien la tía Chantemesse había recogido una noche, en la esquina del antiguo mercado de los Inocentes. El, el gran bobo

de Marjolin, era espléndido; rubio como un Rubens, con un vello rojizo que quebraba la luz; ella, la pequeña, astuta y delgaducha, tenía un hocico muy picaresco bajo el negro revoltijo de sus crespos cabellos.

Claudio, sin dejar de hablar, apresuraba el paso. Volvió a llevar a su compañero a la punta de San Eustaquio. Florencio se dejó caer sobre un banco junto al despacho de los ómnibus con las piernas de nuevo destrozadas. El aire refrescaba. En el fondo de la calle Rambuteau, unos resplandores de color de rosa jaspeaban el lechoso cielo, recortado más arriba, por grandes desgarrones grises. Aquella aurora exhalaba un olor tan balsámico, que Florencio se creyó un instante en pleno campo, sobre alguna colina. Pero Claudio le enseñó, a la otra parte del banco, el mercado de las hierbas aromáticas. A lo largo del cuadrado de la tripería, hubiérase dicho que se extendían campos de tomillo, de espliego, de ajos, de chalote; y las vendedoras habían enlazado, alrededor de los plátanos jóvenes de la acera, altas ramas de laurel que formaban trofeos de verdura. Era el poderoso olor del laurel lo que dominaba.

La esfera luminosa de San Eustaquio palidecía, agonizaba, semejante a una mariposa sorprendida por la luz de la mañana. En las tiendas de los vinateros, en el fondo de las calles vecinas, los faroles de gas que se apagaban uno por uno, como estrellas que cayeran en la luz. Y Florencio contemplaba los grandes Mercados saliendo de la sombra, saliendo del sueño en que los había visto, alargando hasta lo infinito sus bien iluminados palacios. Parecían solidificarse, poniéndose primero de color gris verdoso, más gigantesco aun con su arboladura prodigiosa, que

sustentaban los lienzos sin fin de sus techumbres. Iban amontonando sus masas geométricas; y cuando todas las claridades interiores quedaron extinguidas, cuando se sumergieron, cuadradas y uniformes, en el naciente día, aparecieron como una máquina moderna superior a toda medida, algo así como una máquina de vapor, como una caldera destinada a la digestión de un pueblo; gigantesco vientre de metal, empernado, remachado, hecho de madera, de vidrio y de hierro fundido, de una elegancia y de una potencia de motor mecánico, funcionando allí, con el calor, con el estrépito, con el estremecimiento furioso de sus ruedas.

Pero Claudio se había subido sobre el banco, llevado por el entusiasmo. Forzó a su compañero a que admirara el día alzándose sobre las legumbres. Era un mar, que se extendía desde la punta de San Eustaquio a la calle de los Mercados, entre los dos grupos de los pabellones. Y, en los dos extremos, en las dos encrucijadas, la ola parecía crecer más aún y las legumbres anegaban el empedrado.

El día despuntaba lentamente, con un color gris suavísimo, lavando todas las cosas con un color claro de acuarela. Aquellos montones apretados como las olas presurosas, aquel río de verdura que parecía fluir por entre el encajonamiento del arroyo, semejante a la caída de las lluvias de otoño, adquirían sombras delicadas y perlinas, colores tiernos de violeta, de rosas de matices lechosos, de verdes ahogados en amarillos, todos los colores que forman del cielo una seda tornasolada al levantarse el sol; y a medida que el incendio de la mañana subía con destellos de llamas por el fondo de la calle de Rambuteau, las legumbres se despertaban más aún, y pare-

cían salir del denso color azul que se arrastraba por el suelo. Las lechugas, las escarolas, abiertas aún con la grasa de la tierra, mostraban sus corazones que reventaban; los manojos de espina-cas, de acederas, de alcachofas, los montones de habichuelas y de guisantes, las pilas de lechugas romanas atadas con una brizna de paja, cantaban toda la gama del verde, desde el verde laca de las vainas hasta el verde oscuro de las hojas; gama sostenida que se iba perdiendo, hasta los penachos de los extremos de los apios y de los manojos de puerros. Pero las notas agudas, las que contaban en voz más alta, eran las vivas manchas de las zanahorias, las manchas puras de los nabos, sembrados en cantidad prodigiosa a lo largo del mercado, iluminándolo con el abigarramiento de sus dos colores. En el cruce de la calle de los Mercados, las coles formaban montañas; las enormes coles blancas, apretadas y duras como balas de metal pálido; las coles rizadas, cuyas grandes hojas se asemejaban a pilones de bronce; las coles rojas, que el alba trocaba en floraciones soberbias, heces de vino con magulladuras de carmín y de sombría púrpura. En el otro extremo, en la confluencia de la punta de San Eustaquio, la entrada de la calle de Rambuteau estaba obstruida por una barricada de anaranjadas calabazas, puestas en dos filas, exhibiéndose, ensanchando sus vientres. Y el dorado barniz de una cesta de cebollas, el rojo sangriento de un montón de tomates, el borroso amarillo de una pila de cohombros, el sombrío violeta de un puñado de berengenas iban iluminándose acá y acullá; en tanto que grandes rapónchigos negros, colocados en enlutadas hileras, dejaban aún algunos agujeros de tinieblas en medio de las vibrantes alegrías del despertar.

Claudio batía palmas ante aquel espectáculo. Aquellos "demontres de legumbres" le parecían extravagantes, locos, sublimes. Y sostenía que no estaban muertas, y que, arrancadas la víspera, aguardaban el sol de la mañana para decirle adiós sobre el pavimento de los Mercados.

Las veía vivir, abrir sus hojas, como si aun tuviesen en el estercolero las raíces sosegadas y calentitas. Añadía Claudio que le parecía sentir allí la respiración de todos los hortelanos de la barrera. Entretanto, la muchedumbre de cofias blancas, de corpiños negros, de blusas azules, atestaban los estrechos andenes, entre los montones. Era toda una campiña zumbadora. Los grandes cuévanos de los mandaderos desfilaban pesadamente por cima de las cabezas. Las revendedoras, los vendedores ambulantes de carretón, los fruteros, compraban, apresurándose. Había cabos de escuadra y bandadas de religiosas alrededor de las montañas de coles; al paso que las cocineras de colegio husmeaban, buscando las gangas. Entretanto, la descarga seguía; los carromatos tiraban al suelo sus cargas, como si fuesen adoquines, añadiendo una ola a las demás olas, que iban ya a estrellarse en la acera opuesta y, desde el fondo de la calle del Puente Nuevo llegaban sin cesar, continuamente, hileras de vehículos.

—¡Oh! Es maravillosamente hermoso, digan lo que quieran—decía a media voz Claudio, como en éxtasis.

Florencio sufría. Creía en alguna tentación sobrehumana. No quería ver más, y miraba a San Eustaquio, que se veía al sesgo, como lavado en sepia sobre el azul del cielo, con sus rosetones, sus grandes ventanas cintradas, su campanario, su techo de pizarras. Deteniase Florencio en el

sombrio hundimiento de la calle de Montorgueil, en donde se veían pedazos de llamativos rótulos, en el cortado lienzo de la calle de Montmartre, cuyos balcones relucían, cargados de letras de oro. Y cuando fijaba de nuevo la vista en la encrucijada, era solicitado por otros rótulos, de las "Droguería y Farmacia", de las "Harinas y legumbres secas", escritos en grandes mayúsculas rojas o negras, sobre fondos desteñidos. Las casas de los chaflanes, de estrechas ventanas, se despertaban, y ponían, en el amplio espacio de la nueva calle del Puente Nuevo, algunas viejas fachadas amarillas del antiguo París. En la esquina de la calle de Rambuteau, en pie en medio de los vacíos escaparates del gran almacén de novedades, empleados bien vestidos, en mangas de camisa, con pantalones ceñidos y anchos puños relucientes, arreglaban las vitrinas. Más lejos, la casa Guillout, severa como una caserna, ostentaba delicadamente, detrás de sus cristales, dorados montones de bizcochos y computeras llenas de pastelillos. Todas las tiendas estaban ya abiertas. Obreros con blusas blancas y con las herramientas bajo el brazo, apresuraban el paso para atravesar el arroyo.

Claudio no se había bajado de su banco. Empinábale sobre la punta de los pies para ver las calles hasta el final. Bruscamente divisó, entre la muchedumbre, a la que dominaba con la vista, una cabeza rubia de largos cabellos, seguida de una cabecita negra, crespa y desgredada.

—¡Eh! ¡Marjolin! ¡Eh, Cadina!—gritó. Y como su voz se perdía en medio del bullicio, saltó al suelo y tomó carrera. Después pensó en que se olvidaba de Florencio, y volvió de un salto, diciéndole con rapidez:

—Ya sabe usted, en el fondo del callejón des

Bourdonnais... Mi nombre está escrito con tiza en la puerta. Claudio Lantier... Vaya usted a ver el agua-fuerte de la calle Pirouette....

Desapareció el pintor. Ignoraba el nombre de Florencio. Se separaba de él como se le había acercado, al borde de una acera, y después de haberle explicado sus preferencias artísticas.

Florencio estaba solo. Al pronto se alegró de verse en aquella soledad. Desde que Madame François le había recogido, en la Avenida de Neuilly, andaba como invadido por una somnolencia y un padecimiento que le quitaba la idea exacta de las cosas. Era libre por fin, y quiso desprezarse, sacudir aquella pesadilla intolerable de alimento gigantesco por la cual se sentía perseguido. Pero su cabeza continuaba vacía, y sólo consiguió hallar de nuevo, en el fondo de su ser, sus temores sordos. El día iba avanzando, y ya podía ser visto. Y contemplaba el lastimoso estado de su indumentaria. Se abrochó hasta el cuello y sacudió el polvo al pantalón, intentando hacerse una apariencia de tocado, y creyendo oír a aquellos negros andrajos pregonar de dónde venía. Estaba sentado en el centro del banco, al lado de unos pobres diablos, de vagabundos desplomados allí esperando el sol. Las noches de los Mercados son dulces para los vagabundos. Dos agentes de policía, aún en traje de noche, con capote y kepis, andando uno al lado del otro con las manos a la espalda, iban y venían a lo largo de la acera; cada vez que pasaban por delante del banco, echaban una ojeada a la caza que allí olfateaban. Florencio se imaginó que le conocían, que deliberaban para arrestarle. Entonces, le asaltó la angustia. Sintió un deseo frenético de levantarse, de correr. Pero ya no se atrevía y no sabía de qué modo marcharse. Y las regulares

ojeadas de los agentes de policía, aquel examen lento y frío, le ponía en un potro. Por fin abandonó el banco, reprimiéndose para no huir con toda velocidad de sus largas piernas, alejándose poco a poco, encogiéndose de hombros, con el horror de sentir las rudas manos de los agentes de policía agarrándole del cuello, por la espalda.

No tuvo más que un pensamiento, una necesidad; alejarse de los Mercados. Esperaría, buscaría otra vez, más tarde, cuando no hubiera gente. Las tres calles del cruce, la calle de Montmartre, la calle de Montorgueil, la calle de Turbigo, le inquietaron; estaban atestadas de vehículos de todas clases; montones de legumbres cubrían las aceras. Entonces anduvo en derchura hacia adelante, hasta la calle de Pierre-Lescot en donde el mercado de berros y el mercado de patatas le parecieron infranqueables. Prefirió seguir por la calle de Rambuteau. Pero, en el boulevard de Sebastopol, se estrelló contra un obstáculo tal de camiones, de carromatos, de toda clase de vehículos, que volvió hasta tomar por la calle de San Dionisio. Ya en ella, entró de nuevo entre las legumbres. En las dos aceras, los mercaderes forasteros habían instalado sus mostradores, tablas colocadas sobre altos cestos, y el diluvio de coles, de zanahorias, de nabos comenzaba nuevamente.

Los Mercados se desbordaban. Intentó Florencio salir de aquella ola que le alcanzaba en su huida; probó la calle de la Cossonnerie, la calle de Berger, la plaza de los Inocentes, la calle de la Ferronnerie, la calle de los Mercados. Y se detuvo, desalentado, despavorido, no pudiendo librarse de aquella infernal ronda de hierbas que acababan por dar vueltas en torno de él, atán-dole por las piernas con sus débiles lazos de ver-

dura. A lo lejos, hasta la calle de Rivoli, hasta la plaza del Ayuntamiento, las eternas hileras de ruedas y de animales enganchados se perdían entre la turbamulta de mercancías que se cargaban; grandes carretas se llevaban las partes de los fruteros de todo un barrio; otros vehículos cuyos costados crujían, partían hacia la barrera. En la calle del Puente Nuevo, Florencio, se perdió por completo; fué a tropezar en medio de una cuadra de carretones de mano, en la que los vendedores ambulantes colocaban sus mercancías. Entre ellos, vió Florencio a Lacaille, que tomó por la calle de San Honorato, empujando delante de sí una carretada de zanahorias y de coliflores. Siguió nuestro hombre, esperando que el vendedor le ayudaría a salir de la barrahunda. El pavimento se había puesto resbaladizo, a pesar de ser seco el tiempo; montones de cabos de alcachofas, de hojas y de hierbas hacían peligroso el tránsito en la calzada. Florencio resbalaba a cada paso. Perdió de vista a Lacaille en la calle de Vanvilliers. Por el lado del Mercado del Trigo, las esquinas de las calles formaban barricadas con nuevos obstáculos de carros y de carretas. Florencio no intentó seguir luchando; los Mercados volvían a apoderarse de él; la ola le anegaba de nuevo. Volvió lentamente atrás y se halló de nuevo en la puerta de San Eustaquio.

Ahora escuchaba el gran rumor que partía de los Mercados. París mascaba los bocados para sus dos millones de habitantes. Era como un gran órgano central que latiese furiosamente, lanzando la sangre de la vida a todas las venas. Ruido de mandíbulas colosales, estrépito hecho con todo el ruido del aprovisionamiento, desde los restallidos del látigo de los revendedores al

por mayor que partían para los mercados de los barrios, hasta los zapatos que se arrastraban de las pobres mujeres que van de puerta en puerta ofreciendo hierbas de ensalada colocadas en cestos.

Entró Florencio bajo una calle cubierta, a la izquierda, en el grupo de los cuatro pabellones, cuya sombra silenciosa había observado durante la noche. Esperaba refugiarse allí, hallar algún hueco. Pero, a aquellas horas, se habían despertado como los otros. Fué hasta el extremo de la calle. Llegaban camiones al trote, atestando el mercado de la Vallée de jaulones llenos de volátiles vivos y de cestas cuadradas en que, en profundos lechos, estaban colocadas las aves muertas. En la acera opuesta, otros camiones descargaban terneras enteras, envueltas en un paño, tendidas a lo largo, como niños, en unos capazos que no dejaban salir más que las cuatro patas, separadas y sangrientas. Había también carneros enteros, cuartos de buey, muslos, espaldas. Los carniceros, con grandes delantales blancos, marcaban la carne con un timbre, la acarreaban, la pesaban, y la suspendían de las barras del puesto de la almoneda; en tanto que, con el rostro pegado a las verjas, contemplaba Florencio aquellas hileras de cuerpos colgados, los hueyes y carneros rojos, las terneras más pálidas, manchadas de amarillo por la grasa y los tendones, con el vientre abierto. Pasó de allí al Mercado de la tripería, por entre las lívidas cabezas y los pies de las terneras, las tripas limpiamente arrolladas en cajas, los sésos colocados delicadamente en cestas planas, los hígados sanguinolentos, los riñones violáceos. Detúvose ante las grandes carretas de dos ruedas, cubiertas de un cuero redondo, que transportan mitades de

cerdos, colgadas de ambos lados en los adrales, encima de un lecho de paja; los abiertos fondos de las carretas mostraban capillas ardientes, hundimientos de tabernáculo, en los reflejos flamantes de aquellas carnes regulares y desnudas; y sobre el lecho de paja, había potes de hojalata, llenos de la sangre de los cerdos. Entonces Florencio se sintió asaltado por una rabia sorda; el olor insípido de la carnicería, el olor acre de la tripería le exasperaban. Salió de la calle cubierta y prefirió volver una vez más a la acera de la calle del Puente Nuevo.

Era la agonía. Asaltábale el estremecimiento de la mañana; le castañeteaban los dientes, y tenía miedo de caerse allí y de quedar tendido en el suelo. Buscó y no halló ni una sola esquina en un banco; hubiera dormido, aun a riesgo de ser despertado por los agentes de policía. Después, como le cegaba una especie de resplandor, se arrimó a un árbol, con los ojos cerrados y los oídos zumbándole. La zanahoria cruda que se había comido, casi sin mascarla le destrozaba el estómago, y el vaso de ponche le había emborrachado. Estaba embriagado de miseria, de cansancio, de hambre. Un fuego ardiente le quemaba de nuevo en la boca del estómago; llevábase a ella las dos manos, a ratos, como para tapar algún agujero por el cual creía sentir que todo su ser se le escapaba. La acera adquiría un amplio balanceo; los sufrimientos del hambriento llegaban a hacerse tan intolerables, que quiso seguir andando para acallarlos. Echó a andar hacia adelante, y entró en el mercado de las legumbres. Se perdió en él. Tomó por un estrecho sendero, dió vuelta por otro, tuvo que desandar lo andado, se equivocó, se halló en medio de las verduras. Algunos montones eran tan altos, que

la gente circulaba entre dos murallas, construidas de manojos de verdura. Las cabezas sobresalían un tanto; se las veía desfilan con la mancha blanca o negra de la prenda que la cubría; y los grandes cuévanos, balanceándose, parecían, al ras de las hojas, barquillas de mimbre que nadasen sobre un lago de césped. Florencio tropezaba con mil obstáculos, con portadores que cargaban, con vendedores que discutían con asperas voces; resbalaba sobre el espeso lecho de mondaduras y de tronchos que cubría el arroyo, y se ahogaba por el poderoso olor de las aplastadas hojas. Entonces, entontecido, se detuvo, se abandonó a los empujones de los unos, a las injurias de los otros; no fué ya más que una cosa golpeada, rodante, en el fondo del mar que iba subiendo.

Invadióle una cobardía enorme. Hubiera pedido limosna. Su estúpida altivez de la noche le exasperaba. Si hubiera aceptado la limosna de Madame François, si, como un imbécil, no le hubiese inspirado miedo Claudio, no se encontraría allí, jadeando en medio de aquellas coles. Y le irritaba sobre todo el no haber interrogado al pintor, en la calle Pirouette. A aquellas horas estaba solo, y podía reventar sobre el empedrado, como un perro perdido.

Levantó por última vez los ojos y miró hacia los Mercados. Estos llameaban bajo el sol. Un gran rayo penetraba por el extremo de la calle cubierta, allá en el fondo, agujereando la masa de los pabellones con un pórtico de luz; y, estrellándose contra el lienzo de las techumbres, caía una lluvia ardiente. La enorme armadura de hierro fundido se anegaba, azuleando, y no era ya más que un perfil sombrío que destacaba de las llamas de incendio del sol que se elevaba. En

lo alto, se encendía un vidrio, y una gota de claridad rodaba hasta los canalones, a lo largo de la pendiente de las anchas planchas de zinc. Entonces le pareció aquello una ciudad tumultuosa en un volante polvo de oro. El despertar había aumentado desde el ronquido de los hortelanos, tumbados bajo sus mantas, hasta el retumbar más vivo de los vehículos que llegaban. Ahora la ciudad entera replegaba sus rejillas; los cuadrados andenes zumbaban, los pabellones retumbaban como el trueno; todas las voces se unían, y se hubiera creído aquello el desarrollo magistral de aquella frase que Florencio, desde las cuatro de la mañana oía arrastrarse y acrecentarse entre las sombras.

A derecha, a izquierda, por todos lados, los berridos de la almoneda ponían agudas notas de flautín, en medio de los sordos bajos de la mucedumbre. Era el pescado fresco, eran las mantequillas, eran los volátiles, era la carne. Pasaban tañidos de campana, sacudiendo tras sí el murmullo de los mercados que se abrían. En torno de Florencio, el sol inflamaba las legumbres. Ya no veía la tierna acuarela de las palideces del alba. Los ensanchados corazones de las verduras ardían; la gama del verde estallaba con vigores soberbios; las zanahorias sangraban, los nabos se tornaban incandescentes en aquel horno triunfal. A la izquierda de Florencio, los carromatos de coles seguían desmoronándose. Volvió la vista, y divisó, a los lejos, los camiones que seguían desembocando por la calle Turbigo. El mar continúa subiendo. Habíalo sentido Florencio en los tobillos, después en el vientre; a aquella hora amenazaba pasar por cima de su cabeza. Cegado, sumergido, con los oídos zumbantes y el estómago aplastado por todo lo que

había visto, adivinando nuevas e incesantes profundidades de alimentos, pidió gracia y le asaltó un dolor loco al pensar que iba a morir de hambre en el París harto, en aquel despertar fulgurante de los Mercados. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

Había llegado a una calle más amplia. Dos mujeres, una viejecita y otra alta y delgada, pasaron por delante de él, charlando y dirigiéndose a los pabellones.

—¿Y ha venido usted en busca de sus provisiones, mademoiselle Saget?—preguntó la alta y delgada.

—¡Oh, madame Lecœur!... No se las puede llamar así... Ya ve usted, una mujer sola... Yo vivo con nada... Hubiera querido una coliflor pequeña, pero está todo tan caro... Y la mantequilla, ¿a cómo está hoy?

—A treinta y cuatro sueldos... Yo tengo buenas cosas. Si quiere usted vaya a verme.

—Sí, sí; no sé aun, tengo todavía algo de grasa...

Florencio, haciendo un esfuerzo supremo, seguía a las dos mujeres. Recordaba que había oído nombrar a la viejecita en la calle Pirouette; se decía que le preguntaría en cuanto se hubiese separado de la alta y delgada.

—¿Y su sobrina de usted?—preguntó mademoiselle Saget.

—La Sarriette hace lo que le da la gana—respondió con acritud madame Lecœur. Ha querido “establecerse”. Me tiene ya completamente sin cuidado. Cuando la hayan roído los hombres no seré yo la que le dé un pedazo de pan.

—Era usted tan buena para ella... Debería ver de ganar dinero; las frutas están en buenas condiciones este año... ¿Y su cuñado de usted?

—¡Oh! Ese...

Madame Lecœur frunció los labios y pareció no querer decir más.

—¿Siempre el mismo, eh?— continuó Mademoiselle Saget.—Valiente... He oído decir que se está comiendo el dinero de una manera...

—¿Acaso se sabe si se come su dinero?—dijo brutalmente Madamé Lecœur.—Es un tacaño, es un ladrón, es un hombre, mire usted, que me dejaría reventar de hambre antes que prestarme cien sueldos. Sabe perfectamente que esta temporada no han dado juego ni las mantequillas ni los quesos ni los huevos... El vende todas las aves que quiere. Pues bien, ni una vez, ni una sola vez siquiera, me ha ofrecido sus servicios. Yo soy demasiado orgullosa para aceptar, ¿sabe usted? pero me hubiera quedado satisfecha.

—¡Oh, ahí tiene usted a su cuñado!—dijo Mademoiselle Saget bajando la voz.

Las dos mujeres se volvieron y miraron a alguien que atravesaba el arroyo para entrar en la gran calle cubierta.

—Tengo un poco de prisa—dijo Madame Lecœur a media voz.—He dejado la tienda sola. Además, no quiero decirle una palabra.

Florencio se había vuelto también maquinalmente. Vió un hombre pequeño, robusto, con aspecto de felicidad, con el cabello gris cortado como un cepillo; llevaba bajo cada brazo un ganso cebado, cuya cabeza colgaba golpeándole los muslos. Y bruscamente, hizo un gesto de alegría, y corrió hacia aquel hombre, olvidando su fatiga.

Cuando le hubo alcanzado:

—¡Gavard!—le dijo dándole un golpe en el hombro.

El otro levantó la cabeza y examinó con aire

de sorpresa aquella larga figura negra que no recordaba. Después, de repente:

—¡Usted! ¡usted!—exclamó en el colmo de la estupefacción.—¡Pero cómo! ¿Usted?

Y por poco deja caer los gansos cebados. No se calmaba. Pero al ver a su cuñada y a Mademoiselle Saget, que desde lejos contemplaban curiosamente el encuentro, echó a andar de nuevo, diciendo:

—No nos quedemos aquí, venga usted. Hay sobra de ojos y de lenguas.

Y, bajo la calle cubierta, se pusieron a hablar. Florencio le dijo que no había ido a la calle Pironette. A Gavard le hizo la mar de gracia esto; se rió mucho y le dijo que su hermano Quénu se había mudado y abierto la nueva salchichería a dos pasos, en la calle de Rambuleau, frente a los Mercados. Y lo que le divirtió más prodigiosamente aun fué el enterarse de que Florencio se había estado paseando toda la mañana con Claudio Lantier, un *punto* de marca, que era precisamente sobrino de Madame Quénu. Iba a acompañarle a la salchichería. Después, cuando supo que Florencio había vuelto a Francia con documentos falsificados, adoptó toda clase de medidas misteriosas y graves. Quiso andar delante del otro, a cinco pasos de distancia, para no llamar la atención. Después de haber pasado por el pabellón de los volátiles, en donde colgó los dos gansos en su puesto, atravesó la calle de Rambuleau, seguido siempre por Florencio. Allí, en medio del arroyo, con el rabillo del ojo le mostró una grande y hermosa tienda de salchichería.

El sol enfilaba oblicuamente la calle de Rambuteau, alumbrando las fachadas, en medio de las cuales la abertura de la calle Pirouette for-

maba un agujero negro. En el otro extremo, el gran edificio de San Eustaquio se ostentaba dorado por el polvo del sol, como una inmensa vitrina. Y, en medio del bullicio, del fondo del cruce de las calles, avanzaba un ejército de barrereros, en hilera, dando regulares escobadas; en tanto que los basureros arrojaban con palas las inmundicias a los carros, que se detenían, cada veinte pasos, con ruido de vajillas rotas. Pero Florencio no prestaba atención más que a la gran salchichería, abierta y llameante bajo el sol naciente.

Formaba casi la esquina de la calle Pirouette. Era una alegría para la vista. Reía, completamente clara, con puntos de vivos colores que cantaban en medio de la blancura de sus mármoles. El rótulo, en el cual el nombre de QUENUGRADELLE lucía en grandes letras de oro, en un marco de ramas y hojas dibujado sobre fondo claro, estaba compuesto por una pintura recubierta por un cristal. Las dos cartelas laterales de la fachada, igualmente pintadas y cristales, representaban Amorcillos molletudos que jugaban en medio de cabezas de animales, de costillitas de cerdo, de guirnaldas de salchichas; y aquellas naturalezas muertas, adornadas de volutas y rosetones, tenían tal suavidad de acuarela, que las carnes crudas adquirían tonos rosados de confituras. Después, en aquel agradable cuadro, se erguía el escaparate. Estaba colocado sobre un lecho de finas recortaduras de papel azul, a trechos, hojas de helecho delicadamente ordenadas, trocaban algunos platos en ramilletes rodeados de verdura. Era un mundo de cosas buenas, apetitosas, grasas. Primero, abajo de todo, había una hilera de salchichas, entremezcladas con tarros de mostaza. Los desosados jamo-

nes venían encima, con su buen aspecto redondo, recubierto de amarillo pan rayado y con el mango terminado en un floripón verde. En seguida llegaban las grandes fuentes; las gruesas lenguas de Estrasburgo, rojas y barnizadas, sangrando al lado de la palidez de las salchichas y de los pies de cerdo; las morcillas, negras, enroscadas como culebras bonachonas; los chorizos, amontonados dos a dos, reventando de salud; los salchichones, semejantes a espinazos de chanfre, con sus marchamos de plomo; los grandes jamones, los grandes pedazos de ternera y de cerdo, helados, y cuya gelatina tenía limpi-deces de azúcar cande. Había además muchas fuentes, en el fondo de las cuales dormían carnes y picadillos, en lagos de grasa solidificada. Entre las fuentes, entre los platos, sobre el lecho de recortaduras azules, se hallaban desparramados tarros de substancia de carne, de trufas en conserva; pastelitos de *foie gras*, latas de atún y de sardinas. Una caja de quesos lechosos y otra caja de caracoles untados de manteca emperejilada, estaban colocadas en las dos esquinas negligentemente. En fin, en todo lo alto, pendientes de una barra llena de ganchos, collares de salchichas, de salchichones, de morcillas, colgaban simétricamente, semejantes a cordones y bellotas de ricas colgaduras; en tanto que, detrás de ellas, ponían sus encajes varios jirones de redaños, como fondo de blandas blancas y carnosas. Y allí, en el último peldaño de aquella capilla del vientre, en medio de los extremos de los peldaños, entre dos manojos de purpúreos gadiolos, el altar se coronaba con un acuario cuadrado, adornado de rocalla, en el que nadaban continuamente dos peces rojos.

Florencio sintió un escalofrío a flor de piel, y

divisó a una mujer, en el dintel de la tienda, bañada de sol. La mujer constituía una dicha más, una plenitud sólida y feliz en medio de todas aquellas alegrías grasas. Era una hermosa mujer. Tenía la misma anchura de la puerta, y sin embargo, no era demasiado gruesa; alta de pechos, con la madurez de la treintena. Acababa de levantarse, y ya sus cabellos, alisados, pegados y como barnizados, le caían en pequeños bandos aplastados sobre las sienas. Esto la hacía limpiísima. Su piel, apacible, tenía esa blancura transparente, esa piel fina y rosada de las personas que viven de ordinario entre grasas y carnes crudas. Era más bien seria, muy calmosa y lenta, de mirada alegre y labios graves. Su almidonado cuello blanco que le circundaba la garganta, sus blancos manguitos que llegaban hasta el codo, su delantal blanco que ocultaba la punta de los zapatos, no dejaban ver más que los extremos de su traje de cachemira negra, los redondos hombros, el busto relleno, cuya tela distendía en extremo el corsé. En aquel conjunto blanco se reflejaba ardiendo el sol. Pero inundada de claridad, azules los cabellos, rosada la carne, resplandecientes las mangas y la falda, no entornaba los párpados, y tomaba con toda tranquilidad y beatitud su baño de luz matinal, con los ojos dulces, sonriendo a los desbordantes mercados. Tenía aspecto de gran honestidad.

—Es la mujer de su hermano de usted, su cuñada Lisa—dijo Gavard a Florencio.

Habíala saludado con leve inclinación de cabeza. Después, se hundió en la calle, continuando con sus precauciones minuciosas, no queriendo que Florencio entrase por la tienda, a pesar de hallarse ésta vacía. Evidentemente se consi-

deraba dichoso al inmircuirse en una aventura que juzgaba comprometedora.

—Espere usted—dijo a Florencio.—Voy a ver si su hermano está solo. Entre usted cuando yo dé una palmada.

Empujó una puerta en el fondo de un portal. Pero cuando Florencio oyó la voz de su hermano detrás de aquelal puerta, entró de un salto. Quénu, que le adoraba, se le echó al cuello. Se besaban lo mismo que niños.

—¡Ah! ¡Recórcholis! ¡Ah! ¿Eres tú?—balbuceaba Quénu.—¡Qué demonio había yo de esperarle! ¡Te creía muerto... Ayer mismo se lo decía a Lisa: "El pobre Florencio..."

Se detuvo, y gritó, asomando la cabeza a la tienda:

—¡Eh! ¡Lisa!... ¡Lisa!...

Después, dirigiéndose hacia una niñita que se había refugiado en un rincón:

—Paulina—la dijo,—ve a llamar a tu madre.

Pero la niña no se movió. Era una niña hermosa de cinco años, con el rostro grueso y redondo, de gran parecido con la hermosa salchichera. Tenía en brazos un enorme gato amarillo, que se abandonaba a sus anchas, con las patas colgando. Y la niña le apretaba con las manecitas, encorvándose sobre su carga, como si hubiese temido que aquel señor tan mal vestido se la robase.

Lisa llegó lentamente.

—Es Florencio, es mi hermano — repetía Quénu.

Ella le llamó "señor", y estuvo muy amable. Le miraba apaciblemente, de pies a cabeza, sin demostrar ninguna sorpresa poco decente. Sólo sus labios tenían un ligero frunce. Y permaneció en pie, acabando por sonreirse al ver los abrazos

de su marido. Por fin, éste pareció calmarse un poco. Entonces vió la delgadez, la miseria de Florencio.

—¡Ah! ¡mi pobre amigo!—dijo.—No te has embellecido por aquellos barrios... Yo he engordado, ¿qué quieres!

Estaba gordo, en efecto, demasiado gordo para sus treinta años. Reventaba dentro de su camisa, de su delantal, de sus ropas blancas que le envolvían como a una muñeca enorme. Su afeitado rostro se había alargado, y había acabado por tomar, a la larga, una lejana semejanza con la geta de aquellos cerdos, de aquella carne en que sus manos se hundían y vivían el día entero. Florencio no le conocía apenas. Se había vuelto a sentar y paseaba las mirabas desde su hermano a la hermosa Lisa, a la pequeña Paulina. Todos sudaban salud; estaban soberbios, cuadrados, relucientes; contemplaban a Florencio con el asombro de personas muy gruesas exaltadas de vaga inquietud en presencia de un ser flaco. Y hasta el mismo gato, cuya piel reventaba de grasa, redondeaba sus ojos amarillos, examinando a Florencio con aspecto de desconfianza.

—Esperarás el almuerzo, ¿verdad?—preguntó Quénu a su hermano.—Almorzaremos temprano, a las diez.

Perebíase fuerte olor de cocina. Florencio volvió a ver su terrible noche, su llegada encima del carro de las legumbres, su agonía en medio de los Mercados, aquel desmoronamiento continuo de manjares del cual acababa de escaparse. Entonces, dijo a su hermano en voz baja, con una dulce sonrisa:

—No, mira, tengo hambre.

II

Acababa Florencio de comenzar la carrera de Derecho, en París, cuando murió su madre. Residía ésta en el Vigan, en el Gard. Habíase casado en segundas nupcias con un normando, un Quénu d'Yvetot, a quien un subprefecto había llevado y olvidado en el Mediodía. Continaba empleado en la subprefectura, pareciéndole el país encantador, bueno el vino, amables las mujeres. Una indigestión, tres años después del matrimonio, se lo llevó. Dejaba por toda herencia a su mujer un muchachón gordote que se le parecía. La madre pagaba ya con grandes dificultades los meses de colegio de su hijo mayor, Florencio, fruto de su primer matrimonio. Este le proporcionaba grandes satisfacciones; era muy buen muchacho, trabajaba con ardor, y ganaba siempre los primeros premios. En él colocó la madre todas sus ternuras, todas sus esperanzas. Tal vez prefería, en aquel muchacho pálido y delgado, a su primer marido, uno de esos provenzales de acariciadora blandura, que la había amado con locura. Tal vez Quénu, cuyo buen humor la había seducido al principio, se había

de su marido. Por fin, éste pareció calmarse un poco. Entonces vió la delgadez, la miseria de Florencio.

—¡Ah! ¡mi pobre amigo!—dijo.—No te has embellecido por aquellos barrios... Yo he engordado, ¿qué quieres!

Estaba gordo, en efecto, demasiado gordo para sus treinta años. Reventaba dentro de su camisa, de su delantal, de sus ropas blancas que le envolvían como a una muñeca enorme. Su afeitado rostro se había alargado, y había acabado por tomar, a la larga, una lejana semejanza con la geta de aquellos cerdos, de aquella carne en que sus manos se hundían y vivían el día entero. Florencio no le conocía apenas. Se había vuelto a sentar y paseaba las mirabas desde su hermano a la hermosa Lisa, a la pequeña Paulina. Todos sudaban salud; estaban soberbios, cuadrados, relucientes; contemplaban a Florencio con el asombro de personas muy gruesas exaltadas de vaga inquietud en presencia de un ser flaco. Y hasta el mismo gato, cuya piel reventaba de grasa, redondeaba sus ojos amarillos, examinando a Florencio con aspecto de desconfianza.

—Esperarás el almuerzo, ¿verdad?—preguntó Quénu a su hermano.—Almorzaremos temprano, a las diez.

Perebíase fuerte olor de cocina. Florencio volvió a ver su terrible noche, su llegada encima del carro de las legumbres, su agonía en medio de los Mercados, aquel desmoronamiento continuo de manjares del cual acababa de escaparse. Entonces, dijo a su hermano en voz baja, con una dulce sonrisa:

—No, mira, tengo hambre.

II

Acababa Florencio de comenzar la carrera de Derecho, en París, cuando murió su madre. Residía ésta en el Vigan, en el Gard. Habíase casado en segundas nupcias con un normando, un Quénu d'Yvetot, a quien un subprefecto había llevado y olvidado en el Mediodía. Continaba empleado en la subprefectura, pareciéndole el país encantador, bueno el vino, amables las mujeres. Una indigestión, tres años después del matrimonio, se lo llevó. Dejaba por toda herencia a su mujer un muchachón gordote que se le parecía. La madre pagaba ya con grandes dificultades los meses de colegio de su hijo mayor, Florencio, fruto de su primer matrimonio. Este le proporcionaba grandes satisfacciones; era muy buen muchacho, trabajaba con ardor, y ganaba siempre los primeros premios. En él colocó la madre todas sus ternuras, todas sus esperanzas. Tal vez prefería, en aquel muchacho pálido y delgado, a su primer marido, uno de esos provenzales de acariciadora blandura, que la había amado con locura. Tal vez Quénu, cuyo buen humor la había seducido al principio, se había

mostrado después demasiado gordo, demasiado satisfecho, demasiado convencido de que podía obtener de sí mismo sus mejores goces. Decidió la madre que su último hijo, el benjamín, el que las familias meridionales suelen sacrificar aún con bastante frecuencia, no haría nunca nada de bueno; se contentó con enviarle a la escuela, a casa de una solterona vecina suya, en donde el pequeño no aprendió gran cosa más que a picardear. Los dos hermanos crecieron el uno lejos del otro, como dos extraños.

Cuando Florencio llegó al Vigan, su madre había sido ya enterrada. Había exigido que ocul-taran su enfermedad al hijo mayor hasta el último momento, con objeto de no distraerle en sus estudios. Florencio halló a su hermano Quénu, que tenía doce años, sollozando completamente solo en medio de la cocina, sentado encima de una mesa.

Un comerciante en muebles, un vecino, le contó la agonía de la desgraciada madre. Había llegado a apurar los últimos recursos, y se había matado trabajando para que su hijo pudiera seguir la carrera de derecho. A una pequeña tienda de mercería que producía muy poca cosa, había tenido que añadir otros trabajos que la ocupaban hasta altas horas de la noche. La idea fija de ver abogado a su Florencio, bien establecido en la ciudad, había acabado por hacerla dura, despiadada para sí misma y para los demás. El hijo menor, Quénu, iba con los pantalones agujereados, con blusas cuyas mangas se deshilachaban; no comía nunca en la mesa, y aguardaba a que su madre le hubiera cortado su ración de pan. Ella también se cortaba rebanadas delgadas. A este régimen había sucumbido, con

la desesperación inmensa de no poder cumplir la misión que se había impuesto.

Este relato hizo una impresión terrible sobre el carácter blando de Florencio. Las lágrimas le ahogaban. Cogió en brazos a su hermanillo, le tuvo estrechado, y le dió mil besos como para devolverle el cariño de que le había privado. Y contemplaba los pobres zapatos rotos de Quénu, sus codos agujereados, sus manos sucias, toda aquella miseria de niño abandonado. Repetía una vez y otra que se lo iba a llevar consigo, que sería dichoso con él.

Al día siguiente, cuando examinó cara a cara la situación, tuvo miedo de no poder reservar ni aun la cantidad necesaria para volver a París. De ninguna manera quería quedarse en el Vigan. Pudo vender en buenas condiciones la pequeña tienda de mercería, y esto le permitió pagar las deudas que su madre, rígida en extremo en las cuestiones de dinero, se había dejado poco a poco arrastrar a contraer. Y como no le quedaba nada, el vecino, el comerciante en muebles, le ofreció quinientos francos por el mobiliario y la ropa blanca de la difunta. Hacía un buen negocio. El joven Florencio le dió las gracias, con los ojos llenos de lágrimas. Vistió a su hermano de nuevo de pies a cabeza, y se lo llevó aquella misma tarde.

En París no podía ya siquiera pensar en seguir los cursos de la Escuela de Derecho. Florencio pospuso hasta más adelante toda ambición. Encontró unas cuantas lecciones, y se instaló con Quénu en la calle de Royer-Collard, en la esquina de la de Saint-Jacques, en una gran habitación que amuebló con dos camas de hierro, un armario, una mesa y cuatro sillas. Desde entonces, tuvo un hijo. Su paternidad le tenía encan-

tado. En los primeros tiempos, por la noche, cuando regresaba a su casa, intentaba dar lecciones al niño; pero éste no le hacía gran caso; tenía la cabeza dura, y se negaba a aprender, sollozando, echando de menos la época en que su madre le dejaba corretear por las calles. Florencio, desesperado, dejaba la lección, le consolaba, y le prometía vacaciones indefinidas. Y para excusarse por su debilidad, se decía que no se había llevado consigo el queridísimo niño con el fin de contrariarle. Fué su regla de conducta al contemplarle creciendo en alegría. Le adoraba, y se sentía entusiasmado por sus risas, experimentaba dulzuras infinitas al sentirle en torno suyo, en buena salud, ignorante de toda preocupación. Florencio iba adelgazando dentro de sus gabanes negros y raidos, y su rostro comenzaba amarillear, en medio de las crueles burlas de la enseñanza. Quénu se iba haciendo un hombrecillo, redondete, algo tonto, y que no sabía casi leer ni escribir, pero con su buen humor inalterable que llenaba de alegría la grande y sombría habitación de la calle de Royer-Collard.

Entretanto, transcurrían los años. Florencio, que había heredado las abnegaciones de su madre, conservaba a Quénu en casa como a una muchacha perezosa. Procuraba evitarle hasta los menores cuidados del interior; él era el que iba en busca de las provisiones, el que hacía la limpieza y guisaba. Esto, decía, le sustraía a sus malos pensamientos. De ordinario, estaba sombrío, creyéndose malo. Por la noche, cuando llegaba a su casa, sucio, con la cabeza baja por el odio a los niños ajenos, sentíase enternecido hasta el alma por el abrazo de aquel muchacho alto y gordo, a quien hallaba jugando al peón en el pavimento de la estancia. Quénu se reía de su

poca maña para hacer las tortillas, y del talante serio con que ponía la olla en el fuego. Apagada la lámpara, Florencio, a veces, volvía a ponerse triste en su lecho. Pensaba en emprender de nuevo sus estudios de leyes, y se ingeniaba para poder disponer el tiempo de modo que pudiese seguir los cursos de la Facultad. Lo consiguió, y fué completamente feliz. Pero unas calenturillas que le retuvieron ocho días sin salir a la calle, abrieron tal brecha en su presupuesto y le inquietaron hasta tal punto, que abandonó toda idea de terminar sus estudios. Su niño iba creciendo. Florencio logró entrar como profesor en un colegio de la calle de l'Estrapade, con sueldo de mil ochocientos francos. Era todo un fortuna. Con un poco de economía, iba a ahorrar dinero para establecer a Quénu. A los diez y ocho años, le consideraba aún como a una señorita a la que es preciso dotar.

Durante la breve enfermedad de su hermano, Quénu, por su parte, había reflexionado también. Una mañana declaró que quería trabajar, que era lo bastante crecido para poder ganarse la vida. Florencio se sintió profundamente conmovido. Había, enfrente de ellos, en la otra parte de la calle, un relojero en un piso, al que veía el muchacho durante el día entero, en la cruda claridad de la ventana, inclinado sobre su mesita y manejando cosas delicadas, mirándolas con una lente, con paciencia enorme. Quénu se sintió seducido, y pretendió que tenía afición a la relojería. Pero al cabo de quince días se puso inquieto y lloró como un motilón de diez años, diciendo que aquéllo era muy complicado, y nunca llegaría a saber "todas las tonterías chicas que entran en un reloj". Ahora prefería ser cerrajero. La cerrajería le fatigó. En dos años probó más

de diez oficios. Florencio pensaba que su hermano tenía razón, y que no puede uno meterse en una cosa con repugnancia. Sólo que la hermosa aplicación de Quénu, que quería ganarse la vida, costaba muy cara al presupuesto de los dos jóvenes. Desde que corría por los talleres, hacia sin cesar nuevos gastos, ora de ropas, ora de comidas fuera de su casa, ora de bienvenidas que había que pagar a los camaradas. Los mil ochocientos francos de Florencio no bastaban ya. Había tenido que aceptar otras dos lecciones que daba por la noche. Por espacio de ocho años llevó la misma levita.

Los dos hermanos habían adquirido un amigo. La casa tenía una fachada a la calle de Saint-Jacques, y allí se abría una gran pollería, propiedad de un digno sujeto llamado Gavard, cuya mujer se moría del pecho, en medio del olor graso de las aves. Cuando Florencio regresaba demasiado tarde, para poder guisar algún trozo de carne, compraba en la tienda un pedazo de pava o un pedazo de ganso de doce sueldos. Eran aquellos días de gran banquete. Gavard acabó por interesarse por aquel muchacho delgado, conoció su historia, y se atrajo al menor. Y muy pronto Quénu no salió de la pollería. Desde que se marchaba su hermano, bajaba él, se instalaba en el fondo de la tienda, y se entusiasmaba al ver los cuatro asadores gigantes que giraban con ruido suave, encima de las altas llamas claras.

Los anchos cobres de la chimenea relucían, los volátiles humeaban, la grasa cantaba en la grasería y los asadores acababan por charlar entre sí, por dirigir frases amables a Quénu, quien, con una cuchara larga en la mano, rociaba devotamente los dorados vientres de los obesos

patos y de las grandes pavas. Permanecía así horas enteras, rojo por las danzantes claridades de la llamarada, algo entontecido, riéndose vagamente ante los grandes animales que se asaban, y sin despertarse hasta que los quitaban del asador. Las aves caían en las fuentes; los asadores salían de sus vientres humeando; los vientres se vaciaban, dejando afluir la grasa por los agujeros del trasero y de la garganta, y llenando la tienda de fuerte olor a asado. Entonces el niño, en pie, seguía con los ojos la operación, batía palmas, hablaba a las aves, y les decía que eran muy buenas, que se las comerían y que los gatos no roerían más que los huesos. Y se sobresaltaba cuando Gavard le daba una rebanada de pan, que ponía a cocer lentamente en la grasería por espacio de media hora.

Allí sin duda fué donde Quénu tomó el gusto a la cocina. Más tarde, después de haber probado todos los oficios, volvió fatalmente a las aves que se quitan del asador, a las grasas que obligan a lamerse los dedos. Al principio temía contrariar a su hermano, que era un pobre comedor que hablaba de las cosas buenas con el desdén del hombre ignorante. Después, al ver que Florencio le escuchaba cuando le explicaba algún plato combinado, le confesó su vocación, y entró en un gran restaurant. Desde entonces, la vida de los dos hermanos estuvo arreglada. Continuaron habitando el cuarto de la calle Royer-Colard, en donde se encontraban cada noche; el uno con el rostro rejuvenecido por sus hornos; el otro, con el semblante impregnado de su miseria de profesor sucio. Florencio conservaba su traje negro, distrayéndose con los deberes de sus alumnos, en tanto que Quénu, para estar a sus anchas, se ponía su delantal, su chaqueta

blanca y su blanco gorro de marmitón, dando vueltas alrededor del sartén o distrayéndose con alguna golosina hecha al horno. Y a veces sonreían al verse así, el uno todo blanco, el otro todo negro. La gran habitación parecía medio enfadada, medio alegre con aquel luto y aquella alegría. Nunca se entendió mejor una pareja tan desigual como aquella. Por más que el mayor enflaquecía quemado por los ardores de su padre, y por más que el menor engordaba, como digno hijo de normando, se amaban por su madre común, por aquella mujer que era toda ternura.

Tenían un pariente en París, un hermano de su madre, un Gradella, establecido de salchicero en la calle Pirouette, barrio de los Mercados. Era un gran avaro, un hombre brutal, que los recibió como a muertos de hambre, la primera vez que se presentaron en su casa. Volvieron a ella raras veces. El día del santo del hombre aquél, Quénu le llevaba un ramo de flores y recibía una pieza de diez sueldos. Florencio, de altivez enfermiza, sufría cuando Gradelle examinaba su levita delgada, con el ojo inquieto y suspicaz de un tacaño que olfatea la demanda de una comida o de una pieza de cien sueldos. Un día, tuvo la ingenuidad de cambiar en casa de su tío un billete de cien francos. El tío tuvo menos miedo al ver llegar a los pequeños, como él les llamaba. Pero en esto quedaron las amistades.

Aquellos años fueron para Florencio un largo ensueño dulce y triste. Gustó todas las alegrías amargas de la abnegación. En su casa no tenía más que ternuras. Fuera de ella, en las humillaciones que le producían sus discípulos, en el contiguo codear de las aceras, se sentía perverso. Sus muertas ambiciones se agriaban. Hubo me-

nester de largos meses para encorvar los hombros y aceptar sus padecimientos de hombre feo, mediocre y pobre. Deseoso de huir de las tentaciones de maldad, se arrojó en plena bondad ideal, y se creó un refugio de justicia y de verdad absolutas. Entonces fué cuando se hizo republicano; entró en la república del mismo modo que entran en el convento las mujeres desesperadas. Y como no encontrara una república bastante tibia, bastante silenciosa para adormecer sus males, se forjó una a su manera. Los libros le desagradaban; todo aquel papel ennegrecido en medio del cual vivía, le recordaba la hedionda clase, las bolitas de papel mascado de los pilluelos, la tortura de las largas horas estériles. Además, los libros no le hablaban de otra cosa que de rebelión; le impulsaban a sentir orgullo, y era de olvido y de sosiego de lo que tenía necesidad imperiosa. Mecerse, dormirse, soñar que era completamente feliz, que el mundo estaba a punto de llegar a serlo también; construir la ciudad republicana en que hubiese deseado vivir. Tal fué su recreo, la obra eternamente recomenzada en sus horas de libertad. Ya no quería leer nada, aparte de las necesidades de la enseñanza; subía por la calle de Saint-Jacques, hasta los bulevares exteriores, y muchas veces hacía una gran caminata, hasta regresar por la barrera de Italia; y mientras duraba su paseo, con los ojos clavados en el barrio Mouffetard, que se extendía a sus pies, forjaba medidas morales, componía proyectos de ley humanitarios, que hubieran trocado esta vida de padecimientos en otra vida de felicidad. Cuando las jornadas de Febrero ensangrentaron a París, Florencio se sintió consternado, y recorrió los clubs, pidiendo el rescate de aquella sangre por medio de "el

beso fraternal de los republicanos del universo entero". Convirtiéndose en uno de aquellos oradores iluminados que predicaron la revolución como una religión nueva, toda dulzura y toda redención. Fué preciso que llegaran las jornadas de diciembre para sacarle de su ternura universal. Estaba desarmado. Dejose coger como un corderillo y fué tratado como un lobo. Cuando despertó de su sermón de fraternidad, se sintió morir de hambre sobre las frias losas de una casamata de Bicetre.

Quénu, que contaba entonces veintidós años, se sintió sobrecogido por mortal angustia al no ver regresar a su hermano. Al día siguiente fué a buscarle, en el cementerio de Montmartre, entre los muertos en el bulevar, que habian sido colocados en línea, bajo la paja; las cabezas se sucedian, espantosas. El corazón faltaba a Quénu, las lágrimas le cegaban, y tuvo que pasar, por dos veces distintas, a lo largo de toda la fila de muertos. Por fin, en la prefectura de policía, al cabo de ocho días interminables, averiguó que su hermano había sido hecho prisionero. No le fué posible verle. Como insistiera para conseguirlo, le amenazaron con prenderle a él también. Entonces corrió Quénu a casa de su tío Gradelle, que era para él un personaje, esperando que lo determinaría a salvar a Florencio. Pero el tío Gradelle montó en cólera, sostuvo que le estaba bien empleado y que aquel gran imbécil no tenía necesidad ninguna de entremezclarse con aquellos canallas de republicanos; llegó a añadir que Florencio había de acabar muy mal, porque así lo llevaba escrito en el rostro. Quénu lloraba todas las lágrimas de su cuerpo. Permaneció sin moverse de allí, asfixiándose. El tío, un tanto avergonzado, y comprendiendo que debía

hacer algo por aquel pobre muchacho, le ofreció que le tomaría a su lado. Sabía que Quénu era un buen cocinero, y necesitaba un ayudante. Quénu temía hasta tal punto el volver solo a la gran habitación de la calle de Royer-Collard, que aceptó el ofrecimiento. Durmió en casa de su tío aquella misma noche, en lo más alto, en el fondo de un negro hueco en el que apenas podía estirarse. Allí lloró menos de lo que hubiese llorado en presencia del lecho vacío de su hermano.

Por fin logró que le dejaran ver a Florencio. Pero al regresar de Bicetre tuvo que meterse en la cama; unas calenturas le tuvieron por espacio de cerca de tres semanas en una somnolencia de embrutecimiento. Fué su primera y única enfermedad.

Gradelle enviaba al republicano de su sobrino a todos los diablos. Cuando se enteró de su partida para Cayena, una mañana, dió unos golpes en las manos a Quénu, le despertó y le anunció la noticia brutalmente. Esto provocó en el joven una crisis tal, que al día siguiente estaba ya en pie. Su dolor se fundió; sus carnes fofas parecieron beberse sus últimas lágrimas. Un mes más tarde, se reía, se encolerizaba, tristísimo por haberse reído; después el buen humor quedaba victorioso, y Quénu se reía sin saberlo.

Aprendió la salchichería. En ella experimentaba aún más goces que en la cocina. Pero el tío Gradelle le decía que no debía descuidar demasiado las cacerolas, que los salchicheros, buenos cocineros a la vez, eran raros, y que era una gran suerte para él el haber pasado por un restaurant antes de entrar en su casa. Por otra parte, utilizaba las disposiciones de su sobrino; le hacía preparar comidas para fuera, y le encargaba especialmente de los asados y de las costillitas de

cerdo con pepinillos. Como el muchacho le prestaba verdaderos servicios, Gradelle le quiso a su manera, pellizcándole los brazos en los días de buen humor. Había vendido el pobre mobiliario de la calle de Royer-Collard, y conservaba el dinero obtenido, cuarenta y tantos francos, para aquel picarón de Quénu—decía—no los tirara por la ventana. Sin embargo, acabó por darle cada mes seis francos para sus gastos menudos.

Quénu, escasisimo de dinero, y muchas veces tratado con brutalidad, era, no obstante, perfectamente feliz. Gustábale que le diesen la vida ya mascada. Florencio le había educado demasiado como niña perezosa. Además, se había hecho con una amiga en casa del tío Gradelle. Cuando éste perdió a su esposa, tuvo que tomar una muchacha para el servicio del mostrador. La escogió de buen aspecto, apetitosa, porque sabía que esto alegra al cliente y hace honor a las carnes asadas. Conocía, en la calle de Cuvier, cerca del Jardín de Plantas, a una señora viuda, cuyo marido había desempeñado la dirección de correos en Plassans y una sub-prefectura en el Mediodía. Aquella dama, que vivía de una pequeña renta vitalicia, con muchísima modestia, habíase traído desde aquella ciudad una niña linda y gruesa, a quien trataba como a su propia hija. Lisa la cuidaba con talante plácido, con humor siempre igual; algo seria, y hermosa de veras cuando sonreía. El gran encanto suyo provenía de la manera exquisita con que adoptaba su rara sonrisa. Entonces su mirada era una caricia, y su gravedad ordinaria daba un precio inestimable a aquella repentina ciencia de seducción. La anciana señora solía decir con frecuencia que una sonrisa de Lisa la llevaría al infierno. Cuando la mató el asma, dejó a su hija adoptiva todas

sus economías, una decena de miles de francos.

Lisa permaneció ocho días sola en la habitación de la calle de Cuvier; allí fué donde se presentó en su busca Gradelle. Conocióla por haberla visto a menudo con su ama cuando esta última iba a su casa, en la calle de Girouette. Pero al verla en el entierro le pareció tan embellecida, tan sólidamente formada, que llegó hasta el cementerio. Mientras que bajaban el ataúd, reflexionaba Gradelle que Lisa estaría soberbia en la salchichería. Echaba cálculos, y se decía que bien podría ofrecerle treinta francos mensuales con casa y manutención. Cuando le hizo proposiciones, pidió Lisa veinticuatro horas para darle una respuesta. Después, una mañana, llegó con su escaso ajuar y sus diez mil francos en el corpiño.

Un mes más tarde, toda la casa le pertenecía, Gradelle, Quénu, sobre todo, se hubiera dejado cortar los dedos por ella. Cuando Lisa sonreía, el joven permanecía allí, riéndose con toda su alma, al contemplarla.

Lisa, que era la hija mayor de los Macquart, de Plassans, tenía todavía padre. Decía ella que estaba en el extranjero, y no le escribía nunca. A veces, lo único que se dejaba decir era que su madre había sido, en vida, una trabajadora infatigable, y que ella había salido a la madre. Mostrábase, en efecto, muy paciente para el trabajo. Pero añadía que la valiente mujer había tenido demasiado constancia, hasta el punto de matarse por que la casa saliese adelante. Hablaba entonces de los deberes de la esposa y de los deberes del marido con gran sabiduría y de un modo honestísimo que entusiasmaba a Quénu. Este le aseguraba que compartía en absoluto sus ideas. Las ideas de Lisa eran que todo el

mundo tiene que trabajar para comer; que la felicidad no depende sino de uno mismo; que el que cultiva la pereza hace un mal, y en fin, que si hay desgraciados, tanto peor para los que no hacen nada. Esto era una condenación clarísima de la embriaguez, de las legendarias ganderías del viejo Macquart. Pero sin que Lisa se diese cuenta, Macquart hablaba muy alto en ella; la joven no era más que una Macquart equilibrada, razonable, lógica con sus necesidades de bienestar, porque había comprendido que la mejor manera de dormirse en una tibia felicidad es la de prepararse por sí mismo un lecho de felicidad. A este blanco lecho consagraba todas sus horas, todos sus pensamientos. Desde la edad de seis años, consentía en ser muy buena y en estar muy quietecita en su silla durante el día entero, con la condición de que la recompensarían con un pastelillo por la noche.

En casa del salchichero Gradelle, Lisa prosiguió su vida tranquila, regular, iluminada por sus hermosas sonrisas. No había aceptado a ton-tas y a locas la oferta de aquel hombre; sabía que hallaría en él una égida y presentía quizás, en aquella sombría tienda de la calle de Pirouette, con el olfato de las personas afortunadas, el porvenir sólido que soñaba, una vida de goces sanos, un trabajo sin fatiga, cuya recompensa trajese cada hora que transcurriera. Cuidó del mostrador con los tranquilos cuidados que había prodigado a la viuda del director de correos. Muy pronto la limpieza de los delantales de Lisa fué proverbial en todo el barrio. El tío Gradelle estaba tan satisfecho de la hermosa muchacha, que decía a veces a Quénu, mientras ponía los cordeles a sus salchichones:

—Si no tuviese sesenta años largos, palabra de

honor, haría la burrada de casarme con ella... Es oro molido, muchacho, una mujer como esa en el comercio.

Quénu la ponderaba más todavía. Sin embargo, se echó a reír a mandíbula batiente un día que un vecino le acusó de estar enamorado de Lisa. Esto no le atormentaba gran cosa. Era muy buenos amigos. Por la noche subían juntos a acostarse. Lisa ocupaba, al lado del negro agujero en que se tumbaba el joven, una habitación pequeña, que había convertido en clarísima, adornándola por todas partes con cortinillas de muselina. Quedábanse allí un instante, sobre el rellano de la escalera, con las palmatorias en la mano, charlando y metiendo la llave en la cerradura. Y volvían a cerrar las puertas, diciéndose amistosamente:

—Buenas noches, señorita Lisa.

—Buenas noches, señor Quénu.

Quénu se metía en cama, oyendo como Lisa arreglaba sus cosas. El tabique era tan delgado, que el joven podía oír con claridad cada uno de sus movimientos. Pensaba: "¡Toma! Ahora corre las cortinas de la ventana. ¿Qué diantre puede hacer delante de la cómoda? Ahora se sienta y se quita las botinas. Pues, señor, buenas noches; ha apagado la vela. Durmamos". Y si oía crujir la cama, murmuraba riendo: "¡Carape! No es muy ligera que digamos, la señorita Lisa". Esta idea le regocijaba; y acababa por dormirse, pensando en los jamones y en las tiras de adobo que había de preparar a la mañana siguiente.

Esto duró un año, sin un sonrojo de Lisa, sin una turbación de Quénu. Por la mañana, en lo fuerte del trabajo, cuando la joven entraba en la cocina, las manos de ambos se encontraban en medio de los picadillos. Lisa le ayudaba a veces,

sosteniendo las tripas con sus dedos regordetes, en tanto que Quénu las llenaba de carne y de tocino. O bien probaban juntos la carne cruda de las salchichas, con la punta de la lengua, para ver si estaba bien sazonada de especias. Ella era inteligente y sabía algunas recetas del Mediodía, que probó con buen éxito. A menudo la sentía Quénu detrás de su hombro, mirando al fondo de las marmitas y acercándose tanto, que Quénu tenía su turgente seno sobre la espalda. Lisa le daba una cuchara, un plato. El gran fuego les inflamaba la sangre bajo la piel. El por nada del mundo hubiera dejado de menear las grasas hervidas que espesaban encima del horno; en tanto que ella, completamente grave, discutía el punto de cochura. Después del medio día, cuando se vaciaba la tienda, charlaban tranquilamente durante horas enteras. Ella permanecía detrás del mostrador, algo retrepada, haciendo calceta de una manera dulce y regular. El se sentaba sobre un tajo, con las piernas colgantes y dando con los talones en el bloque de encina. Y se entendían a maravilla; hablaban de todo; generalmente era de cocina, y después del tío Gradelle y aun del barrio enteró. Ella le contaba cuentos como a un niño; los sabía muy lindos, leyendas milagrosas, llenas de corderos y de angelitos, que refería con voz aflautada, y con su gran aspecto de seriedad. Si entraba alguna parroquiana. Lisa, para no molestarse, pedía al joven el pote de la manteca de cerdo, o la caja de los caracoles. A las once, subían a acostarse, lentamente, como la víspera. Después, al volver a cerrar la puerta, se decían con su tranquilo acento:

—Buenas noches, señorita Lisa.

—Buenas noches, señor Quénu.

Una mañana el tío Gradelle fué herido como un rayo por un ataque de apoplejía, mientras estaba preparando una galantina. Cayó de boca sobre la tabla de picar. Lisa no perdió la sangre fría. Dijo que no era posible dejar al muerto en el mismo centro de la cocina, y le hizo llevar al fondo, a un gabinete en donde dormía el tío. Después, compuso toda una historia con los dependientes; el tío tenía que haber muerto en su cama, si no se quería asquear a todo el barrio y perder la clientela.

Quénu ayudó a llevar el muerto, entontecido, asombradísimo al no hallar una lágrima. Más tarde, Lisa y él lloraron juntos. Quénu era el único heredero, con su hermano Florencio. Las comadres de las calles vecinas suponían al viejo Gradelle una fortuna considerable. La verdad es que no se descubrió ni un solo escudo de dinero contante y sonante. Lisa sintió inquietud. Quénu la veía reflexionar, mirar en torno de ella desde por la mañana hasta por la noche, como si hubiese perdido alguna cosa. Por fin, la joven dispuso un gran lavado, pretendiendo que se chismorreaba, que la historia de la muerte del viejo corría, y que era preciso mostrar una limpieza extremada. Una tarde, cuando llevaba ya dos horas en el sótano, en donde lavaba por sí misma las artesas de salar, reapareció llevando algo en el delantal. Quénu picaba hígados de cerdo. Lisa aguardaba a que hubiese acabado, charlando con él con voz indiferente. Pero sus ojos tenían vislumbres extraordinarios; sonrió al joven con una hermosa sonrisa, diciéndole que le quería hablar. Subió la escalera penosamente, con los muslos embarazados por la cosa que llevaba y que distendía su delantal hasta reventar. En el tercer piso resollaba fuerte, y tuvo que

apoyarse un instante contra la pared. Quénu, asombrado, la siguió sin decir palabra hasta su alcoba. Fué la primera vez que Lisa le invitó a entrar en ella. Cerró la puerta, y soltando las puntas del delantal, que no podían sostener por más tiempo sus envarados dedos, dejó resbalar suavemente sobre su lecho una lluvia de monedas de plata y de monedas de oro. Había hallado, en el fondo de un salador, el tesoro del tío Gradelle. El montón hizo un gran bache en aquel lecho delicado y blando de doncella.

La alegría de Lisa y de Quénu fué sosegada. Sentáronse en el borde del lecho, Lisa a la cabecera, Quénu a los pies, a ambos lados del montón; y contaron el dinero sobre la colcha, para no hacer ruido. Había cuarenta mil francos de oro, tres mil francos de plata y en un estuche de hojalata cuarenta y dos mil francos en billetes de banco. Emplearon dos horas largas en sumar todo aquello. Las manos de Quénu temblaban un poco; Lisa fué la que hizo más trabajo. Ordenaban las pilas de oro sobre la almohada, dejando la plata en el bache de la colcha. Cuando hubieron hallado la cifra, para ellos enorme, de ochenta y cinco mil francos, charlaron. Naturalmente hablaron del porvenir, de su matrimonio, sin que jamás se hubiera tratado de amor entre ellos. Aquel dinero parecía desatarles la lengua. Se habían hundido más en la cama, recostándose contra la pared, bajo las cortinas de muselina blanca, con las piernas muy poco extendidas; y como, mientras hablaban, hundían las manos en la plata, las habían hallado en contacto, olvidándose la una en la otra, en medio de las piezas de cien sueldos. Allí les sorprendió el ocaso. Solamente entonces se sonrojó Lisa al verse al lado de aquel muchacho.

Habían descompuesto la cama; las sábanas se caían, y el oro, sobre la almohada que les reparaba, formaba huecos, como si dos cabezas se hubieran hundido allí, ardientes de pasión.

Se levantaron turbados, con el aire de confusión de dos enamorados que acaban de cometer una primera falta. Aquella cama deshecha, con todo aquel dinero, les acusaba de una alegría prohibida que habían gozado con la puerta cerrada. Aquello fué la caída de ellos. Lisa, que se sujetaba la ropa como si hubiese hecho el mal, fué en busca de sus diez mil francos. Quénu quiso que los pusiese con los ochenta y cinco mil del tío; mezcló las sumas riéndose y diciendo que el dinero también debía prometerse como ellos. Y quedó convenido que sería Lisa la que guardase el "gato" en su cómoda. Cuando lo hubo encerrado y compuesto la cama, ambos bajaron tranquilamente. Eran marido y mujer.

La boda se celebró al mes siguiente. El barrio la encontró natural, conveniente por todos estilos. Vagamente se conocía la historia del tesoro, y la probidad de Lisa era objeto de elogios interminables. Después de todo, podía no haber dicho nada a Quénu, guardándose los escudos para ella; si había hablado, era por pura honradez, puesto que nadie la había visto. Bien merecía que Quénu la tomase por esposa. Aquel Quénu tenía suerte; no era guapo, y encontraba una mujer hermosa que le desenterraba una fortuna. La admiración llegó a tal extremo, que la gente acabó por decir en voz muy baja que "Lisa había sido verdaderamente tonta por haber hecho lo que había hecho". Lisa sonreía cuando le hablaban de esto con medias palabras e indirectas. Ella y su marido vivían como antes, en buena amistad, en sosiego feliz. Ella le

ayudaba, tropezaba con sus manos en medio de los picadillos, se inclinaba por cima de su hombro para echar un vistazo a las marmitas. Y, como antes, solamente el gran fuego de la cocina era lo que les inflamaba la sangre bajo la piel.

Entretanto, Lisa, era una mujer inteligente que había comprendido al punto la tontería de dejar dormir sus noventa y cinco mil francos en el cajón de la cómoda. Quénu los hubiera vuelto a poner de buena gana en el fondo del salador, a la espera de haber ganado otro tanto; entonces se hubieran retirado a Suresnes, un rincón de la barrera que les agradaba mucho. Pero ella tenía otras ambiciones. La calle Pirouette ofendía a sus ideas de limpieza, su necesidad de aire, de luz, de salud robusta. La tienda en que, sueldo a sueldo, había amontonando su tesoro el tío Gradelle, era una especie de intestino negro, una de esas salchicherías dudosas de los viejos barrios, cuyas desgastadas losas conservan el penetrante olor de las carnes, a pesar de los fregados; y la joven soñaba una de esas claras tiendas modernas, de una riqueza de salón que reflejara la nitidez de sus espejos en la acera de una calle ancha. Por otra parte, no era que sintiese el deseo mezquino de echárselas de señora detrás de un mostrador; tenía conciencia muy clara de las lujosas necesidades del nuevo comercio. Quénu se quedó asustado, la primera vez, cuando Lisa le habló de mudarse y de gastar parte de su dinero en decorar una tienda. Ella se encogía suavemente de hombros, sonriendo.

Un día, al cerrar la noche, y cuando la salchichería estaba negra, los dos esposos oyeron, delante de la puerta, a una mujer del barrio que decía a otra:

—No, no compro más en su casa; no les tomaría un pedazo de chorizo, amiga mía... En su cocina tuvieron un muerto...

Quénu lloró. Aquella historia del muerto en su cocina ganaba terreno. Quénu acababa por sonrojarse ante los parroquianos, cuando les veía olfatear demasiado de cerca su mercancía. El fué el que volvió a hablar a su mujer de su idea de mudarse. Ella, sin decir palabra, había comenzado a dar pasos para la nueva tienda; había hallado allí al ladito, en la calle de Rabuteau, maravillosamente situado. Los Mercados centrales, que se abrían enfrente, triplicarían la clientela y harían que la casa fuera conocida en los cuatro extremos de París.

Quénu se dejó arrastrar a locos gastos; empleó más de treinta mil francos en mármoles, en espejos, en dorados. Lisa pasaba horas enteras con los obreros, dando su parecer sobre los menores detalles. Cuando, por fin, pudo instalarse en su mostrador, la gente fué en procesión a comprar a su casa, sólo por ver la tienda. El revestimiento de las paredes era todo de mármol blanco; en el techo, un inmenso espejo cuadrado se encuadraba en un gran marco de estuco, dorado y adornadísimo, dejando colgar, en el centro, una lámpara de cuatro brazos; y detrás del mostrador, ocupando todo el testero, y también a la izquierda y en el fondo, otros espejos, sujetos en las planchas de mármol, ponían lagos de claridad, puertas que parecían abrirse a otras salas, hasta lo infinito, llenas todas de carnes colgadas. A la derecha, el mostrador, muy grande, pareció, sobre todo, a la gente un hermoso trabajo; losanges de mármol rosa dibujaban medallones simétricos. En el suelo había, como losas, cuadros blancos y rosados alternando, y con

una greca de rojo oscuro por cenefa. El barrio se sintió orgulloso de su salchicheria, y nadie pensó más en hablar de la cocina de la calle Pirouette, en donde había habido un muerto. Por espacio de un mes, las vecinas se detuvieron sobre la acera para contemplar a Lisa al través de las salchichas y redaños del escaparate. Quedábanse maravilladas de su carne rosada y blanca, tanto como de los mármoles. Lisa parecía el alma, la claridad viviente, el idolo sano y sólido de la salchicheria; y en adelante no la llamaron más que la bella Lisa.

A la derecha de la tienda estaba la sala comedor, una habitación limpiísima, con aparador, mesa y sillas enrejilladas de encina clara. La estera que cubría el piso, el papel amarillo claro, el hule imitando encina, la hacían un poco fría, alegrada solamente por los colgantes de una lámpara de suspensión de cobre que caía del techo, ensanchando, encima de la mesa, su gran pantalla de porcelana transparente. Una puerta del comedor daba a la amplia cocina cuadrada. Y al extremo de ésta había un patinillo enlosado, que servía de desván, lleno de barreños, de toneles, de utensilios fuera de uso; a la izquierda de la fuente, los tiestos de flores marchitas del escaparate acababan de agonizar, a lo largo de la artajea en que tiraban las aguas grasas.

Los negocios fueron excelentes. Quénu, a quien los adelantos habían asustado, experimentaba casi respeto hacia su mujer, que, según él, "era una gran cabeza". Al cabo de cinco años, tenían muy cerca de ochenta mil francos colocados en buenas rentas. Lisa explicaba que no eran ambiciosos, que no se empeñaban en hacer dinero demasiado pronto; a no ser por esto, hubiera hecho ganar a su marido "miles y miles",

impulsándole al comercio en grande con los cerdos. Eran jóvenes aún, y tenían mucho tiempo por delante; además, no les gustaba el trabajo hecho de prisa y corriendo, y querían trabajar a su gusto, sin que los desvelos les enflaquecieran, como buenas gentes a quienes gusta vivir.

—Miren ustedes—añadía Lisa en sus momentos de expansión.—Yo tengo un primo en París... No le veo nunca, porque las familias están peleadas. El ha tomado el nombre de Saccard, para hacer que se olviden ciertas cosas... Pues bien, ese primo, según me han dicho, gana millones. Pero no vive, se repudre la sangre y siempre anda por vericuetos, en medio de tráficos de infierno. Es imposible, ¿verdad? que se coma tranquilamente la cena por la noche. Nosotros, por lo menos, sabemos muy bien lo que comemos, y no tenemos nadie ni nada que nos atosigue. No se debe querer el dinero sino porque es necesario para vivir. Como es natural, el bienestar agrada. Pero eso de ganar por ganar, dándose más molestias que placer ha de gozarse después... No, a fe mía, preferiría cruzarme de brazos... Y además, quisiera yo ver los millones de mi primo. Yo no creo en millones así. El otro día le vi pasar en coche; estaba palidísimo, y tenía aspecto de solapado. Un hombre que gana dinero no tiene la cara de aquel color... En fin, eso no es cuenta mía, sino de él... Nosotros preferimos no ganar más que cien sueldos y aprovecharnos bien de ellos.

Y el matrimonio se aprovechaba, en efecto. Habían tenido una hija al primer año de su casamiento. Los tres juntos regocijaban la vista. La casa prosperaba a más y mejor, sin demasiada fatiga, como Lisa deseaba. Ella había descartado cuidadosamente todos los motivos posibles

de preocupación, dejando fluir los días en medio de aquel ambiente graso, de aquella prosperidad pesada. Era un rincón en el cual el padre, la madre y la hija se habían puesto a cebar. Sólo Quénu tenía tristezas en ocasiones, cuando pensaba en su pobre Florencio. Hasta 1856 recibió cartas de él, de tarde en tarde. Después las cartas cesaron. Enteróse por un periódico de que tres deportados habían querido evadirse de la isla del Diablo y que se habían ahogado antes de llegar a la costa. En la prefectura de policía no supieron darle datos precisos; su hermano debía de haber muerto. No obstante, conservó alguna esperanza; pero pasaron meses. Florencio, que recorría la Guayana holandesa, se guardaba muy bien de escribir, a la espera siempre de regresar a Francia. Quénu acabó por llorarle como a un muerto al cual no se ha podido decir adiós. Lisa no conocía a Florencio. Sabía hallar frases muy consoladoras cada vez que su marido se desesperaba delante de ella; le dejaba referir por centésima vez recuerdos de infancia, la gran habitación de Royer-Collard, los treinta y seis oficios que había aprendido, las golosinas que guisaba en la sartén, vestido todo de blanco, al paso que Florencio iba vestido todo de negro. Lisa le escuchaba tranquilamente, con complacencias infinitas.

En medio de estos goces sabiamente cultivados y madurados, fué donde cayó Florencio, en una mañana de septiembre, a la hora en que Lisa tomaba su baño de sol matinal, y en que Quénu, con los ojos hinchados aún por el sueño, metía perezosamente los dedos en las grasas solidificadas de la vispera. La salchichería quedó trastornada por completo. Gavard quiso que ocultasen al "proscrito", como él le llamaba,

hinchando un poco los carrillos. Lisa, más pálida y grave que de ordinario, le hizo al fin subir al quinto piso, en donde le dió la habitación de la criada de la tienda. Quénu había cortado pan y jamón. Pero Florencio no pudo comer apenas; le asaltaban vértigos y le daban náuseas; se acostó y estuvo cinco días en el lecho, con gran delirio y un principio de fiebre cerebral, que fué felizmente combatido con energía. Cuando volvió en sí, vió a Lisa a la cabecera de su cama, removiendo sin ruido una cuchara en una taza. Cuando quiso darle las gracias, le dijo Lisa que debía estar callado, que ya hablarían más tarde. Al cabo de tres días, el enfermo estuvo en pie. Entonces, una mañana, Quénu subió por él diciéndole que Lisa les esperaba, en el primer piso, en su alcoba.

Allí habitaba el matrimonio un pequeño cuartito, tres habitaciones y un gabinete. Había que atravesar una estancia desnuda, en la que no había más que sillas; después un saloncito, cuyo mobiliario, tapado con fundas blancas, dormía discretamente en la media luz de las persianas siempre cerradas, para que la claridad demasiado viva no se comiera el azul pálido del reps, y se llegaba a la alcoba, la única habitación habitada, con mobiliario de caoba, comodísima. El lecho, sobre todo, era sorprendente, con sus cuatro colchones, sus cuatro almohadas, sus espesuras de cobertores, su edredón, su ventrudo amodorramiento en el fondo de la húmeda alcoba. Era una cama hecha para dormir. El armario de luna, el tocador, cómoda, el velador cubierto por un encaje de ganchito, las sillas protegidas por cuadrados de blondas, colocaban allí un lujo casero limpio y sólido. Contra la pared de la izquierda, a ambos lados de la chime-

nea, adornada de macetas con paisajes montados en cobre, y de un reloj que representaba un Guttemberg pensativo, dorado todo y con el dedo apoyado sobre un libro, estaban colgados los retratos al óleo de Quénu y Lisa, en marcos ovalados, recargadísimo de adornos. Quénu sonreía; Lisa tenía aspecto correctísimo; los dos vestidos de negro y con el rostro lavado, desleído, de fluido rosa y de diseño adulador. Una alfombra de moqueta en que unos complicados rosetones estaban combinados con estrellas, ocultaba el pavimento. Delante del lecho se extendía una de esas alfombras de césped, hecha con largos hilos de lana rizados, obra de paciencia que había hecho en el mostrador la bella salchichería. Pero lo que causaba asombro, en medio de todas aquellas cosas nuevas, era un gran secreter, adosado a la pared de la derecha, cuadrado, robusto, que se había mandado rebarnizar sin poder reparar los desconchones del mármol, ni ocultar los arañazos de la caoba ennegrecida por la vejez. Lisa había querido conservar aquel mueble, del que se había servido el tío Gradelle durante más de cuarenta años; decía la joven que les llevaría la suerte. Verdaderamente, tenía herrajes terribles, una cerradura de calabozo, y era tan pesado, que no le podía mover del sitio.

Cuando entraron Florencio y Quénu, Lisa, sentada delante de la tablilla bajada del secreter, estaba escribiendo y alineando cifras, con una letra gruesa, redonda, muy legible. Hizo una seña a los dos hermanos para que no la distrajesen. Los dos hombres se sentaron. Florencio, sorprendido, examinaba la habitación, los dos retratos, el reloj, la cama.

—Bueno—dijo por fin Lisa, después de comprobar con toda calma una página entera de

cálculos.—Escúcheme usted... Tenemos que rendirle a usted cuentas, mi querido Florencio.

Era la primera vez que le llamaba de este modo. Tomó la página de los cálculos y continuó:

—Su tío Gradelle murió sin haber hecho testamento; ustedes, usted y su hermano, eran los dos únicos herederos... Hoy tenemos que entregarle a usted la parte que le corresponde.

—¡Si yo no pido nada!—exclamó Florencio.—¡No quiero nada!

Quénu debía ignorar las intenciones de su esposa. Se había puesto un poco pálido, y la contemplaba con cierto aire de enojo. Verdaderamente, quería mucho a su hermano; pero era inútil tirarle de aquel modo a la cabeza la herencia de su tío. Más tarde hubieran visto.

—Sé muy bien, mi querido Florencio, que no ha vuelto usted para reclamarnos lo que le pertenece. Sólo que... los negocios son negocios, y es preferible acabar de una vez... Las economías de su tío de usted ascendían a ochenta y cinco mil francos. Por consiguiente, ha pasado a la cuenta de usted cuarenta y dos mil quinientos francos. Aquí los tiene usted apuntados.

Y le mostró la cantidad en la hoja de papel.

—Desgraciadamente, no es tan fácil el evaluar la tienda, el material, las mercancías, la parroquia. No he podido poner más que cantidades aproximadas; pero creo haberlo contado todo, y muy por lo largo... He llegado a un total de quince mil trescientos diez francos, que compone para usted siete mil seiscientos cincuenta y cinco francos; unidos a los otros, suman cincuenta mil ciento cincuenta y cinco francos... Usted lo comprobará, ¿no es cierto?

Había dicho las cifras con voz limpia, y tendía

a Florencio la hoja de papel, que el joven tuvo que tomar.

—Pero— exclamó Quénu,—la salchichería del viejo no valió quince mil francos en su vida. ¡Yo no hubiera dado ni diez mil siquiera!

Su mujer había acabado por exasperarle. No hay que llevar la honradez hasta un extremo semejante. ¿Acaso Florencio le hablaba de la salchichería? Por otra parte, su hermano no quería nada, así lo acababa de decir.

—La salchichería valía quince mil trescientos diez francos—repitió con toda tranquilidad Lisa.—Ya comprenderá usted, mi querido Florencio, que es inútil que hagamos intervenir en esto a un notario. Es cosa que nos atañe a nosotros el hacer el reparto, puesto que usted ha resucitado... Desde su llegada he pensado necesariamente en todo esto, y mientras estaba usted allá arriba, con la calentura, he procurado formar esta especie de inventario, lo mejor que he podido... Véalo usted; todo está detallado en él... He repasado nuestros antiguos libros, he hecho un llamamiento a mis recuerdos... Lea usted en voz alta, y yo le daré todos los datos que pueda usted desear.

Florencio había acabado por sonreír. Se sentía conmovido por aquella probidad tranquila y como natural. Colocó la página de cálculos sobre las rodillas de la joven, y después, tomándole la mano:

—Mi querida Lisa—le dijo,—estoy muy satisfecho de ver que marchan tan bien los negocios; pero no quiero el dinero. La herencia pertenece a mi hermano y a usted, que han cuidado del tío hasta sus últimos momentos... Yo no necesito nada y no quiero perturbar a ustedes en su comercio.

Lisa insistió y hasta llegó a enfadarse, en tan-

to que, sin hablar, conteniéndose, Quénu se mordía los pulgares.

—¡Oh!—prosiguió Florencio echándose a reír.—Si el tío Gradelle la oyese a usted, muy capaz sería de volver a quitarles a ustedes su dinero... No me quería mucho el tío Gradelle...

—¡Oh, no! en cuanto a eso, tienes razón, no te quería gran cosa—murmuró Quénu, a punto de estallar.

Pero Lisa seguía discutiendo. Decía que no quería tener en su secreter dinero que no fuese suyo, que esto la embarazaría, que no podría vivir tranquila en adelante con aquel pensamiento. Entonces Florencio, continuando con las bromas, la ofreció colocar el dinero en su casa, en su salchichería. Por otra parte, no era que rechazase sus servicios; sin duda no encontraría trabajo de golpe y porrazo; además, no estaba presentable ni con mucho, y le haría falta un traje completo.

—¡Pardiez!—exclamó Quénu,—dormirás en nuestra casa, comerás aquí, y nosotros te compraremos en seguida lo necesario. Es cosa hecha... Ya sabes tú que no te vamos a dejar en el arroyo, ¡qué diablo!

Sentíase enternecidísimo. Hasta experimentaba cierta vergüenza por haber tenido miedo de dar, de una sola vez, una cantidad importante. Dió con algunas bromas; dijo a su hermano que él se encargaba de ponerle gordo. Florencio movía dulcemente la cabeza. Entretanto, Lisa doblaba la página de sus cálculos. Después, la guardó en uno de los cajones del secreter.

—Hace usted muy mal, Florencio—dijo como para terminar.—Yo he hecho lo que debía hacer. Ahora, sea como usted quiera... Yo, comprendalo usted, no hubiera podido vivir sosegada. Los malos pensamientos me molestan demasiado.

Hablaron de otra cosa. Era necesario que se explicase la presencia de Florencio, evitando dar que sospechar a la policía. El deportado les dijo que había regresado a Francia, gracias a los documentos de un pobre diablo, que había muerto entre sus brazos de la fiebre amarilla, en Surinam. Por una coincidencia singular, aquel muchacho se llamaba también Florencio, como él. Florencio Laquerriere no había dejado en París más que una prima, cuya muerte le habían participado hallándose en América; nada era más fácil que representar el papel del muerto. Lisa se ofreció en persona a figurar como su prima. Quedó convenido que se contaría una historia de un primo que había regresado del extranjero, después de algunas tentativas desgraciadas, y que había sido recogido por los Quénu-Grandelle, como llamaban al matrimonio en el barrio, a la espera de que pudiese hallar un modo de vivir. Cuando todo estuvo combinado, Quénu quiso que su hermano visitara sus habitaciones. No le perdonó ni siquiera un taburete. En la habitación desahajada, en la que no había más que sillas, Lisa empujó una puerta y le mostró un gabinete, diciendo que la criada de la tienda dormiría allí, y que Florencio conservaría para sí la habitación del quinto piso.

Por la tarde, Florencio estaba vestido de nuevo de pies a cabeza. Se había empeñado en comprarse otra vez un gabán y un pantalón negros, a pesar de los consejos de Quénu, a quien tal color entristecía. No lo tuvieron más tiempo escondido, y Lisa contó a quien quiso oír la historia del primo. Florencio vivía en la salchichería, se quedaba abstraído en una silla de la cocina y se levantaba tan sólo para recostarse contra los mármoles de la tienda. En la mesa, Quénu le atibo-

rraba de alimentos, y se incomodaba porque era poco comedor y porque dejaba la mitad de los manjares de que le llenaban los platos. Lisa había recobrado sus ademanes lentos y dichosos; toleraba a Florencio, hasta por la mañana, cuando estorbaba el servicio; le olvidaba, y después, al encontrarle de nuevo frente a frente, vestido completamente de negro, sentía un ligero sobresalto, y hallaba, no obstante, una de sus hermosas sonrisas, para no ofenderle. El desinterés de aquel hombre tan flaco la había conmovido, y sentía por él una especie de respeto, mezclado a un temor indefinido. Florencio no veía en torno nada más que un gran cariño.

A la hora de acostarse, subía Florencio, algo cansado de su vacía jornada, con los dos mancebos de la salchichería, que ocupaban sendas guardillas contiguas a la suya. El aprendiz, León, no tenía mucho más de quince años; era un niño, delgado, con aspecto de dulzura, que robaba los desperdicios de jamón y los cabos olvidados de los salchichones; los ocultaba bajo la almohada, y por la noche se los comía, sin pan. Varias veces creyó Florencio comprender que León daba de cenar a alguien, a cosa de la una de la mañana; escuchaban voces reprimidas, y después se oían ruidos de quijadas, papeles que se arrugan; y se escuchaba una risita perlada, una risa de golfilla que parecía un trino de flautín dulcificado, en el gran silencio de la casa adormecida.

El otro mancebo, Augusto Landois, era de Troyes; gordo con grasa mala, la cabeza demasiado gruesa, y calvo ya, no tenía más que veintiocho años. La primera noche, al subir, refirió su historia a Florencio, de una manera algo confusa. Al principio, había venido a París para perfeccionarse y volver a Troyes a abrir una salchichería;

en Troyes le esperaba una prima hermana suya, Agustina Landois. Habían tenido el mismo padrino y llevaban el mismo nombre. Después le entró la ambición y pensó en establecerse en París, con la herencia de su madre, que había depositado en casa de un notario antes de salir de la Champagne. Cuando llegaron al quinto piso, Augusto retuvo a Florencio, hablándole muy bien de madame Quénu. Esta había accedido a hacer venir a Agustina Landois para reemplazar a una criadita que había salido una mala cabeza. El sabía ya un oficio ahora; ella acababa de aprender el comercio. Dentro de un año, de diez y ocho meses, se casarían; tendrían una salchichería sin duda en Plaisance, en algún extremo populoso de París. No tenían ninguna prisa por casarse, porque la manteca no valía la pena aquel año. Le contó además que se habían hecho retratar juntos, en una fiesta de Saint-Ouen. Entonces entró en la guardilla, deseoso de ver nuevamente la fotografía, que él había creído no deber quitar de la chimenea, para que el primo de madame Quénu tuviera una habitación bonita. Se abstrajo un instante, lívido a la amarilla luz de su palmatoria, contemplando la estancia, llena aún por completo de la joven, acercándose al lecho y preguntando a Florencio si le parecía buena la cama. Ella, Agustina, dormía abajo ahora; estaría mejor, porque las guardillas son muy frías en invierno. Por fin se fué, dejando a Florencio solo con el lecho y frente a la fotografía. Augusto era un Quénu pálido. Agustina una Lisa no madura.

Florencio, amigo de los mancebos, mimado por su hermano, aceptado por Lisa, acabó por aburrirse soberanamente. Había buscado lecciones sin poder encontrarlas. Por otra parte, evitaba pasar por el barrio de las Escuelas, en donde te-

mía ser conocido. Lisa, dulcemente, le decía que haría bien en dirigirse a las casas de comercio; podía llevar la correspondencia, encargarse de los libros. La joven volvía siempre a esta idea, y acabó por ofrecerse a encontrarle una colocación. Poco a poco, se iba enfadando por hallarle sin cesar en su camino, ocioso, sin saber qué hacer con su cuerpo. Al principio, no fué nada más que el odio razonado a las personas que se cruzan de brazos y que comen, pero sin pensar todavía en reprocharle que comía en su casa. Decíale:

—Yo no podría vivir todo el santo día de mano sobre mano. No debe usted de tener apetito de noche... Tiene usted que cansarse, comprendalo.

Gavard, por su parte, buscaba una colocación para Florencio. Pero la buscaba de una manera extraordinaria y completamente subterránea. Hubiera querido encontrar algún empleo dramático, o sencillamente de amarga ironía, que conviniese "a un proscrito". Gavard era un hombre de oposición. Acababa de trasponer los diez lustros, y ya se vanagloriaba de haber profetizado su suerte a cuatro gobiernos. Carlos X, los curas, los nobles, toda aquella chusma a quien había puesto de patitas en la calle, le hacía todavía encogerse de hombros; Luis Felipe era un imbécil, con sus burgueses; y contaba la anécdota de las medias de lana, en las cuales el rey ciudadano escondía las monedas de dos sueldos; en cuanto a la república del 48, era una farsa; los obreros se habían equivocado; pero Gavard no confesaba ya que había aplaudido el 2 de diciembre, porque, a la sazón, miraba a Napoleón III como a su enemigo personal; un canalla que se encerraba con Morny y los otros para hacer "porquerías". Sobre este capítulo, Gavard no se agotaba nunca; baja-

ba un poco la voz, y afirmaba que todas las noches unos coches cerrados llevaban mujeres a las Tullerías, y que él, Gavard, el mismo que viste y calza, había oído una noche, desde la plaza del Carousel, el estrépito de la orgía. La religión de Gavard era la de ser lo más desagradable posible al gobierno. Haciale jugarretas atroces, de las que se reía por dentro durante meses enteros. Primero, votaba por el candidato que había de "jorobar a los ministros" en el Cuerpo legislativo. Después, si podía robar al fisco, poner en jaque a la policía, mover alguna trapatesa, trabajaba porque la aventura resultara "muy insurreccional". Por otra parte, mentía como un condenado, se las echaba de hombre peligroso, hablando como si la "escoria de las Tullerías" le hubiese conocido y temblado ante él; decía que era menester guillotinar a la mitad de aquellos granujas y deportar a la otra mitad "en la próxima tremolina". Toda su política charlatana y violenta se nutría con habladurías de toda especie, con cuentos que hacían dormir, con esa necesidad chocarrera de bullicio y de picardías que impulsan a un tendero parisiense, en un día de barricadas, a abrir los postigos de su tienda para ver los muertos. De manera que, cuando Florencio volvió de Cayena, olfateó Gavard una treta abominable, buscando de qué modo, singularmente espiritual, iba a poder burlarse del emperador, del ministerio, de los hombres que estaban en candelero, hasta del último agente de policía.

La actitud de Gavard ante Florencio estaba impregnada de una alegría prohibida. Le acariaba con los ojos entornados, le hablaba en voz baja para decirle las cosas más sencillas y tontas del mundo, ponía en sus apretones de manos masonicas confidencias. Por fin había logrado hallar

una aventura; tenía un camarada realmente comprometido; podía, sin mentir con exceso de descaro, hablar de los peligros que corría. Y ciertamente, experimentaba un temor no confesado en presencia de aquel muchacho que volvía de la deportación y cuya delgadez decía largos padecimientos; pero aquel temor delicioso le hacía verse más grande, le persuadía de que realizaba una acción asombrosa en grado sumo al acoger como amigo a un hombre de los más peligrosos. Florencio se convirtió en sagrado para él; no juró más que por Florencio; nombraba a Florencio cuando los argumentos le faltaban, y cuando quería aplastar al gobierno de una vez para siempre.

Gavard había perdido a su mujer, en la calle de Saint-Jacques, pocos meses después del golpe de Estado. Conservó la pollería hasta 1856. En dicha época corrió el rumor de que había ganado sumas considerables asociándose con un droguero vecino suyo, encargado de la contrata de legumbres secas para el ejército de Oriente. La verdad fué que, después de haber vendido la pollería, Gavard vivió de sus rentas por espacio de un año. Pero no le gustaba hablar del origen de su fortuna. Aquello le molestaba, le impedía decir monda y lironda su opinión sobre la guerra de Crimea, que tachaba de expedición aventurera "hecha únicamente para consolidar el trono y llenar ciertos bolsillos". Al cabo de un año, se aburrió de un modo mortal en su aposento de soltero. Como iba a visitar a los Quénu-Gradelle casi diariamente, se acercó a ellos y fué a vivir a la calle de la Cossonnerie. Allí fué donde le sedujeron los mercados, con su estrépito, con sus enormes comadrazgos. Se dedicó a alquilar un puesto en el pabellón de las aves, únicamente por distraerse, para llenar sus vacíos días con la al-

garabía del mercado. Entonces vivió en medio de chismorreos sin fin, al corriente de los menores escándalos del barrio, con la cabeza zumbante por el continuo berrear de voces que le rodeaba. Allí gustaba mil alegrías cosquilleantes, dichosísimo, hallándose por fin en su elemento y hundiéndose en él con voluptuosidades de carpa nadando al sol. Florencio iba a veces a su tienda a estrecharle la mano. El comenzar de las tardes era aún muy cálido. A lo largo de los estrechos andenes, las mujeres, sentadas, desplumaban los volátiles. Rayas del sol caían entre los toldos levantados; volaban plumas bajo los dedos, semejantes a una nieve danzante en el aire inflamado, en el polvo de oro de los rayos. Llamadas, una sucesión de ofertas y de caricias seguían a Florencio. "¿Un pato hermoso, señor?"—"Venga usted aquí."—"Tengo pollos mucho más gordos."—"Señor, señor, cómpreme usted este par de pichones." Florencio se desprendía de ellas, molesto, aturdido. Las mujeres seguían desplumando y disputándose, y vuelos de finas plumas caían, sofocándole como una humareda, que parecía más calentada y espesa aún por el olor fuerte de las aves. Por fin, en medio del andén, cerca de las fuentes, Florencio encontraba a Gavard en mangas de camisa, con los brazos cruzados sobre el peto de su delantal azul, y perorando delante de su tienda. Allí Gavard reinaba, con gesto de buen príncipe, en medio de un grupo de diez o doce mujeres. Era el único hombre del mercado. Y tenía la lengua larga en tal medida, que después de haberse peleado con las cinco o seis mozas que tenía sucesivamente para estar en la tienda, se decidió a vender su mercancía por sí mismo, diciendo ingenuamente que aquellas pécoras pasaban todo el santo día chis-

morreando y que no podía hacer carrera con ellas. No obstante, como era necesario que alguien cuidase del puesto cuando él se ausentaba, recogió a Marjolin que merodeaba por aquellos barrios, después de haber probado todos los pequeños oficios de los Mercados. Y Florencio permanecía a veces una hora con Gavard maravillado de su inagotable chismografía, de su cuadratura y de la soltura de sus modales en medio de todas aquellas faldas, cortando la palabra a una, peleándose con otra, a diez tiendas de distancia, arrancando un parroquiano a una tercera y haciendo él solo más ruido que las ciento y pico de charlatanas vecinas suyas, cuyo clamor repercutía en las planchas de hierro fundido del pabellón, sacudiéndolas con un estremecimiento sonoro de tan-tán.

El comerciante en volátiles no tenía, por toda familia, más que una cuñada y una sobrina. Cuando murió su mujer, la hermana mayor de ésta, madame Lecœur, que se había quedado viuda hacia un año, la lloró de un modo exagerado, yendo casi cada noche a llevar sus consuelos al desgraciado marido. Debíó de alimentar, por aquella época, el proyecto de agrardarle y de tomar el puesto caliente aún de la difunta. Pero Gavard detestaba a las mujeres flacas; decía que le daba pena el sentir los huesos debajo de la piel; nunca acariciaba más que a los perros y a los gatos muy gordos, gozando una satisfacción personalísima al palpar los espinazos redondos y bien nutridos. Madame Lecœur, ofendida, furiosa al ver que se le escapaban las monedas de cien sueldos del pollero, fué almacenando un rencor mortal. Su cuñado fué el enemigo al cual consagró todas sus horas. Cuando le vió establecerse en los Mercados, a dos pasos del pabellón en que

ella vendía mantequilla, quesos y huevos, le acusó de haber "inventado aquello para darle en los hocicos y llevarle la mala pata". Desde entonces se lamentó, se puso más amarilla todavía, y se consumió por dentro de tal manera, que acabó realmente por perder la parroquia y hacer malos negocios. Había tenido mucho tiempo a su lado a la hija de una de sus hermanas, una aldeana que le envió a la niña sin preocuparse nunca más por ella. La niña creció en medio de los Mercados. Como el apellido de su familia era Sarriét, muy pronto no la llamaron más que la Sarriette. A los diez y seis años, la Sarriette era una bigardona tan descarada, que muchos señores iban a comprar quesos solamente por verla. Ella no quiso a los señores; era populachera, con su rostro pálido de virgen morena y sus ojos que ardían como tizones. Escogió a un mandadero, un muchacho de Ménilmontant que hacía los mandados de su tía. Cuando, a los veinte años, se estableció como vendedora de frutas, con algunos fondos cuyo origen no se conoció bien nunca, su amante, a quien llamaban el señor Julio, comenzó a cuidarse las manos, no llevó más que blusas limpias y una gorrilla de terciopelo, y solamente fué a los Mercados por la tarde, en zapatillas. Vivían juntos, en la calle de Vanvilliers, en el tercer piso de una gran casa, cuyos bajos ocupaba un mezquino café. La ingratitud de la Sarriette acabó de agriar a madame Lecœur, que la trataba con furor y con palabras inmundas. Se pelearon, la tía exasperada, la sobrina inventando con el señor Julio historias que iba a referir al pabellón de las mantequillas. A Gavard le hacía gracia la Sarriette; mostrábase lleno de indulgencia hacia ella y le daba golpecitos en las

mejillas cuando la encontraba; la joven era gordiflona y exquisita de carnes.

Una tarde, cuando Florencio estaba sentado en la salchichería, cansado de los inútiles correteos que había hecho por la mañana en busca de una colocación, entró Marjolin. Este muchacho, de espesor y de dulzura flamencas, era el protegido de Lisa. Decía ésta que no era malo, que era algo tonto, de fuerzas de caballo, y además interesante en grado superlativo, porque no se le conocía padre ni madre. Era ella la que le había colocado en casa de Gavard.

Lisa estaba en el mostrador, enojada al ver los zapatos llenos de barro de Florencio, que manchaban el enlosado blanco y rosa. Dos veces se había levantado ya para echar aserrín por la tienda. La joven sonrió a Marjolin.

—El señor Gavard—dijo el joven—me manda a que pida a usted...

Se detuvo y miró alrededor, bajando la voz; después prosiguió:

—Me ha encargado mucho que esperase a que no hubiera nadie, y que le repitiera a usted estas palabras, que me ha hecho aprender de memoria: "Pregúntales si no hay ningún peligro, y si puedo ir a hablar con ellos de lo que ya saben".

—Di al señor Gavard que le esperamos—respondió Lisa, acostumbrada a los misteriosos procedimientos del comerciante de aves.

Pero Marjolin no se fué; se quedaba como en éxtasis delante de la hermosa salchichera, con aspecto de zalamera sumisión. Como conmovida por aquella adoración muda, prosiguió Lisa:

—¿Estás contento en casa del señor Gavard? No es mal hombre, y harás muy bien en tenerle satisfecho.

—Sí, señora Lisa.

—Sólo que tú no eres razonable; ayer mismo te vi yo encima del techo de los Mercados; además, te reunes con una pandilla de desarrapados y de picaronas. Ahora eres ya todo un hombre; pero es menester que pienses en lo porvenir.

—Sí, señora Lisa.

La bella salchichera tuvo que responder a una dama que iba a encargar una libra de costillitas con pepinillos. Separóse del mostrador y se dirigió al tajo, en el fondo de la tienda. Una vez allí, con un cuchillo delgado separó tres costillitas de un pedazo de cerdo; y, levantando el machete, con el puño desnudo y sólido, dió tres golpes secos. A cada golpe su falda de merino negro se levantaba ligeramente por detrás, en tanto que las ballenas de su corsé se marcaban en la ajustada tela del cuerpo. Mostraba Lisa una gran seriedad, con los labios sumidos y claros los ojos, al recoger las costillitas y pesarlas con toda lentitud.

Cuando la dama hubo partido y vió Lisa a Marjolin, entusiasmado por haberla visto dar aquellos tres machetazos tan limpios y tan duros.

—¿Cómo? ¿Pero estás ahí todavía?—exclamó.

Y Marjolin iba a salir de la tienda, cuando Lisa lo retuvo.

—Escucha—le dio.—Si te vuelvo a ver con esa pindonguilla de Cadina... No digas que no. Esta mañana mismo estabais juntos en la tripería, viendo despedazar cabezas de carnero... No comprendo ni me cabe en la cabeza que un buen mozo como tú pueda complacerse en estar con esa arrastrada, con esa trotona... Vamos, ve a decir al señor Gavard que venga en seguida, ahora que no hay nadie.

Marjolin se marchó confuso, con aspecto de desesperación, y sin responder una palabra.

La hermosa Lisa permaneció en pie detrás de su mostrador, con la cabeza un tanto vuelta hacia la parte de los Mercados; y Florencio la contemplaba, mudo, asombrado de encontrarla tan hermosa. La había visto mal hasta entonces; no sabía mirar a las mujeres. Lisa se le aparecía por cima de las carnes del mostrador. Delante de ella se ostentaban, en fuentes de porcelana blanca, los salchichones de Arles y de Lyon ya comenzados, las lenguas y los pedazos de cerdo cocidos en agua, la cabeza de cerdo anegada en gelatina, una caja de salchichas abierta y una lata de sardinas cuyo roto metal mostraba un lago de aceite; además, a derecha e izquierda, en varias planchas, panes de queso de Italia y de queso de cerdo, un jamón ordinario de color rosa pálido, un jamón de York de sangrienta carne, bajo una envoltura de grasa. Y había además fuentes redondas y ovaladas, las fuentes de lengua embutida, de gelatina trufada, de cabeza con pistachos; en tanto que muy cerca de ella, casi bajo su mano, estaban la ternera mechada, el pastel de hígado, el pastel de liebre, en lebrinitos amarillos.

Como Gavard no se presentaba, arregló Lisa la grasa del pecho en el pequeño estante de mármol, al extremo del mostrador; alineó el tarro de manteca de cerdo y el pote de grasa de asado, secó los platillos de las dos balanzas, palpó el calentador cuya llama expiraba, y, sienciosa, vovió de nuevo la cabeza y se puso a mirar al fondo de los Mercados. Subía el tufillo de las carnes, y Lisa estaba como presa, en su tranquilidad pesada, por el olor de las trufas. Aquel día tenía una frescura soberbia; la blancura de su delantal y de sus manguitos continuaba la blancura de las fuentes, hasta su cuello grueso, sus mejillas rosadas, en las cuales revivían los suaves tonos de

los jamones y la palidez de las grasas transparentes. Intimidado a medida que la contemplaba, inquietado por aquella cuadratura correcta, Florencio acabó por examinarla a hurtadillas, en los espejos, alrededor de la tienda. Lisa se reflejaba en ellos de espalda, de frente, de perfil; hasta en el techo la hallaba el deportado, cabeza abajo, con el moño apretado y sus delgados bandos pegados sobre las sienes. Era aquello toda una muchedumbre de Lisas, mostrando la anchura de los hombros, el poderoso nacimiento de los brazos, el pecho redondeado, tan mudo y tan distendido, que no despertaba ningún pensamiento carnal, y se parecía a un vientre. Detúvose Florencio, complaciéndose sobre todo en observar uno de sus perfiles, que veía en un espejo a su lado, entre dos mitades de cerdo. A lo largo de los mármoles y espejos, colgados de las barras de garfios, pendían cerdos y firas de tocino, y el perfil de la salchichera, con sus líneas fuertes y redondeadas, su seno que avanzaba, ponía entre ellos una efigie de reina ajamonada en medio de aquellas mantecas y de aquellas carnes crudas. Después la hermosa salchichera se inclinó y sonrió de un modo amistoso a los dos peces encarnados que nadaban continuamente en el acuario del escaparate.

Gavard entraba. Fué al punto en busca de Quénu a la cocina, con aire de importancia. Cuando se hubo sentado de media anqueta en una mesita de mármol, dejando a Florencio en su silla, a Lisa en su mostrador, y a Quénu apoyado de espaldas contra un medio cerdo, anunció por fin que había encontrado una colocación para Florencio, que iban a reirse en grande y que el gobierno quedaría lindamente burlado.

Pero se interrumpió bruscamente, al ver en-

trar a mademoiselle Saget, que había empujado la puerta de la tienda, después de haber visto desde el arroyo la numerosa reunión que conservaba en casa de los Quénu-Gradelle. La viejecilla, vestida con un traje desteñido, acompañada por el eterno capazo negro que llevaba al brazo, cubierta con un sombrero de paja negra, sin lazos, que encuadraba un rostro blanco en un fondo de sombra solapada, dirigió un pequeño saludo a los hombres y una desdentada sonrisa a la salchichera. Era una conocida; vivía aún en la casa de la calle Pirouette, en la que moraba desde hacía cuarenta años, pagándola a no dudar con alguna pequeña renta de que no hablaba nunca. Un día, no obstante, había mencionado a Cherburgo, añadiendo que allí había nacido. Nunca se pudo saber más acerca de ella. No hablaba más que de los otros, refiriendo las vidas ajenas hasta el punto de decir el número de camisas que cada cual daba a lavar cada mes; y llevaba la necesidad de penetrar en la vida privada de los vecinos hasta tal extremo, que escuchaba detrás de las puertas y despegaba los sobres de las cartas. Su lengua era temida desde la calle de San Dionisio hasta la calle de Juan Jacobo Rousseau, desde la calle de San Honorato hasta la calle de Mauconseil. Durante el día entero, iba de una parte a otra con su capazo vacío, con pretexto de hacer provisiones, no comprando nada, tomando y dando noticias, poniéndose al corriente de los más insignificantes sucesos, y logrando llegar de esta suerte a almacenar en su cabeza la historia completa de las casas, de los pisos, de las personas todas del barrio. Quénu la había acusado siempre de haber divulgado el rumor de que el tío Gradelle había muerto sobre la tabla de picar; desde aquel entonces le conservaba rencor. Por

otra parte, mademoiselle Saget sabía muy bien a qué carta quedarse respecto al tío Gradelle y a los Quénu; los detallaba, se los cogía por los cuatro costados, se los sabía "de memoria". Pero, desde hacía quince días, la llegada de Florencio la desorientaba, la abrasaba con una verdadera fiebre de curiosidad. Se ponía mala cuando se abría en sus anotaciones algún agujero imprevisto. Y sin embargo, la vieja juraba y perjuraba que ya había visto a aquel gran petardista en alguna parte.

Mademoiselle Saget se quedó delante del mostrador, contemplando las fuentes unas tras otras, y diciendo con adelgazada voz:

—Ya no sabe una qué comer. Cuando llega la tarde, vago como un alma en pena buscando algo para la comida... Por otra parte, no me apetece nada... ¿Le quedan a usted costillas rebozadas, madame Quénu?

Sin aguardar la respuesta, levantó una de las tapaderas del calentador. Era el lado de los chorizos, de las salchichas y de las morcillas. El calentador estaba frío, y no había en él más que una salchicha, olvidada sobre la parrilla.

—Vea usted en el otro lado, mademoiselle Saget—dijo la salchichera.—Creo que queda una costillita.

—No, esto no me conviene—dijo a media voz la viejecilla, que, no obstante, metió las narices bajo la segunda tapadera.—Tenía un capricho, pero las costillitas rebozadas son indigestas, de noche... Prefiero otra cosa que no tenga que calentar siquiera.

Habíase vuelto hacia Florencio, y le miraba; miraba también a Gavard, que tocaba una retreta con las yemas de los dedos sobre la mesa de

mármol; y, con una sonrisa les invitaba a que continuasen su conversación interrumpida.

—¿Por qué no compra usted un pedacito de adobo?—preguntó Lisa.

—Un pedacito de adobo, si... No está mal...

Tomó el tenedor con mango de metal blanco colocado en el borde de la fuente, desdeñosamente, pinchando cada pedazo de adobo. Daba leves golpecitos en los huesos para juzgar de su espesor, les daba la vuelta, y examinaba cada pedazo de rosada carne, repitiendo:

—No, no, esto no me apetece.

—Entonces, tome usted una lengua, un pedazo de cabeza de cerdo, una raja de ternera picada—dijo pacientemente la salchichera.

Pero mademoiselle Saget movía la cabeza. Aún permaneció allí algunos instantes, haciendo mohines de disgusto al mirar cada fuente; después, al ver que decididamente se habían callado todos y que no podría averiguar nada, se marchó diciendo:

—No, mire usted; tenía deseos de comprar una costillita rebozada, pero la que le queda a usted es demasiado grasa... Otra vez será.

Lisa se inclinó para seguirla con la mirada, al través de los redaños del escaparate. Vió a la vieja atravesar el arroyo y entrar en el pabellón de las frutas.

—¡Esa cabra vieja!—gruñó Gavard.

Y cuando quedaron solos, contó qué colocación había encontrado para Florencio. Fué toda una historia. Uno de sus amigos, el señor Verlaque, inspector de los pescados, estaba enfermo hasta tal punto, que se veía obligado a pedir una licencia. Aquella misma mañana le había dicho el pobre hombre que se alegraría mucho de poder proponer él mismo al que había de reemplazarle,

con objeto de conservar para sí la plaza si llegaba a curarse.

—Ya comprenderán ustedes—añadió Gavard—que Velarque no se repondrá en seis meses. Florencio se quedará con el destino. Es una colocación muy aceptable. Y ya hemos metido en el ajo a la policía, porque el puesto depende de la prefectura. ¿Eh, qué tal? Sería divertidísimo el ver a Florencio yendo a cobrar dinero de esos sazones...

Y se reía con toda su alma, pues aquello le parecía profundamente cómico.

—No quiero esa colocación—dijo rotundamente Florencio.—Me he jurado a mí mismo no aceptar nada del imperio. Me dejaría morir de hambre antes que entrar en la prefectura. Es imposible, ¿entiende usted, Gavard?

Gavard oía y estaba un tanto embarazado. Quénu había bajado la cabeza. Pero Lisa se había vuelto, y contemplaba fijamente a Florencio, con el cuello hinchado, con el seno reventado en el corpiño. Iba ya a abrir la boca, cuando entró la Sarriette. Hubo un nuevo silencio.

—¡Bueno va!—exclamó la Sarriette con su blanda risa;—ya sé me olvidaba comprar tocino... Madame Quénu, córteme usted doce lonjas, pero muy delgadas ¿verdad? Son para los pájaros... Ha sido Julio el que ha querido hoy comer pájaros... ¡Hola! ¿Está usted bien, tío?

Llenaba toda la tienda con sus amplias faldas. Sonreía a todo el mundo, mostrando su rostro de fresca de leche, despeinada por un lado por el viento de los Mercados. Gavard le había cogido las manos; y la Sarriette, con su habitual descarro, le dijo:

—Apuesto a que estaban ustedes hablando de

mí cuando he entrado. ¿Qué decían ustedes, tío?

Lisa la llamó.

—Mire usted, ¿están bastante delgadas así?

En un pedazo de tabla que tenía delante, la salchichera cortaba lonjas de tocino delicadamente. Después, mientras las envolvía, preguntó:

—¿No necesita usted nada más?

—Hombre, sí; ya que me he molestado en venir—contestó la Sarriette,—deme usted una libra de manteca... Me gustan con delirio las patatas fritas; con diez céntimos de patatas fritas y un manojo de rábanos, tengo bastante para un almuerzo... Sí, una libra de manteca, madame Quénu.

La salchichera había colocado sobre uno de los platillos de la balanza una hoja de papel recio. Cogía la manteca del pote, colocado bajo el estante, con una espátula de boj, aumentando lentamente, con mano suave, el montón de grasa que se desparramaba un poco. Cuando cayó la balanza, Lisa quitó el papel, lo dobló, y le dio vueltas vivamente con la punta de los dedos.

—Son veinticuatro sueldos—dijo,—y seis de las lonjas de tocino, son treinta sueldos. ¿No necesita usted nada más?

La Sarriette dijo que no. Pagó, sin cesar de reír un momento, exhibiendo los dientes, mirando a los hombres frente a frente, con la falda gris que se había vuelto un poco, y la pañoleta roja mal sujeta, que dejaba ver en el centro una línea blanca de su seno. Antes de salir, fué a amenazar a Gavard, repitiendo:

—¿De modo que no quiere usted decirme lo que hablaban ustedes cuando yo he venido? Le he visto a usted reír desde el medio de la calle... ¡Ah, pícaro! Ya no le quiero a usted.

Abandonó la tienda, y atravesó la calle co-

rriendo. La hermosa Lisa dijo secamente:

—Es mademoiselle Saget la que nos la ha enviado.

Después, continuó el silencio. Gavard estaba consternado por la acogida dada por Florencio a su proposición. La salchichera fué la primera en hablar, diciendo con muy amistosa voz:

—Hace usted muy mal, Florencio, en rechazar ese destino de inspector del pescado... Ya sabe usted cuán difícil es hoy encontrar una colocación. Está usted en una posición en que no puede usted tener escrúpulos.

—Ya he dicho mis razones—respondió Florencio.

Lisa se encogió de hombros.

—Vamos, eso no es serio ni razonable... Comprendo que, en rigor, no sea usted amigo del gobierno. Pero eso no impide que se gane usted el pan; sería demasiado tonto... Y además, el emperador no es un hombre malo, amigo mío. Yo le dejo a usted hablar cuando nos refiere usted sus padecimientos... Pero ¿acaso el emperador sabía siquiera que tenía usted que comer pan florecido y carne pasada? El no puede estar en todo. Ya ve usted que, a nosotros no nos ha impedido que hagamos nuestro negocio... No es usted justo, Florencio; no, no es usted justo, ni poco ni mucho.

Gavard estaba cada vez más cortado. No podía tolerar que, delante de él, se tributaran aquellos elogios al emperador.

—Ah, no, eso no, madame Quénu—murmuró.

—Va usted demasiado lejos. Es todo de la canalla...

—Oh, usted—interrumpió la bella Lisa animándose,—usted no estará contento más que el día en que le roben y le maten por todas esas

historias... No hablemos de política, porque me haría usted montar en cólera... Aquí no se trata más que de Florencio, verdad? Pues bien; yo digo que debe absolutamente aceptar el destino de inspector. ¿No es esa tu opinión, Quénu?

Quénu, que no decía ni media palabra, se quedó muy cortado por la brusca pregunta de su mujer.

—Es un buen destino—respondió, sin querer comprometerse.

Y al ver que comenzaba otra pausa embarazosa:

—Os lo ruego, dejemos este asunto—dijo Florencio.—Mi resolución es irrevocable. Esperaré.

—¡Esperará usted!—exclamó Lisa perdiendo la paciencia.

Dos llamaradas de color de rosa le habían subido a las mejillas. Ensanchadas las caderas, puesta en pie, se contenía para no soltar una mala palabra. Entró una nueva persona, que desvió su cólera. Era madame Lecœur.

—¿Podría usted darme un plato variado de media libra a cincuenta sueldos libra?—preguntó.

Al pronto aparentó que no había visto a su cuñado; después le saludó con una inclinación de cabeza, sin decir palabra. Examinaba a los tres hombres de arriba abajo, esperando sin duda sorprender su secreto por el modo como esperasen que no estuviera ella allí. Comprendía que les incomodaba, y esto la tornaba más angulosa, más agria, dentro de sus desmañadas faldas, con sus grandes brazos de araña y sus enlazadas manos, que tenía debajo del delantal. Como exhalara una ligera tosecilla:

—¿Se ha resfriado usted?—dijo Gavard embarazado por aquel silencio.

Madame Lecœur respondió un "no" muy seco. En los lugares en que los huesos le atravesaban el rostro, la piel, estirada, era de un rojo de ladrillo, y la llama sorda que quemaba sus párpados anunciaba alguna enfermedad del hígado, que latía en sus celosas acritudes. Volvióse hacia el mostrador, siguiendo cada ademán de Lisa, con la mirada de desconfianza de una parroquiána convencida de que la van a robar.

—No me ponga usted morcilla—dijo.—No me hace gracia.

Lisa había cogido un cuchillo delgado y cortaba rajas de salchichón. Pasó después al jamón al humo y al jamón ordinario, cortando lonjas muy finas, algo encorvada, con la vista clavada en el cuchillo. Sus manos regordetas, de vivo color de rosa, que tocaban las viandas con blanda ligereza, conservaban de ellas una especie de ductilidad grasienta, dedos ventrudos en las falanjes. Adelantó un barreño, preguntando:

—Quiere usted ternera mechada, ¿verdad?

Madame Lecœur pareció reflexionarlo largamente; después aceptó. La salchichera cortaba ya en los barreños. Cogía en el borde de un cuchillo de hoja ancha rodajas de ternera mechada y de pastel de liebre. Y ponía cada rodaja en medio de la hoja de papel, sobre la balanza.

—¿No me da usted cabeza con pistachos?—observó madame Lecœur, con su voz perversa.

Lisa tuvo que ponerle cabeza con pistachos. Pero la vendedora de mantequilla se ponía cada vez más exigente. Quiso dos ruedas de gelatina, que le gustaba mucho. Lisa, irritada ya, jugando llena de impaciencia con el mango de los cuchillos, se vió obligada a decirle que la gelatina era trufada y que no podían ponerla más que en los platos variados de a tres francos la libra. La

otra continuaba escudriñando las fuentes, buscando qué más iba a pedir. Cuando el plato variado estuvo pesado ya, fué preciso que la salchichera le añadiese gelatina y pepinillos. El bloque de gelatina, que tenía la forma de un pastel de Saboya, en medio de una plancha de porcelana, tembló bajo la mano de Lisa, brutal de cólera; y la salchichera hizo salpicar el vinagre al tomar, con las yemas de los dedos, dos grandes pepinillos del pote que estaba detrás del calentador.

—¿Son veinticuatro sueldos, verdad?—preguntó madame Lecœur sin apresurarse.

Veía perfectamente la sorda irritación de Lisa. Gozábase en ella, sacando las monedas con lentitud, como si se le perdiera la mano entre las piezas de diez céntimos de su bolsillo. Miraba a Gavard de reojo, satisfecha del embarazoso silencio que prolongaba su presencia allí, y jurando que no se iría, pues que andaban "de tapujos" con ella. Por fin la salchichera le puso su paquetito en la mano, y madame Lecœur tuvo que retirarse. Se marchó sin decir una palabra, lanzando una mirada larga alrededor de la tienda.

Cuando se hubo marchado la vieja, Lisa estalló.

—También es la de Saget la que nos ha enviado a esta otra. ¡Irá esa vieja chismosa a hacer que desfile por aquí toda la gente de los Mercados para saber lo que decimos!... ¡Y qué malas son!... ¿Cuándo se ha visto comprar chuletas rebozadas y platos variados a las cinco de la tarde? Reventarían de una indigestión antes de quedarse sin saber... Pues les aseguro que si la Saget me manda otra, van a ver de qué modo la reci-

bo. Aunque fuese mi misma hermana, la pondría de patistas en la calle.

Al ver la cólera de Lisa, los tres hombres se callaban; Gavard había ido a apoyarse de codos en la barandilla del mostrador, y se quedaba absorto, haciendo girar uno de los balaustres de cristal tallado, desprendido de la varilla de latón. Después, levantando la cabeza:

—Yo había considerado eso como una gran jugarreta.

—¿El qué?—preguntó Lisa estremecida aún.

—La plaza de inspector del pescado.

Lisa levantó las manos, miró por última vez a Florencio se sentó en la banqueta rellena de pelote del mostrador y no despegó más los labios. Gavard explicaba de cabo a rabo su idea; el más burlado, en resumen, sería el gobierno, a quien le costaría los cuartos. Repetía con complacencia:

—Amigo mío, esos belitres le han dejado a usted morir de hambre, ¿verdad? Pues bien, es necesario que ahora se deje usted nutrir por ellos... Es magnífico, y desde el primer momento me ha seducido la idea.

Florencio sonreía y seguía diciendo que no. Quénu, para dar gusto a su esposa, intentó buscar buenos consejos. Pero Lisa no parecía ya escucharle. Desde hacía un instante, miraba con atención hacia la parte de los Mercados. Brusca-mente se volvió a poner en pie, exclamando:

—¡Ah! Ahora me envían a la Normanda. Peor para ella. La Normanda pagará por las otras.

Una gran morena empujaba la puerta de la tienda. Era la hermosa pescadera Luisa Méhudin, llamada la Normanda. Era ésta de una belleza atrevida, muy blanca y delicada de cutis, casi tan fuerte como Lisa, pero de mirar más desvergonzado y de pecho más viviente. Entró

airosamente, con su cadena de oro sonando sobre el delantal, los descubiertos cabellos peinados a la moda, y su corbata, un lazo de encajes que hacía de ella una de las reinas de la coquería en los Mercados. Exhalaba un olor vago de pescado fresco; y en una de las manos, cerca del dedo meñique, tenía pegada una escama de arenque que ponía allí un toque anacarado. Las dos mujeres, que habían vivido en la misma casa, en la calle Pirouette, eran amigas íntimas, muy unidas por una punta de rivalidad que las hacía hablar una de otra continuamente. En el barrio se decía la bella Normanda, como decían la bella Lisa. Esto las oponía, las comparaba, las constreñía a sostener cada cual su fama de belleza. Inclínándose un poco la salchichera, desde su mostrador veía, en el pabellón de enfrente, a la pescadera, en medio de sus salmones y de sus rodaballos. Las dos se vigilaban mutuamente. La hermosa Lisa se apretaba más los corsés. La bella Normanda añadía sortijas a sus dedos y lazos a sus hombros. Cuando se encontraban, mostrábase muy cariñosas, muy cumplidas, con los ojos furtivos bajo los párpados medio cerrados, buscando defectos. Hacían alarde de servirse la una en casa de la otra y de apreciarse mucho.

—Diga usted, ¿es mañana cuando hacen las morcillas?—preguntó la Normanda con su sonriente rostro.

Lisa permaneció fría. La cólera, muy poco frecuente en ella, era tenaz e implacable. Respondió que sí, secamente, de dientes para afuera.

—Es que... mire usted, me gusta a rabiarse la morcilla caliente, cuando sale de la marmita. Vendré a comprar mañana.

Tenía clara conciencia de la mala acogida de

su rival. Miró a Florencio, que pareció interesarla; después, como no quería salir de la tienda sin decir algo, sin pronunciar la última palabra, tuvo la imprudencia de añadir:

—Anteayer le compre a usted morcilla... Por cierto que no estaba muy fresca.

—¡No estaba muy fresca!—repitió la salchichera, más blanca que el papel, con los labios temblorosos.

Probablemente se hubiera reprimido todavía, para que la Normanda no creyese que estaba desechada por causa de su corbata de encaje. Pero ya no se contentaban con espiarla, sino que iban a ofenderla, y esto pasaba ya de castaño obscuro. Se encorvó, apoyando los puños en el mostrador, y con voz un tanto enronquecida:

—¡Diga usted! La semana pasada, cuando me vendió usted aquel par de lenguados, ¿sabe usted? ¿Acaso fui yo a decirle a usted delante de gente que estaban todos podridos?

—¡Podridos!... ¡Mis lenguados podridos!—exclamó la pescadera, con el rostro teñido de púrpura.

Quedáronse un instante sofocadas, mudas y terribles, sobre las carnes del mostrador. Toda su hermosa amistad salía pitando; una palabra había bastado para mostrar los agudos dientes bajo las sonrisas.

—Es usted una grosera—dijo la hermosa normanda.—¡Cualquier día vuelvo yo a poner los pies aquí!

—Vaya usted, vaya usted—dijo la bella Lisa.—Ya sabemos a qué atenernos.

La pescadera salió, después de una palabrota que soltó la salchichera, temblando de pies a cabeza. La escena había pasado tan rápidamente

te, que los tres hombres, aturdidos, no habían tenido tiempo de intervenir. Lisa se reportó muy pronto. Volvía a emprender la conversación, sin hacer la menor alusión a lo que acababa de ocurrir, cuando entró de la calle Agustina, la criada de la tienda.

Entonces Lisa llamó aparte a Gavard y le dijo que no diese ninguna contestación al señor Verlaque; ella se encargaba de decidir a su cuñado, y sólo pedía dos días de tiempo, todo lo más. Quénu volvió a la cocina. Cuando Gavard se llevaba a Florencio y entraban a tomar un vermouth en casa del señor Lebigre, le mostró tres mujeres, en la calle cubierta, entre el pabellón de pescado fresco y el pabellón de las aves.

—Están de chismorreó—murmuró Gavard con aire de envidia.

Vaciábanse los Mercados, y allí estaban, en efecto, mademoiselle Saget, madame Lecœur y la Sarriette, en el borde de la acera. La solterona peroraba.

—Cuando yo se lo decía a usted, madame Lecœur. Su cuñado de usted está metido siempre en la tienda de ellos... Le ha visto usted, ¿verdad?

—¡Oh! Con mis propios ojos. Estaba sentado encima de una mesa. Lo mismo que si estuviera en su casa.

—Yo—interrumpió la Sarriette—no he oído nada de malo. No sé a qué vienen todas esas suposiciones.

Madame selle Saget se encogió de hombros.

—¡Ah! Bueno—repuso.—Usted es todavía de buenas tragaderas, preciosa mía... Pero, ¿no ve usted por qué quieren los Quénu atraerse a Gavard? Yo apuesto cualquier cosa a que dejará cuanto tiene a la niña, a Paulina.

—¡Usted cree eso!—exclamó Madame Lecœur, lívida de furor.

Después prosiguió con voz doliente, como si acabase de recibir un golpe tremendo:

—Yo soy sola, no tengo quien me defienda... Ese hombre puede hacer lo que se le antoje... Ya ha oído usted... Su sobrina se pone de su parte. Ha olvidado ya todo lo que me cuesta, y sería capaz de entregarme atada de pies y manos.

—No, no, tía—dijo la Sarriette.—Usted es la que no ha tenido nunca más que malas palabras para mí.

Se reconciliaron inmediatamente y se besaron. La sobrina prometió no volver a hacerla enfadar; la tía juró, por lo más sagrado que para ella existía, que consideraba a la Sarriette como a su propia hija. Entonces mademoiselle Saget les dió consejos respecto al modo como debían conducirse para obligar a Gavard a que no derrochase su fortuna. Quedó establecido que los Quénu eran unos cualquier cosa, y que les vigilarían.

—No sé qué demonios ocurrirá en su casa—dijo la solterona;—pero no me huele nada bien. ¿Qué piensas ustedes de ese Florencio, de ese primo de madame Quénu?

Las tres mujeres se acercaron más, bajando la voz.

—Bien saben ustedes—repuso madame Lecœur,—que le vimos una mañana, con los zapatos rotos, la ropa llena de polvo y con todo el aspecto de un ladrón que ha dado un mal golpe... Ese individuo me da miedo.

—No; está flaco, pero no es un mal hombre—murmuró la Sarriette.

Mademoiselle Saget reflexionaba, pensando en voz alta:

—Estoy indagando hace quince días, me de-

vano los sesos... El señor Gavard le conoce, con toda seguridad... Yo he debido de verle en alguna parte, pero no recuerdo dónde.

Aún estaba hurgando en su memoria, cuando llegó la Normanda como una tormenta. Acababa de salir de la salchichería.

—Está muy bien educada, esa animalaza de la Quénu—exclamó la pescadera, dichosa por poder desahogarse.—¡Pues no acaba de decirme que yo vendo pescado podrido!... ¡Ah! ¡Buena la he puesto! ¡Vaya un barracón, con esas porquerías averiadas que envenenan a la gente!

—¿Pero qué es lo que le ha dicho usted?—preguntó la vieja, gozosisima, entusiasmada, al enterarse de que las dos mujeres se habían peleado.

—¿Yo?... Nada absolutamente. Ni esto siquiera... Había yo entrado con toda amabilidad a prevenirle que iría a comprar morcilla mañana por la tarde, y entonces me ha dicho las mil necedades... Maldita hipócrita... con su aire de honradez... Me las pagará, y más caras de lo que se cree.

Las tres mujeres comprendían muy bien que la Normanda no les decía la verdad; pero no por ello hicieron menos coro a su riña con una ola de malas palabras. Volvíanse hacia el lado de la calle de Rambuteau, insultantes, inventando chismes sobre la suciedad de la cocina de los Quénu, hallando acusaciones verdaderamente prodigiosas. Si los salchicheros hubiesen vendido carne humana, la cólera de aquellas mujeres no hubiera sido más amenazadora. Fue preciso que la pescadera volviera a empezar su narración por tres veces.

—¿Y el primo? ¿Qué ha dicho el primo?—preguntó perversamente mademoiselle Saget.

—¡El primo! —respondió la Normanda con voz aguda.—¿Usted cree en el primo?... ¡Vaya un enamorado, el muy pazguato!

Las otras tres comadres gritaron protestando. La honradez de Lisa era uno de los artículos de fe del barrio...

—¡Dejen ustedes! ¿Acaso se puede saber nunca, con esas santas de pega, que no son más que grasa? ¡Quisiera yo ver su virtud sin camisa!... ¡Tiene un marido demasiado calzonazos para no ponerle cuernos!

Mademoiselle Saget movía la cabeza, como diciendo que no estaba muy lejos de compartir aquella opinión. Dulcemente repuso:

—Tanto más cuanto que el primo ha venido no se sabe de dónde, y que la historia contada por los Quénu es bastante desmañada.

—¡Oh! Es el amante de la gorda—afirmó de nuevo la pescadera.—Algún tunante, algún vago a quien habrá recogido del medio del arroyo. Eso está clarísimo.

—Los hombres flacos son muy fuertes—declaró la Sarriette con acento de convicción.

—Se ha vestido de nuevo de pies a cabeza—hizo observar Madame Lecœur.—No ha debido de costarle poco.

—Sí, sí, podría usted muy bien tener razón—murmuró la solterona.—Será necesario que averigüemos...

Entonces se comprometieron a tenerse al corriente unas a otras de lo que ocurriera en la pocilga de los Quénu-Gradelle. La vendedora de mantequilla sostenía que quería abrir los ojos a su cuñado acerca de las casas que frecuentaba.

Entretanto, la Normanda se había sosegado un poco; se marchó, cansada de haber dicho demasiado, porque en el fondo era buena mucha-

cha. En cuanto se hubo alejado, dijo solapadamente Madame Lecœur:

—Estoy segura de que la Normanda se habrá puesto hecha una insolente; es su costumbre... Haría muy bien en no hablar de los primos que caen como llovidos del cielo, después de haber encontrado un niño en su puesto de pescado...

Las tres se echaron a reír, mirándose. Después, cuando Madame Lecœur se hubo alejado a su vez:

—Mi tía, hace muy mal en preocuparse por todas estas cosas; eso la hace adelgazar—dijo la Sarriette.—Me pegaba cuando me miraban los hombres... Buena está también, se lo aseguro a usted...

Mademoiselle Saget se rió de nuevo. Y en cuanto se halló sola, al doblar la esquina de la calle Pirouette, pensó que "aquellas tres pécoras" no valían lo que costara una cuerda para ahorcarlas. Por otra parte, sería una necedad grandísima el pelearse con los Quénu-Gradelle, personas ricas y muy estimadas al fin y a la postre. Dió un rodeo, y fué a la calle de Turbigo, a la panadería de Taboureau, la más hermosa panadería del barrio. Madame Taboureau, que era íntima amiga de Lisa, tenía en todas las cosas una autoridad incontestable. Cuando se decía "madame Taboureau ha dicho esto, madame Taboureau ha dicho lo otro", no había que hacer más que inclinarse. La vieja señorita, con pretexto, el día aquel, de saber a qué hora estaría el horno caliente, para llevar una fuente de peras, dijo mil elogios de la salchichera y se deshizo en alabanzas de la limpieza y de la excelencia de sus morcillas. Después, contenta por aquella compensación moral, encantada por haber atizado el fuego de la ardiente batalla que

olfateaba, sin haberse peleado con nadie, volvió definitivamente a su casa, con la conciencia más descargada, y revolviendo cien veces en su memoria la imagen del primo de madame Quénu.

Aquel mismo día, por la noche, después de comer, salió Florencio y se paseó algún tiempo por una de las calles cubiertas de los Mercados. Subía una débil neblina, y los vacíos pabellones tenían una tristeza gris, agujereada por las lágrimas amarillas del gas. Por primera vez, Florencio comprendía que era importuno; tenía conciencia de la desmañada manera con que había caído en medio de aquel mundo grueso, como un flaco ingénuo; se confesaba rotundamente que molestaba a todo el barrio y que empezaba a ser un estorbo para los Quénu, un primo de contrabando, de aspecto comprometedor en demasía. Estas reflexiones le ponían muy triste, y no porque hubiera observado en su hermano ni en Lisa la menor dureza; haciale sufrir la misma bondad de ellos; se acusaba de falta de delicadeza al instalarse de aquel modo en su casa. Asaltábanle dudas. El recuerdo de la conversación en la tienda, por la tarde, le causaba un malestar vago. Sentíase como invadido por aquel olor de carnes del mostrador, y se veía deslizar a una cobardía muelle y saciada. Quizá había hecho mal en rechazar aquel destino de inspección que le ofrecían. Este pensamiento despertaba en él una gran lucha; era preciso que hiciese grandes esfuerzos para volver a hallar las rigideces de su conciencia.

Entretanto, se había alzado un viento húmedo, que soplaba bajo la cubierta calle. Florencio recobró algo de calma y de certidumbre cuando se vió obligado a abrocharse el redingote. El viento se llevaba de sus vestidos aquel olor gra-

siento de la salchichería, que le tenía tan lánguidamente invadido.

Volvió hacia su casa, cuando se encontró con Claudio Lantier. El pintor, encerrado en el fondo de su verdoso gabán, tenía la voz enronquecida, llena de cólera. Despotricó en contra de la pintura, de la que dijo era un oficio de perros, jurando que en su vida volvería a coger un pincel. Aquella tarde, después de comer, había destrozado de un puntapié un estudio que hacía, sirviéndole de modelo aquella desarrapada de Cadina. El infeliz estaba sujeto a estos arrebatos de artista impotente en presencia de las obras sólidas y vivientes que soñaba. Entonces, no existía ya nada para él; correteaba por las calles, viéndolo todo negro, y esperando el día de mañana como una resurrección. De ordinario, decía que se sentía alegre por la mañana y horriblemente desgraciado por la tarde; cada uno de sus días era un largo esfuerzo desesperado. A Florencio le costó trabajo reconocer en Claudio al indiferente gandúl de las noches del Mercado. Ya se habían visto en la salchichería. Claudio, que conocía la historia del deportado, le había estrechado la mano, diciéndole que era un valiente. Por otra parte, el pintor iba muy raras veces a casa de los Quénu.

—¿Sigue usted viviendo en casa de mi tía?— dijo Claudio.—No sé cómo se las compone usted para permanecer en medio de aquella cocina. Huele mal allí dentro. Cuando paso yo allí una hora, me parece que he comido de sobra para tres días. He hecho muy mal en entrar esta mañana en la salchichería; eso es lo que me ha hecho estropear mi estudio.

Y después de dar algunos pasos en silencio, añadió:

—¡Ah! ¡Buenas gentes! Le aseguro a usted que me dan pena, de tan bien como están. Yo había pensado hacerles unos retratos, pero no he podido nunca llegar a dibujar esos rostros redondos, que no tienen huesos... ¡Vaya! De seguro que no sería mi tía Lisa la que diera puntapiés a sus cacerolas. ¡Qué bruto he sido por haber estropeado la cabeza de Cadina! Ahora que bien lo pienso, quizá no estuviera del todo mal.

Entonces se pusieron a hablar de la tía Lisa. Claudio dijo que su madre no veía a la salchichera desde hacía mucho tiempo. Dió a entender que Lisa estaba algo avergonzada de su hermana, que se había casado con un obrero; además, no le hacían gracia los desgraciados. En cuanto a él, refirió que un buen sujeto se había propuesto enviarle a un colegio, seducido por los asnos y por las buenas mujeres que dibujaba, desde la edad de ocho años; el buen hombre había fallecido, dejándole mil francos de renta, lo cual le impedía morir de hambre.

—Pero no importa —prosiguió Lantier.—Yo hubiera preferido ser obrero... Mire usted, ebanista, por ejemplo. Los ebanistas son dichosísimos. Tienen una mesa que hacer, ¿verdad? Pues la hacen y se acuestan, satisfechos por haber terminado la mesa, absolutamente satisfechísimos... Pero yo, no duerno gran cosa de noche. Todos esos malditos estudios que no puedo terminar, me haitotean por la cabeza... Nunca consigo acabar, nunca, nunca.

Se le desgarraba la voz, hasta llegar casi a los sollozos. Después, procuró reirse. Soltaba ternos, buscaba palabras inmundas, se hundía en pleno fango, con la rabia fina de un espíritu delicado y exquisito que duda de sí mismo y sueña con mancharse. Acabó por agacharse ante una

de las rejas que daban a los sótanos de los Mercados, en donde arde el gas eternamente. Allí, en aquellas profundidades, hizo ver a Florencio a Marjolin y Cadina, que cenaban tranquilamente, sentados sobre una de las piedras de manzana de los depósitos de aves. Los dos golfos tenían procedimientos originales para esconderse y habitar los sótanos, una vez que se habían cerrado las verjas.

—¿Eh? ¡Qué animal, qué hermoso animal! —repetía Claudio hablando de Marjolin con envidiosa admiración.—¡Y decir que ese animal es feliz! Así que se hayan tragado las patatas, se acostarán juntos en uno de esos enormes cestos llenos de plumas. Eso es vivir, por lo menos... A fe mía, hace usted bien en quedarse en la salchichería; puede ser que eso le haga a usted engordar.

Partió bruscamente. Florencio subió a su guardilla, turbado por aquellas inquietudes nerviosas que despertaban sus propias incertidumbres. Al día siguiente, evitó pasar la mañana en la salchichería y se fué a dar un gran paseo a lo largo de los muelles. Pero, a la hora de almorzar, le asaltó de nuevo la dulzura persuasiva de Lisa. Esta le volvió a hablar del destino de inspector del mercado, sin insistir con exceso, y como de una cosa que merecía ser reflexionada. Florencio escuchaba, con el plato lleno, ganado a pesar suyo por la devota limpieza de la sala comedor; la alfombra ponía blanduras bajo sus pies; los colgantes de la suspensión de cobre, el amarillo claro del papel y de la encina clara de los muebles, le penetraban de un sentimiento de honradez dentro del bienestar, que perturbaba sus ideas acerca de lo verdadero y de lo falso. Sin embargo, tuvo fuerzas para negar todavía, repi-

tiendo sus razones, a pesar de la conciencia que tenía del mal gusto que era el ostentar brutalmente sus rencores y sus testarudeces en un lugar como aquel. Lisa no se incomodó; por el contrario, sonreía, con una hermosa sonrisa que embarazaba a Florencio más que la irritación sorda de la vispera. A la hora de comer, no se habló más que de las grandes salazones de invierno, que iban a tener ocupadísimo a todo el personal de la salchichería.

Las veladas empezaban a ser frías. En cuanto se había comido, pasaban todos a la cocina, en donde hacía mucho calor. Además, la cocina era tan grande, que podían estar a sus anchas varias personas, sin estorbar el servicio, alrededor de una mesa cuadrada colocada en el centro. Las paredes de la pieza, alumbrada por gas, estaban recubiertas de azulejos blancos y azules hasta la altura de un hombre. A la izquierda se hallaba el gran horno de hierro fundido, atravesado por tres agujeros, en los cuales tres robustas marmitas hundían sus panzas negras por el hollín del carbón de tierra; en el rincón, una pequeña chimenea, montada sobre un hornillo, servía para los asados; y por cima del horno, más alto que las espumaderas, las cucharas y los tenedores de largos mangos, en una hilera de cajones numerados, se alineaban el pan rayado, el fino y el grueso, la miga de pan para rebozar, las especias, el clavo, la nuez moscada, las pimentas. A la derecha, la tabla de picar, enorme bloque de encina adosado a la pared, ostentaba su pesadez, llena de huecos y arañazos; en tanto que varios aparatos fijados en el bloque, una bomba de inyectar, una máquina impenetrable, una picadora mecánica, ponían allí, con sus engranajes y sus manivelas la idea misterio-

sa e inquietante de alguna cocina del infierno. Después, todo a lo largo de las paredes, en estantes y hasta bajo las mesas, se amontonaban tarros, lebrillos, cubos, fuentes, utensilios de hojalata, una batería de cacerolas grandes, embudos ensanchados, panoplias de cuchillos y machetes, hileras de asadores y de agujas, todo un mundo anegado en grasa. La grasa se desbordaba, a pesar de la excesiva limpieza, rezumando por entre los azulejos, barnizando los cuadrados rojos del pavimento, dando un reflejo grisáceo al hierro colado del horno, puliendo los bordes de la tabla de picar con una transparencia de encina barnizada. Y en medio de aquella lejía amasada gota a gota, de aquella evaporación continua de las tres marmitas, en las que se derretían los cerdos, no había, desde el suelo hasta el techo, ni un solo clavo que no chorrease grasa.

Los Quénu-Gravelle lo fabricaban todo en su casa. No mandaban traer de fuera casi más que los platos de las casas más renombradas, las salchichas, las latas de conservas, las sardinas, los quesos, los caracoles. De manera que, a partir del mes de septiembre, se trataba de rellenar los sótanos, vaciados durante el verano. Las veladas se prolongaban entonces hasta después de haberse cerrado la tienda. Quénu, ayudado por Augusto y por León, hacía los salchichones, preparaba el jamón, derretía las mantecas, preparaba los tocinos del pecho, los tocinos delgados, los tocinos de picar. Era un ruido formidable de marmitas y de picadores, con olores de cocina que ascendían por la casa entera. Esto sin perjuicio de la salchichería corriente; de la salchichería fresca, los pasteles de hígado y de liebre, las galantinas, las butifarras y las moreillas. Aquella noche, a eso de las once, Quénu, que

había puesto al fuego dos marmitas de manteca, tuvo que dedicarse a la morcilla. Augusto le ayudó. En una esquina de la cuadrada mesa, Lisa y Agustina repasaban la ropa blanca; en tanto que, en frente de ellas, al otro lado de la mesa, Florencio se había sentado, con el rostro vuelto hacia el horno, sonriendo a la pequeña Paulina, la cual, apoyada en sus rodillas, quería que la hiciese "saltar en el aire". Detrás de ellos, León picaba carne para butifarras sobre el bocado de encina, con golpes lentos y regulares.

Augusto comenzó por ir a buscar al patio dos colodras llenas de sangre de cerdo. El era el que sangraba en el matadero. Tomaba la sangre y el interior de los animales, dejando a los despellejadores el cuidado de llevar a la tienda, por la tarde, los cerdos completamente preparados en el coche. Quénu pretendía que Augusto sangraba como ningún oficial de salchichero de París. Lo cierto era que Augusto era inteligentísimo en lo tocante a la calidad de la sangre; la morcilla era buena siempre que decía: "La morcilla será buena".

—Bueno; ¿tendremos buena morcilla?—preguntó Lisa.

Augusto dejó en tierra las dos colodras y lentamente dijo:

—Así lo creo, madame Quénu, si; así lo creo... Empiezo por verlo en la manera como fluye la sangre. Cuando retiro el cuchillo, si la sangre cae demasiado despacio, no es buena señal, porque prueba que es pobre...

—Pero eso —interrumpió Quénu,— depende también de cómo haya sido hundido el cuchillo.

El lívido rostro de Augusto mostró una sonrisa:

—No, no—respondió.—Yo meto siempre cua-

tro dedos de cuchillo; es la medida... Pero, mire usted, la mejor señal es cuando fluye aún la sangre y yo la recibo golpeándola con la mano en el cubo. Es preciso que tenga buen calor, que sea cremosa, pero no espesa con exceso.

Agustina había dejado la aguja. Con los ojos levantados, contemplaba a Augusto. Su semblante coloradote, de fuertes cabellos castaños, adquiría aspecto de profunda atención. Por otra parte, Lisa y hasta la pequeña Paulina, escuchaban con gran interés.

—Yo pego, pego, ¿entienden ustedes?—continuó el mancebo agitando la mano en el vacío como si batiese una crema.—Pues bien, cuando retiro la mano y la miro, es preciso que esté como engrasada por la sangre, de manera que esa especie de guante rojo sea del mismo rojo por todas partes. Entonces se puede decir sin equivocarse: "La morcilla será buena".

Permaneció un instante con la mano en el aire, placenteramente, con actitud muelle; aquella mano que vivía en los cubos de sangre, mostrábase por completo rosada, con fuertes uñas, al extremo de la blanca manga. Quénu había aprobado con un movimiento de cabeza.

Hubo una pausa. León continuaba picando. Paulina, que se había quedado pensativa, se volvió a apoyar en las rodillas de Florencio, gritando con su clara voz:

—Oye, primo, vuélveme a contar la historia de aquel señor que fué comido por las fieras.

Sin duda la idea de la sangre de los cerdos había despertado en la mocosa la de "aquel señor que fué comido por las fieras". Florencio no comprendía, y preguntaba qué señor era. Lisa se echó a reír.

—Pide la historia de aquel desgraciado, ¿sabe

usted? Aquella historia que contó usted una noche a Gavard. Paulina debió de haberla oído.

Florencio se había puesto muy grave. La niña se dirigió a tomar en brazos al gran gato amarillo y fué a dejarlo sobre las rodillas del primo, diciéndole que también Mouton quería oír la historia. Pero Mouton saltó sobre la mesa. Quedóse allí, sentado, redondeado el dorso, contemplando a aquel alto personaje flaco, que, desde hacía quince días, parecía ser para él un tema de profundas reflexiones. Entretanto, Paulina se enfadaba y daba pataditas queriendo oír la historia a todo trance. Como se llegara a poner verdaderamente insoportable:

—Vaya, cuénteles usted lo que pide—dijo Lisa a Florencio,—a ver si nos deja tranquilos.

Florencio guardó aun silencio por unos instantes. Tenía la vista clavada en el suelo; después, alzando lentamente la cabeza, contempló fijamente a las dos mujeres que estaban tirando de la aguja y miró a Quénu y a Augusto, que preparaban la marmita para la morcilla. El gas ardía tranquilamente; el calor del horno era muy dulce, y toda la grasa de la cocina relucía con un bienestar de digestión lenta. Entonces Florencio sentó a Paulina sobre una de sus rodillas, y sonriendo con triste sonrisa, y dirigiéndose a la niña, comenzó:

—Erase una vez un pobre hombre. Le enviaron muy lejos, muy lejos, al otro lado del mar... En el barco que se lo llevaba, había cuatrocientos forzados con los cuales le pusieron. El pobre hombre tuvo que vivir cinco semanas en medio de aquellos bandidos, vestido como ellos de tela de saco, comiendo en su misma escudilla. Devorábanle piojos enormes, y unos sudores horribles le dejaban sin fuerzas. La cocina, la panadería,

la máquina del barco, calentaban de tal modo los sollados, que diez de los forzados se murieron de calor. Durante el día, les hacían subir de cincuenta en cincuenta, para permitirles que respirasen el aire del mar; y como les tenían miedo, dos cañones estaban siempre preparados en el pequeño espacio en que se paseaban. El pobre hombre estaba contentísimo cuando le llegaba la vez. Sus sudores se calmaban un poco. Ya no comía, y estaba muy enfermo. Por la noche, cuando les volvían a bajar y cuando el mal tiempo del mar le hacía rodar entre dos de sus compañeros, el pobre infeliz se sentía cobarde y lloraba, sintiéndose dichoso por poder llorar sin que le vieran.

Paulina escuchaba con los ojos agrandados, y con las dos manecitas devotamente cruzadas.

—Pero—le interrumpió,—esa no es la historia del señor que fué comido por las fieras... Esa es otra historia, ¿verdad, primo?

—Espera, ya lo verás—respondió dulcemente Florencio.—Ya llegaremos a la historia del señor... Ahora te la estoy contando entera.

—¡Ah! Bueno—murmuró la niña con aspecto de felicidad.

Sin embargo, permaneció pensativa, visiblemente preocupada por alguna gran dificultad que no podía resolver. Por fin se decidió:

—¿Y qué había hecho el pobre hombre—preguntó—para que le enviaran tan lejos y le metieran en el barco?

Lisa y Agustina sonrieron. Las entusiasmaba el talento de la niña. Y Lisa, sin responder directamente, aprovechó la circunstancia para darle una lección de moral; y dejó a la niña muy sorprendida al decirle que metían de aquella manera en el barco a los niños que no eran buenos.

—Entonces— observó juiciosamente Paulina, —estaba bien hecho, si el pobre hombre que dice mi primo lloraba por las noches.

Lias volvió a coser, bajando los hombros. Quénu no había oído. Acababa de cortar en la marmita unas rodajas de cebolla, que adquirían, sobre el fuego, vocecillas claras y agudas de cigarras achicharradas de calor. Aquello olía muy bien. La marmita, al hundir Quénu en ella en su gran cuchara de palo, cantaba más fuerte, llenando la cocina con el olor penetrante de la cebolla frita. Augusto, en una fuente, preparaba las lonjas de tocino. Y el picador de León sonaba con golpes más vivos, rascando la tabla a veces, para recoger la carne de butifarra que comenzaba a convertirse en pasta.

—Cuando llegaron por fin—continuó Florencio,—llevaron al hombre a una isla llamada "Isla del Diablo". Allí estaba con otros camaradas, a quienes también habían expulsado de su país. Todos fueron desgraciadísimos. Al principio, les obligaron a trabajar como a los forzados. El gen-darme que les guardaba los contaba tres veces al día, para estar bien seguro de que no faltaba nadie. Más tarde, les dejaron en libertad de hacer lo que quisiesen; sólo los encerraban por la noche, en una gran cabaña de madera, en donde dormían en unas hamacas tendidas entre dos barrotes. Al cabo de un año, iban descalzos, y sus vestidos estaban tan destrozados que dejaban la piel al descubierto. Se habían construido unas chozas con troncos de árboles, para resguardarse del sol, cuyas llamas lo quemaban todo en aquellas tierras; pero las chozas no podían preservarles de los mosquitos que, por la noche, les cubrían de granos y de ronchas. De esto murieron varios; los otros se pusieron amarillos,

tan flacos, tan abandonados, con unas barbas tan largas, que daban compasión...

—Augusto, deme usted el tocino—gritó Quénu.

Y cuando tuvo la fuente, hizo resbalar con suavidad hasta la marmita las lonjitas de tocino, empujándolas con el cabo de la cuchara. Las lonjas se fundían. Un vapor más espeso subió del horno.

—¿Y qué les daban de comer?—preguntó Paulina profundamente interesada.

—Les daban arroz lleno de gusanos y carne que olía mal—respondió Florencio, cuya voz se iba poniendo sorda.—Era preciso quitar los gusanos para comerse el arroz. La carne, asada o muy frita, aún se podía comer; pero hervida echaba un olor tan atroz, que muy a menudo daba cólicos.

—Yo preferiría comer sólo pan seco—dijo la niña después de reflexionar.

León, que había acabado de picar, llevó la carne en una fuente, a la mesa cuadrada. Mouton, que había permanecido sentado, con los ojos fijos en Florencio, como sorprendido en extremo por la historia, tuvo que retroceder un paso, lo que hizo de malísima gana. Se hizo un ovillo, roncando, con el hocico sobre la carne picada. Entretanto, Lisa parecía no poder ocultar su asombro ni su repugnancia. El arroz lleno de gusanos y la carne que olía mal le parecían seguramente porquerías apenas creíbles, completamente deshonorosas para aquel que las había comido. Y en su hermoso rostro sosegado, en la turgencia de su cuello, se veía un vago espanto ante aquel hombre alimentado con cosas inmundas.

—No, no era un lugar de delicias—prosiguió Florencio, olvidando a la niña y con los ojos vagamente posados en la marmita que humeaba.—

Cada día vejámenes nuevos, una humillación continua, una violación de toda justicia, un desprecio de la caridad humana que exasperaban a los prisioneros y les quemaban lentamente con una calentura de rencor enfermizo. Vivían como animales, con el látigo eternamente levantado sobre los hombros. Aquellos miserables querían matar al hombre... No se puede olvidar, no, no es posible... Aquellos padecimientos clamarán venganza algún día.

Había bajado la voz, y el tocino que silbaba alegremente en la marmita la apagaba con su ruido de hirviente fritura. Pero Lisa le oía, asustada por la expresión implacable que bruscamente había tomado su rostro. Le juzgó hipócrita, por aquel aspecto de dulzura que sabía fingir.

El sordo acento de Florencio había llevado al colmo el placer de Paulina. La niña se agitaba sobre la rodilla del primo, encantada con el relato de éste.

—¿Y el hombre? ¿Y el hombre?—murmuraba.

Florencio miró a la niña, pareció recordar, y volvió a verse en sus labios su sonrisa triste.

—El hombre—dijo—no estaba contento con hallarse en la isla. No tenía más idea que una; irse, atravesar el mar para llegar a la costa, cuya línea blanca se veía en el horizonte en los días de buen tiempo. Pero esto no era fácil. Era preciso construir una almadía. Como ya habían huido otros prisioneros, habían echado abajo todos los árboles de la isla, con objeto de que los otros no pudieran procurarse madera. La isla estaba talada por completo, tan desnuda, tan árida bajo los ardientes soles, que la permanencia en ella se hacía aún más horrible y peligrosa. Entonces el hombre tuvo la idea, con dos de sus camaradas, de servirse de los troncos de los árboles de

sus chozas. Una noche partieron sobre algunas malas vigas que habían unido con ramas secas. El viento las impelia hacia la costa. Iba ya a despuntar el día, cuando la almadía se estrelló contra un banco de arena con tal violencia, que los desatados troncos de los árboles fueron arrastrados por las olas. Estuvo en un tris que los tres desgraciados quedaran en la arena. Hundíanse en ella hasta la cintura; hubo uno de ellos que se hundió hasta la garganta, y los otros dos tuvieron que retirarle de allí. Por fin llegaron a una roca, en la que apenas había bastante espacio para sentarse. Cuando se levantó el sol, divisaron enfrente de ellos la costa, una línea de acantilados grises que ocupaba todo un lado del horizonte. Dos de ellos, que sabían nadar, se decidieron a ganar los acantilados. Preferían arriesgarse a ahogarse en seguida antes que morirse lentamente de hambre sobre la roca. Prometieron a su camarada que irían en su busca en cuanto hubiesen tocado tierra y se hubieran proporcionado una barca.

—¡Ah! ¡Bueno. Ahora ya lo sé!—exclamó Paulina batiendo palmas de alegría.—Es la historia del señor que fué comido por las fieras.

—Los dos pudieron llegar a la costa—prosiguió Florencio.—Pero la hallaron desierta, y tan sólo al cabo de cuatro días pudieron encontrar una barca... Cuando volvieron a la roca, vieron a su compañero tendido boca arriba, con los pies y las manos devorados, el rostro roído, el vientre lleno de una infinidad de cangrejos que agitaban la piel de los costados, como si un estremecimiento furioso hubiera sobreecogido a aquel cadáver medio comido y reciente todavía...

Lisa y Agustina dejaron escapar un gruñido de repugnancia. León, que preparaba las tripas

de cerdo para las moreillas, hizo una mueca. Quénu se detuvo en su trabajo y miró a Augusto, asaltado de náuseas. La única que se reía era Paulina. Aquel vientre, cubierto por infinidad de cangrejos, se ostentaba extrañamente en medio de la cocina, mezclando olores sospechosos a los perfumes del tocino y de la cebolla.

—¡Dadme la sangre!—exclamó Quénu, quien, por otra parte, no seguía el hilo de la narración.

Augusto acercó las dos colodras, y lentamente, vertió la sangre en la marmita, en débiles hilillos rojos, en tanto que Quénu la recibía agitando furiosamente la mezcla que iba espesando. Cuando las colodras estuvieron vacías, Quénu, cogiendo uno por uno los cajones de encina del horno, tomó dedadas de especias. Sobre todo, echó gran cantidad de pimienta.

—¿Y le dejaron allí, verdad?—preguntó Lisa.

—¿Pudieron regresar sin peligro?

—Cuando regresaban—respondió Florencio,—cambió el viento y fueron impelidos hacia alta mar. Una ola les arrebató un remo, y el agua entraba a cada sople del viento con tanta furia, que no podían hacer más que achicarla sólo con las manos. Así rodaron frente a las costas, impelidos por una ráfaga, vueltos hacia la playa por la marea, y después de terminar sus provisiones, sin una sola bocanada de pan. Esto duró tres días.

—¡Tres días!—exclamó la salchichera estupefacta.—¡Tres días sin comer!

—Sí, tres días sin comer. Cuando el viento del Este les llevó por fin a tierra, uno de ellos estaba tan debilitado, que permaneció toda una mañana sobre la arena. Murió por la tarde. Su compañero había intentado inútilmente hacerle mascar hojas de árbol.

Al llegar a este punto, Agustina soltó una ligera carcajada; después, confusa por haberse reído, y no queriendo que pudiera creerse que carecía de corazón:

—No, no—balbuceó.—No me río de eso. Es de Mouton... Mire usted a Mouton, señora.

Lisa, a su vez, se alegró. Mouton, que continuaba teniendo bajo el hocico la fuente de la carne picada, se hallaba probablemente incómodo y como disgustado por aquel manjar. Se había levantado, rascando la mesa con la pata, como para cubrir la fuente, con la prisa de los gatos que quieren enterrar sus inmundicias. Después volvió la espalda a la fuente, se tumbó de costado, estirándose, con los ojos medio cerrados, y moviendo la cabeza con una caricia de beatitud. Entonces todo el mundo alabó a Mouton; afirmaron que nunca robaba, y que se podía dejar todas las cosas a su alcance. Paulina contó confusamente que el animal le lamía los dedos y le limpiaba la cara, después de comer sin morderla.

Pero Lisa volvió al asunto de saber si es posible estar sin comer tres días. Aquello no podía ser de ningún modo.

—No—dijo.—No lo creo... Por otra parte, no hay nadie que haya estado tres días sin comer. Cuando se dice "Fulano se muere de hambre", no es más que un modo de expresarse. Siempre se come, más o menos... Sería preciso hallar desgraciados abandonados por completo, gente perdida...

Sin duda iba a añadir "canallas indignos de Sacramentos", pero se detuvo, mirando a Florencio. Y el mohín despreciativo de sus labios, su mirada clara confesaban rotundamente que sólo los pillos ayunaban de aquel modo tan des-

ordenado. Un hombre capaz de estarse tres días sin comer, era para ella un ser absolutamente peligroso. Porque, en fin, nunca las personas honradas se ponen en situaciones semejantes.

Florencio se asfixiaba. Frente a él, el horno, en el que León acababa de echar varias paletadas de carbón, roncaba como un chantre durmiendo al sol. El calor iba creciendo con exceso. Augusto, que estaba encargado de las marmitas de manteca, las vigilaba, cubierto de sudor, en tanto que Quónu, enjugándose la frente con la manga, esperaba que la sangre estuviera bien desleída. Flotaba en el ambiente un letargo de alimentos, una atmósfera cargada de indigestión.

—Cuando el hombre hubo enterrado a su camarada en la arena—prosiguió Florencio lentamente,— se fué sólo, marchando en derechura hacia adelante. La Guayana holandesa, en la cual se hallaba, es un país de bosques, cortado por ríos y pantanos. El hombre anduvo por espacio de más de ocho días, sin encontrar un solo paraje habitado. Por todas partes, en torno de él, sentía la muerte que le aguardaba. A menudo, con el estómago atenazado por el hambre, no se atrevía ni a morder los frutos hermosísimos que pendían de los árboles; tenía miedo de aquellas bayas de reflejos metálicos, cuyas nudosas jorobas destilaban veneno. Por espacio de días enteros, andaba bajo bóvedas de espesas ramas, sin divisar ni un jirón de cielo, en medio de una sombra verdosa, impregnada de un horror viviente. Grandes aves revoloteaban por encima de su cabeza, con un ruido de alas terrible y con súbitos graznidos que parecían estertores de muerte; saltos de monos, galopar de cuadrúpedos atravesaban la espesura, delante de él, do-

blando los tallos, haciendo caer una lluvia de hojas, como bajo una ráfaga de viento; y sobre todo, las serpientes eran las que le dejaban helado, cuando ponía el pie sobre el movedizo suelo de hojas secas, y veía pequeñas cabezas deslizarse entre los monstruosos enlaces de las raíces. Ciertos parajes, los rincones de sombra húmeda, hormigueaban con una multitud de reptiles, negros, amarillos, violáceos, acebrados, atigrados, parecidos a hojas muertas, bruscamente despertados y fugitivos. Entonces, el hombre se detenía, buscando una piedra para salir de aquella tierra blanda en que se hundía; allí permanecía horas enteras, con el espanto producido por alguna serpiente boa, entrevista en el fondo de un raso, con la cola arrollada, la cabeza rígida, balanceándose como un tronco enorme, manchado de placas de oro. Por la noche, dormía sobre los árboles, inquieto al menor ruido, creyendo oír continuamente escamas sin fin que se deslizaban en las tinieblas. Se ahogaba bajo aquellos follajes interminables; en ellas la sombra adquiría un calor encerrado de horno, una humedad pegajosa, un sudor pestilencial, cargado de los ruidos aromas de las maderas olorosas y de las flores mal olientes. Luego, cuando lograba salir, cuando, al cabo de largas horas de marcha, volvía a ver el cielo, el hombre se hallaba delante de anchos ríos, que interceptaban su camino; bajaba por ellos, viendo los dorsos grises de los caimanes, esudriñando con la mirada los tupidos herbajes, pasando a nado, cuando encontraba aguas más tranquilizadoras. Al otro lado, volvían a empezar las florestas. Otras veces eran amplias llanuras, leguas y leguas cubiertas de una vegetación frondosísima, azuladas de trecho en trecho por el claro espejo de un pequeño lago,

Entonces, el hombre daba un gran rodeo, y no avanzaba más que palpando el terreno, pues estaba mil veces a punto de morir enterrado bajo una de aquellas sonrientes llanuras que sentía crujir a cada paso. La hierba gigante, nutrida por el humus amontonado, cubre pantanos apesados, abismos de barro líquido; y entre las alfombras de verdura que se extienden en glauca inmensidad, hasta el borde del horizonte, no hay más que unas estrechas fajas de tierra firme, que es preciso conocer si no se quiere desaparecer para siempre. El hombre, una noche, se había hundido hasta la cintura. A cada sacudida que intentaba para levantarse, el lodo parecía subirle hasta la boca. Estuvo quieto por espacio de cerca de dos horas. Cuando salió la luna, pudo agarrarse felizmente a una rama del árbol que colgaba sobre su cabeza. El día en que llegó a un paraje habitado, sangrábanle los pies y las manos, magullados, hinchados por picaduras malignas. Hallábase en un estado tan lastimoso, estaba tan hambriento, que tuvieron miedo de él. Le echaron de comer a cincuenta pasos de la casa, en tanto que el dueño de ésta hacía centinela en la puerta con su fusil.

Calló Florencio, con la voz entrecortada, con la mirada perdida a lo lejos. Parecía que no hablaba ya más que para sí mismo. Paulina, a quien asaltaba el sueño, se abandonaba, con la cabeza echada hacia atrás, haciendo esfuerzos para mantener abiertos sus maravillados ojos y Quénu se incomodaba.

—¡Pero so bruto!—gritaba a León.—¡No sabes sostener una tripa!... ¡Cuándo dejarás de mirarme! No me has de mirar a mí, sino a la tripa... Bueno, así. No te muevas más ahora.

León, con la mano derecha, levantaba un gran

pedazo de intestino vacío, a la extremidad del cual estaba adaptado un embudo de ancha boca; y, con la mano izquierda, arrollaba la morcilla alrededor de una fuente, de un plato redondo de metal, a medida que el salchichero llenaba el embudo a grandes cucharadas. La mezcla fluía, negra y humeante, hinchando poco a poco la tripa, que volvía a caer ventruda, con blandas curvas. Como Quénu había retirado la marmita del fuego, aparecían los dos, él y León, éste con un delgado perfil, y aquél con su ancho rostro, destacándose sobre el resplandor del horno, que calentaba sus semblantes pálidos y sus trajes blancos de rosado tono.

Lisa y Agustina se interesaban por la operación; sobre todo Lisa, que reñía también a León, porque pellizcaba demasiado la tripa, lo cual, según decía, producía nudos. Cuando la morcilla estuvo lista, Quénu la deslizó suavemente en una marmita de agua hirviendo. Entonces pareció más tranquilo; ya no había más que dejarla cocer.

—¿Y el hombre? ¿Y el hombre?—murmuró de nuevo Paulina, volviendo a abrir los ojos, sorprendida al no oír hablar ya al primo.

Florencio la mecía sobre la rodilla, haciendo más lento aún su relato, y murmurándolo como un canto de nodriza.

—El hombre—dijo—logró llegar a una gran ciudad. Al punto le tomaron por un forzado evadido; fué retenido en la cárcel varios meses... Después le dejaron en libertad, y entonces se dedicó a toda clase de oficios, llevó cuentas, enseñó a leer a los niños; hasta una vez entró como jornalero en unos trabajos de derribo... El hombre soñaba siempre en volver a su país. Había economizado el dinero necesario, cuando le asaltó

la fiebre amarilla. Creyeronle muerto, y se repartieron sus ropas; cuando se restableció, no encontró ni siquiera una camisa... Fué preciso empezar de nuevo. El hombre estaba muy enfermo... Tenía miedo de permanecer allí... Por fin el hombre pudo partir, el hombre regresó...

Había ido bajando la voz cada vez más, hasta que acabó por morir en un estremecimiento postrero de sus labios. La pequeña Paulina dormía, adormecida por el final de la historia, con la cabeza apoyada en el hombro del primo. Este la sostenía con el brazo, y seguía meciéndola sobre la rodilla, insensiblemente, de un modo dulcísimo. Y como ya no le prestaban atención, permaneció allí, sin moverse, con aquella niña dormida.

Aquel era el último cartucho, como decía Quénu. Este retiraba las moreillas de la marmita. Para no reventarlas ni unir sus extremos, las cogía con un palo, las arrollaba y las llevaba al patio, en donde debían secarse rápidamente en unos cañizos. León le ayudaba, sosteniendo los trozos demasiado largos. Aquellas guirnaldas de morcilla, que atravesaban sudorosas, la cocina, dejaban estelas de fuerte humareda que acababan de poner espeso el aire. Augusto, echando una ojeada postrera a la marmita de la manteca, había descubierto las otras dos, en las cuales hervían pesadamente las grasas, dejando escapar, de cada una de sus reventadas burbujas, una ligera explosión de vapor acre. La ola grasa había comenzado a subir desde el principio de la velada; ahora llegaba ya a anegar el gas, llenaba la habitación, fluía por todas partes, empañando con una especie de neblina las rosadas blancuras de Quénu y de sus dos mancebos. Lisa y Agustina se habían levantado. Todos resolla-

ban como si acabasen de comer con exceso.

Agustina subió en brazos a la niña dormida. Quénu, que gustaba de cerrar por sí mismo la cocina, despidió a Augusto y a León diciendo que él mismo entraría la morcilla. El aprendiz se retiró muy colorado; se había metido bajo la camisa cerca de un metro de morcilla, que debía de achicharrarle. Después los Quénu y Florencio, al quedarse solos, guardaron silencio. Lisa, en pie, se comía un pedazo de morcilla caliente, que mordía despacito, separando los hermosos labios para no quemárselos; y el negro pedazo desaparecía poco a poco en aquel color de rosa.

—¡Ah, bueno!—dijo.—La Normanda ha hecho muy mal en ponerse insolente. Hoy sí que es buena la morcilla.

Llamaron a la puerta del corredor, y entró Gavard. Todos los días permanecía en casa del señor Lebigre hasta media noche. Llegaba en busca de una respuesta definitiva acerca del destino de inspector del pescado.

—Comprendan ustedes—explicó—que el señor Verlaque no puede esperar por más tiempo, pues verdaderamente está demasiado enfermo... Es preciso que Florencio se decida. Ya he prometido llevar la respuesta mañana, a primera hora.

—Pues Florencio acepta—respondió tranquilamente Lisa, tirando un nuevo bocado a la morcilla.

Florencio, que no había abandonado su asiento, sobrecogido por un anonadamiento extraño, intentó inútilmente levantarse y protestar.

—No, no—prosiguió la salchichera.—Es cosa decidida. Vamos, mi querido Florencio, bastante ha padecido usted. Lo que contaba usted ahora mismo es cosa que pone los pelos de punta. Ya es tiempo de que entre usted en caja. Pertenece

usted a una familia honrada; ha recibido usted educación, y es en realidad muy poco decoroso el corretear por las calles como un desarrapado. A la edad de usted no se permiten ya las niñerías... Ha hecho usted locuras, pero no importa. Se olvidarán, y se le perdonarán a usted. Volverá usted a entrar en su clase, de las personas honradas, y vivirá usted como todo el mundo, en una palabra.

Florencio la escuchaba asombrado, sin dar con una sola palabra. Lisa tenía razón indudablemente. Estaba tan sana, tan tranquila, que no podía querer el mal. Era él, el flaco, el perfil negro e inquietante, el que debía de ser malo y soñar cosas inconfesables. No sabía cómo había podido resistir hasta entonces.

Pero Lisa continuó, con abundancia de palabras, regañándole como a un muchachito que ha hecho alguna maldad y a quien se amenaza con los gendarmes. Era muy maternal, y sabía hallar razones muy convincentes. Por fin, como último argumento:

—Hágalo usted por nosotros, Florencio — le dijo. — Nosotros ocupamos en el barrio cierta posición que nos obliga a muchas cosas... Mire usted, para "inter nos", tengo miedo que se chismorree... Ese destino lo arreglará todo; será usted alguien, y hasta nos dará usted honor.

Se iba poniendo acariciadora. Florencio se sentía invadido por una especie de plenitud; estaba como penetrado por aquel olor de la cocina, que le nutría con todos los alimentos de que estaba cargado el aire; sentíase resbalar a la cobardía dichosa de aquella digestión continua que reinaba en el ambiente grasiento en que vivía desde hacía dos semanas. Sentía, a flor de piel, como mil cosquilleos de grasa naciente, un enseñora-

miento lentísimo de su ser entero, una dulzura muelle y tenderil. En aquella avanzada hora de la noche, en el calor que reinaba en aquella habitación, todas sus asperezas, todas sus voluntades parecían derretirse en él; sentíase lleno de tal languidez por aquella tranquila velada, por los aromas de la morcilla y de la manteca, por aquella gorda Paulina que tenía dormida sobre las rodillas, que se sorprendió a sí mismo deseando pasar otras veladas semejantes, veladas sin fin que le hiciesen engordar. Pero, más que otra cosa, fué Mouton el que le determinó. Mouton dormía profundamente con la panza hacia arriba, con una pata sobre el hocico, y con la cola acercada a los costados como para servirle de edredón; y dormía con tal felicidad gatuna, que Florencio dijo entre dientes, contemplándole:

—No; al fin y al cabo, es demasiada majadería... Acepto; diga usted que acepto, amigo Gavard.

Entonces Lisa terminó de comerse la morcilla, limpiándose dulcemente los dedos en una esquina de su delantal. Quiso preparar la palmatoria de su cuñado, entanto que Gavard y Quénu le felicitaban por su determinación. Al fin y al cabo, era preciso poner término a la situación aquella; los quebraderos de cabeza de la política no alimentaban. Y Lisa, en pie, con la palmatoria encendida, contemplaba a Florencio llena de satisfacción, con su hermoso rostro tranquilo de vaca sagrada. ®

III

Tres días más tarde, estaban cumplidas todas las formalidades, y la prefectura aceptaba a Florencio a propuesta del señor Verlaque, casi con los ojos cerrados, y con el mero título de sustituto; por otra parte, Gavard había querido acompañarles. Una vez que se encontró el pollero solo con Florencio, sobre la acera, le dió unos codazos en los costados, riendo sin pronunciar palabra, con guiños de ojos picarescos en grado sumo. Los agentes de policía a quienes encontraron en el muelle del Reloj le parecieron sin duda la mar de ridículos; porque, al pasar por delante de ellos, dejó ver Gavard una leve hinchazón de espaldas, un mohín de hombre que se contiene para no estallar en carcajadas en las mismas narices de la gente.

A partir del siguiente día, el señor Verlaque comenzó a poner al nuevo inspector al corriente de su trabajo. Por espacio de algunas mañanas, tenía que servirle de guía por medio de la turbulenta gente que en adelante tendría que vigilar Florencio. Aquel pobre Verlaque, como le llamaba Gavard, era un hombrecillo pálido, que tosía mucho; iba forrado en franelas, en pañuelos, en bufandas, y se paseaba por medio de la humedad

fresca y de las aguas corrientes de la pescadería con delgadas piernas de niño enfermizo.

La primera mañana, cuando llegó Florencio a las siete, se encontró perdido, con los ojos trastornados y la cabeza loca. Alrededor de los nueve bancos de subastas rodaban ya algunas revendedoras, en tanto que los empleados llegaban con sus registros, y que los agentes de los expedidores, que llevaban en bandolera unas escarcelas de cuero, aguardaban la recaudación, sentados en sillas derribadas, pegadas a los despachos de venta. Descargábase en tanto, se desembalaba el pescado, en el recinto cerrado de los bancos y hasta sobre las aceras. Véase, a lo largo del gran cuadrado, un enorme amontonamiento de pequeñas espuertas, una llegada continua de cajas y banastas, sacos de mejillones apilados, que dejaban fluir regueros de agua. Los contadores-vaciadores, muy atareados, pasando por encima de los montones, arrancaban de una manolada la paja de las cestas, las vaciaban y las tiraban vivamente; y sobre las anchas canastas redondas, con un solo manotón, distribuían los diversos lotes. Cuando se desparramaron las cestas, pudo creer Florencio que un banco de pescados acababa de estrellarse allí, sobre aquella acera, coleando todavía, con sus rosados nácares, sus sangrientos corales, sus lechosas perlas, con todos los jaspeados y todas las palideces glaucas del Océano.

En completa mescolanza, al azar de la redada, las profundas algas en las que duerme la misteriosa vida de las grandes aguas, lo habían entregado todo; las cabillas, las platijas, peces vulgares, de color gris sucio con manchas blancuzcas; los congrios, esas gruesas culebras de azul fangoso, de pequeños ojos negros, tan viscosos

que parecen reptar, vivientes todavía; las ensanchadas rayas, de vientre pálido ribeteado de débil rojo, cuyos dorsos soberbios, alargando los salientes nudos del espinazo, se jaspean, hasta las púas extendidas de las aletas, de placas de cinabrio cortadas por líneas de bronce florentino, de un abigaramiento sombrío de sapo y de flor malsana; los perros de mar, horribles, con sus cabezas redondas, sus bocas ampliamente abiertas de idolos chinos, sus cortas aletas de carnosos murciélagos, monstruos que deben de custodiar con sus ladridos los tesoros de las grutas marinas. Después venían los pescados hermosos, aislados, uno en cada cesto de mimbre; los salmones, de plata torneada, cada una de cuyas escamas parece un golpe de buril en el pulimento del metal; los mujoles, de escamas más fuertes, de cinceladuras más groseras; los grandes rodaballos, los grandes meros, de granos apretados y blancos como cuajada leche; los atunes, bruñidos y barnizados, semejantes a sacos de cuero negruzco; los redondeados labros, que abrían una boca enorme, haciendo pensar en algún alma demasiado grande, devuelta de una vez en la estupefacción de la agonía.

Y por todas partes, los lenguados, por parejas, grises o rubias, pululaban; las delgadas esquilas, rígidas, parecían limaduras de estaño; las sardinas arenques, ligeramente encorvadas, mostraban todos, bajo sus ropajes de hojas, las contusiones de sus sangrientas agallas; las gordas doradas se tenían un punto de carmín, en tanto que las caballas, doradas, con el dorso estriado por verdosos bruñidos, hacían relucir el tornasolado nácar de sus costados, y las rosadas triglas, de vientres blancos, con las cabezas dirigidas al centro de las canastas, con las colas ra-

diantes, esparcían extrañas floraciones, empenachadas de blanco de perla y de bermellón vivísimo. Había también salmonetes de roca, de exquisita carne, del rojo iluminado de los ciprinos, cajas de pescadillas de reflejos de ópalo, cestas de eperlanos, cestitas limpias, bonitas como cestas de fresas, que dejaban escapar un poderoso olor de violetas. Entretanto, los langostinos rosados, los langostines grises, en otras canastas, ponían, en medio de la dulzura de sus montones, los imperceptibles botones de azabache de sus millares de ojos; las espinosas langostas, los cangrejos atigrados de negro, vivos aún, y arrastrándose sobre sus rotas patas, crujían.

Florencio escuchaba mal las explicaciones que le daba el señor Verlaque; una línea de sol, que caía desde la elevada claraboya de la calle cubierta, fué a alumbrar aquellos colores preciosos, desleídos y como suavizados por las ondas, irisados y fundidos en los tonos de carne de las conchas, en el ópalo de las pescadillas, en el nácar de las caballas, en el oro de los samonetes, en el hojoso ropaje de las sardinas arenques, en las grandes piezas de argentería de los salmones. Parecía aquello como si se hubieran derramado por el suelo los estuches de joyas de alguna hija de las aguas, de aderezos inauditos y rarísimos; un chorreo, un amontonamiento de collares, de brazaletes monstruosos, de broches gigantescos, de joyas bárbaras cuyo uso no se adivinaba. Sobre el dorso de las rayas y de los perros de mar, gruesas piedras sombrías, violáceas, verdosas, se engarzaban en ennegrecidos metales; y las débiles líneas de las esquilas, las colas y las aletas de los eperlanos, tenían delicadezas de joyería finísima.

Pero lo que subía hasta el rostro de Florencio

era un soplo fresco, un viento de mar que recordaba muy bien, amargo y salado. Traía a la memoria el recuerdo de las costas de la Guayana, los buenos tiempos de la travesía. Parecía que era aquello una bahía, cuando se retiran las aguas y humean las algas al sol; las rocas, puestas al descubierto, se secan, y la grava exhala un hálito fuerte de pescado fresco. A su alrededor, toda aquella variedad de peces, de grandísima frescura, tenía un buen aroma, ese aroma un tanto áspero e irritante que estraga el apetito.

El señor Verlaque tosió. La humedad le penetraba hasta los huesos, y le hacía esconderse más en su bufanda.

—Ahora—dijo,—vamos a pasar al pescado de agua dulce.

Allá, por el lado del pabellón de las frutas, y el último en dirección a la calle de Rambuteau, el banco de la subasta está rodeado de dos viveros circulares separados en departamentos distintos por verjas de hierro fundido. Unos grifos de cobre, en forma de cuello de cisne, arrojan sin cesar delgados hilillos de agua. En cada departamento, se ven confusos hormigueros de cangrejos, movibles lienzos de los negruzcos dorsos de las carpas, vagos nudos de anguilas, sin cesar atados y desatados. El señor Verlaque volvió a ser acometido por pertinaces golpes de tos. La humedad era más sosa, como un olor blando de río, de agua tibia dormida sobre la arena.

La llegada de los cangrejos de Alemania, en cajas y canastos, era muy grande aquella mañana. Los pescados blancos de Holanda y de Inglaterra atestaban también el mercado. Desembarcaban las doradas carpas del Rhin, tan hermosas con sus rojeces metálicas, y cuyas placas de es-

camas parecían esmaltes divididos en celdillas y bronceados; los grandes lucios, alargando sus feroces picos, bandoleros de las aguas, rudos, de un color gris de hierro; las tencas, sombrías y magníficas, semejantes a rojo cobre manchado de cardenillo. En medio de ellos, cestas de gubios y de percas, lotes de truchas, montones de breccas comunes, pescados vulgares cogidos con esparavel, adquirían blancuras vivas, dorsos azulados de acero suavizándose poco a poco en la transparente palidez de los vientres; y los grandes barbos, de blanco de nieve, eran la nota aguda de luz en aquella colosal naturaleza muerta. Despacito, iban vertiendo en los viveres sacos de carpas jóvenes; las carpas giraban sobre sí mismas, permanecían un instante sobre uno de los costados, y después desfilaban, se perdían. Cestas de pequeñas anguilas eran vaciadas de golpe, y caían en el fondo de los departamentos como un solo nudo de serpientes; al paso que las gruesas, las que tenían el espesor de un brazo de niño, levantando la cabeza, se deslizaban ellas mismas bajo el agua, con el hábil impulso de las culebras que se esconden bajo una maleza. Y, acostados sobre el manchado mimbre de las cestas, otros pescados, cuya agonía duraba desde la mañana, acababan de morir lentamente, en medio del estrépito de las subastas; abrían la boca, con los costados oprimidos, como para beber la humedad del aire; y con silenciosos hipos, cada tres segundos, hostezaban desmesuradamente.

Entretanto, el señor Verlaque había vuelto a conducir a Florencio a los puestos del pescado de mar. Le paseaba por allí, le daba detalles complicadísimos. En los tres costados interiores del pabellón, alrededor de las nueve oficinas, se habían amontonado oleadas de muchedumbre, que

formaban en cada borde pilas de movibles cabezas, dominadas por los empleados, sentados en alto, y escribiendo sobre los registros.

—Pero —preguntó Florencio, — esos empleados ¿pertenece todos a los factores?

Entonces el señor Verlaque, dando la vuelta por la acera, le llevó al recinto de uno de los puestos de subasta. Le explicó los departamentos y el personal de la gran oficina de madera amarilla, oliendo a pescado, manchada por las salpicaduras de las cestas. En todo lo alto, en una especie de garita, acristalada, el agente de los ingresos municipales tomaba nota de las cifras de las pujas. Más bajo, en elevadas sillas, con los puños apoyados en estrechos pupitres, estaban sentadas las dos mujeres que tenían las tablillas de venta por cuenta del factor. El banco es doble; a cada lado, en un extremo de la mesa de piedra que se extiende delante de la oficina, un subastador depositaba las cestas, poniendo precio a los lotes y a las piezas grandes; en tanto que la mujer de la tablilla, por cima de él, con la pluma en la mano esperaba la adjudicación. Y el señor Verlaque mostró a Florencio, fuera del recinto, allí enfrente, en otra garita de madera amarilla, a la cajera, una mujer vieja y enorme, que arreglaba los montones de calderilla y de piezas de cinco francos.

—Hay dos inspecciones—decía el señor Verlaque.—La de la prefectura del Sena y la de la prefectura de policía. Esta última, que nombra los factores, pretende tener el encargo de vigilarlos. La administración del Ayuntamiento, por su parte, entiende que ha de asistir a las transacciones, que grava con un impuesto.

Y continuó con su vocecilla fría, refiriendo con toda prolijidad la disputa entre las dos prefec-

turas. Florencio no le hacía gran caso. Contemplaba a la mujer de la tablilla que frente a sí tenía, en una de las sillas altas. Era una mujer alta y morena, de treinta años, con grandes ojos negros y aspecto muy grave; escribía, con los dedos alargados, como una señorita que ha recibido instrucción.

Pero pronto le separó de ella la atención el berrear del subastador, que exponía a las pujas un magnífico rodaballo.

—¡Hay postor a treinta francos!... ¡A treinta francos!... ¡Treinta francos!

Y repetía la cantidad en todos los tonos, subiendo en una gama extraña, llena de sobresaltos. Era jorobado, con el rostro de través, espeluznados los cabellos, con un gran delantal azul de barbero. Y con el brazo extendido, violentamente, lanzando llamas por los ojos:

—¡Treinta y uno!... ¡Treinta y dos!... ¡Treinta y tres!... Treinta y tres cincuenta!... ¡Treinta y tres cincuenta!...

Tomó aliento dando vuelta a la cesta, haciéndola sobresalir de la mesa de piedra, en tanto que las pescaderas se inclinaban, tocando ligeramente el rodaballo con las yemas de los dedos. Después el jorobado volvió a empezar con nueva furia, lanzando con la mano una cifra a cada postor, sorprendiendo los menores ademanes, los dedos levantados, el enarcar de las cejas, el avanzar de los labios, el entornar de ojos; y esto con tal rapidez, con tales chapurreos, que Florencio, que no podía seguirle, se quedó desconcertado cuando el hombre, con voz más cantante, salmodió, con tono de chantre que termina un versículo:

—¡Cuarenta y dos! ¡Cuarenta y dos! ¡A cuarenta y dos francos el rodaballo!

Era la bella Normanda la que había hecho la última puja. Florencio la conoció entre la fila de pescaderas, colocadas de espaldas a los barrotes de hierro que cerraban el recinto de la almohada. La mañana era fresca. Veíase allí una hilera de cuellos de pieles, un escaparate de grandes delantales blancos que redondeaban vientres, pechos, hombros enormes. Alto el moño adornadísimo de rizos, blanca y delicada la carne, la hermosa Normanda mostraba su corbata de encaje en medio de las crespas cabelleras tocadas con un pañuelo, de las narices de borrachas, de las bocas insolentemente hendidas, de los rostros angulosos como tuestos rotos. También la Normanda conoció al primo de madame Quénu, sorprendidísima de verle allí, hasta el punto de cuchichear con sus vecinas.

Tal iba siendo el estrépito de las voces, que el señor Verlaque renunció a sus explicaciones. En el gran cuadrado había hombres que voceaban los grandes pescados con prolongados gritos que parecían salir de bocinas gigantescas. Había sobre todo uno que berreaba "Mejillones! ¡Mejillones!" con un clamor ronco y como desgarrado que hacía temblar la techumbre de los Mercados. Los sacos de mejillones, invertidos, fluían en las cestas; otros eran vaciados por medio de una pala. Las canastas desfilaban, con las rayas, los lenguados, las caballas, los congrios, los salmones, llevados y traídos por los contadores-vaciadores, en medio de los berridos que redoblaban y del aplastamiento de las grandes bandejas de mimbre que hacían crujir las barras de hierro. El subastador, el jorobado, encendido, azotando el aire con los delgados brazos, tendía las mandíbulas hacia adelante. Por fin se subió en un escabel, azotado por los rosarios de cifras

que lanzaba a los cuatro vientos, con la boca torcida, los cabellos despeinados por el aire, y sin arrancar ya a su seco gáznate más que un silbido ininteligible. En lo alto, el empleado de los ingresos municipales, un viejecito todo arrebuado en un cuello de imitación astrakán, no mostraba más que la nariz bajo el casquete de terciopelo negro; y la gran tabllera morena, en su elevada silla de madera, escribía sosegadamente, con los ojos tranquilos en el rostro algo enrojecido por el frío, sin pestañear siquiera, al oír los berridos de carraca del jorobado, que subían a lo largo de su falda.

—Ese Logre es soberbio—dijo entre dientes el señor Verlaque sonriendo.—Es el mejor subastador del Mercado... Sería capaz de vender suelas de zapatos por pares de lenguados.

Volvió con Florencio al pabellón. Al pasar de nuevo por delante de la subasta del pescado de agua dulce, en donde las pujas eran más frías, le dijo que aquella venta bajaba, que la pesca fluvial en Francia se encontraba muy comprometida. Un subastador, rubio y canijo, sin hacer un ademán, adjudicaba con voz monótona lotes de anguilas y cangrejos; en tanto que, a lo largo de los viveros, los contadores-vaciadores iban pescando con redes de cortos mangos.

Entretanto, aumentaba el bullicio en torno de las oficinas de venta. El señor Verlaque cumplía a conciencia su papel de instructor, abriéndose paso a codazo limpio, y seguía paseando a su sucesor por lo más compacto de las subastas. Las grandes revendedoras estaban allí, sosegadas, esperando las piezas hermosas y cargando sobre los hombros de los portadores los atunes, los salmones, los rodaballos. En el suelo, las vendedoras ambulantes se dividían cestas de sardinas y

de platijas, compradas en comunidad. También había burgueses, algunos rentistas de los barrios apartados, que habían llegado a las cuatro de la mañana para comprar un pescado fresco, y que acababan por dejarse adjudicar un lote enorme, por valor de cuarenta o cincuenta francos, para pasar después el día entero ocupados en ceder parte de él a las personas conocidas. A veces había empujones que separaban bruscamente a la muchedumbre. Una pescadera, demasiado apretujada, se desprendió, con los puños levantados e hinchado el cuello. Después se formaban compactas paredes. Entonces Florencio, que se ahogaba, declaró que había visto ya bastante, que había comprendido.

Cuando el señor Verlaque le ayudaba a desembarazarse de la gente, se encontraron de manos a boca con la hermosa Normanda. Esta se quedó plantada delante de ellos, y con aire de reina:

—¿De modo que denitivamente nos deja usted, señor Verlaque?

—Sí, sí— respondió el hombrecillo.— Voy a descansar al campo, a Clamart. Parece que el olor del pescado me hace mal... Mire usted, este señor es el que me substituye.

Se había vuelto, señalando a Florencio. La bella Normanda se quedó sofocada. Y cuando Florencio se alejaba, creyó oírle decir a media voz, al oído de sus vecinas, entre risas ahogadas:

—¡Ah, bueno! ¡Entonces nos vamos a divertir de lo lindo!

Las pescaderas preparaban sus puestos. En todos los bancos de mármol, los grifos de los rincones fluían a la vez completamente abiertos. Era un ruido de chubasco, un caer de chorros rígidos que sonaban salpicando; y desde el borde de los inclinados bancos caían gruesas gotas, con

murmurio suavizado de manantial, estrellándose en los andenes, por los que corrían pequeños arroyuelos que llenaban como un lago algunos huecos, y después volvían a brotar en mil ramas, bajando la pendiente en dirección a la calle de Rambuteau. Subía una neblina de humedad, un polvillo de lluvia que lanzaba al rostro de Florencio aquel hálito fresco, aquel viento de mar que recordaba, amargo y salado; en tanto que volvía a hallar, en los primeros pescados expuestos sobre el mármol, los rosados nácares, los corales sangrientos, las perlas lechosas, todos los jaspeados y todas las palideces glaucas del Océano.

Aquella primera mañana le dejó muy vacilante. Se arrepentía de haber cedido a las instancias de Lisa. Desde el día siguiente, libertado de la somnolencia grasienta de la cocina, se había acusado de cobardía con violencia tal, que casi le había hecho asomar lágrimas a los ojos. Pero no se atrevió a faltar a la palabra que había dado, porque Lisa le atemorizaba un tanto; veía el frunce de sus labios, el mudo reproche de su hermoso rostro. Considerábala como una mujer demasiado seria y demasiado satisfecha para ser contrariada. Gavard, por fortuna, le inspiró una idea que le consoló. Le llamó aparte el mismo día en que el señor Verlaque le había paseado por medio de las almonedas, y le explicó, con mil reticencias, que "aquel pobre diablo" no era feliz. Después, a continuación de otras varias consideraciones sobre aquel maldito gobierno que mataba de trabajo a sus empleados, sin asegurarles siquiera sobre qué caerse muertos, se decidió a darle a entender que sería muy caritativo el ceder una parte de su sueldo al antiguo inspector. Florencio acogió esta idea con júbilo.

No era sino muy justo, pues él se consideraba como el substituto interino del señor Verlaque; por otra parte, él no necesitaba de nada, pues que comía y dormía en casa de su hermano. Gavard añadió que de los ciento cincuenta francos mensuales, la cesión de cincuenta al señor Verlaque le parecía muy bonita; y, bajando la voz le hizo observar que no duraría mucho tiempo, porque el desgraciado estaba verdaderamente tísico hasta el alma. Se convino en que Florencio vería a su esposa y se entendería con ella, para no ofender al marido. Esta buena acción le consolaba, y aceptaba ya el empleo con un pensamiento de abnegación; seguía desempeñando el papel de toda su vida. Solamente que hizo jurar al comerciante de aves que no hablaría a nadie de aquel arreglo. Como Gavard sentía también una especie de terror vago hacia Lisa, guardó el secreto, cosa muy meritoria.

Entonces, toda la salchicheria fué feliz. La bella Lisa se mostraba muy amistosa para con su cuñado; le mandaba a acostarse tempranito para que pudiera levantarse de mañana; le tenía el desayuno bien caliente, y ya no le daba vergüenza hablar con él en la acera, desde que Florencio llevaba gorra con galones. Quénu, entusiasmado con tan buenas disposiciones, no se había sentado nunca a la mesa, entre su hermano y su mujer, tan satisfecho como entonces. La comida se prolongaba con frecuencia hasta las nueve, en tanto que Agustina se quedaba en el mostrador. Era una digestión larga, entrecortada por las historias del barrio, por positivas opiniones dadas por la salchichera acerca de la política. Florencio tenía que decir cómo había ido la venta del pescado. Poco a poco se abandonaba, y llegaba a gozar de la beatitud de aquella

vida reglamentaria. La sala comedor, de amarillo claro, tenía una limpieza y un calorcillo cálido que le invadían muellemente desde el umbral. Los cuidados de la bella Lisa parecían poner en torno de él, cálidas plumas en las que se hundían todos sus miembros. Fueron aquéllas horas de estimación y de buena inteligencia absolutas.

Pero Gavard juzgaba demasiado dormido el interior de la casa de los Quénu-Gradelle. Perdonaba a Lisa sus ternuras por el emperador, porque—decía—no se debe nunca hablar de política con las mujeres, y porque la hermosa salchichera era, al fin y a la postre, una mujer honradísima que hacía andar su comercio a las mil maravillas. Sólo que, por gusto, preferiría pasar las veladas en casa del señor Lebigre, en donde encontraba un pequeño grupo de amigos que tenían sus mismas opiniones. Cuando Florencio fué nombrado inspector del pescado, Gavard le pervirtió, se lo llevó consigo durante horas enteras, induciéndole a vivir como un soltero joven, ya que había conseguido un destino.

El señor Lebigre tenía un hermoso establecimiento, de lujo completamente moderno. Situado en la esquina derecha de la calle Pirouette, sobre la calle de Rambuteau, con cuatro pequeños pinos de Noruega en las puertas, en sendos cajones pintados de verde, formaba digna pareja con la gran salchicheria de los Quénu-Gradelle. Los claros cristales dejaban ver la sala adornada con guirnaldas de follaje, con pámpanos y racimos sobre fondo verde claro. El enlosado era blanco y negro, formando grandes cuadrados. En el fondo, el hostezante hueco de los sótanos se abría bajo la escalera de caracol, de rojo pasamanos, que conducía al billar del primer piso.

Pero sobre todo el mostrador, a la derecha, era riquísimo, con sus grandes reflejos de cristal pulimentado. El zinc, cayendo sobre el basamento de mármol blanco y rojo, en un alto reborde alabeado, le rodeaba de un paño de metal, como un altar mayor cargado de bordados. En uno de los extremos, las teteras de porcelana para el ponche y el vino caliente, cercadas de cobre, dormían sobre el fogón de gas; en el otro extremo, una fuente de mármol, muy elevada y muy esculpida, dejaba caer perpetuamente en una cubeta un hilillo de agua tan continuo que parecía inmóvil; y en medio, en el centro de los tres declives de zinc, se abría una fuente de refrescar y enjuagar, en donde se veían algunos vasos alineados. Después, el ejército de las copas, ordenado en hileras, ocupaba los dos lados; las copitas para el aguardiente, los vasos gruesos para las bebidas calientes, las copas para las frutas, los vasos de ajeno, los "chops", los grandes vasos de pie, todos boca abajo, reflejando en su palidez los adornos del mostrador. También había, a la izquierda, una urna de metal blanco montada en un pie que servía de tronco; en tanto que, a la derecha, una urna semejante se erizaba con un abanico de cucharillas.

Ordinariamente, el señor Lebigre se entronizaba detrás del mostrador, sentado en una baqueta de cuerpo rojo acolchado. A mano tenía los licores, frascos de cristal tallado, medio hundidos en los huecos de un vasar; y apoyaba su redonda espalda en un inmenso espejo que ocupaba todo el lienzo de pared, atravesado por dos estantes, dos planchas de vidrio que sostenían tarros y botellas. En una de las planchas, los tarros de frutas, las guindas, las ciruelas, los melocotones, ponían sus ensombrecidas man-

chas; en la otra, entre simétricos paquetes de bizcochos, unas redomas claras, verde pálido, rojo pálido, amarillo pálido, hacían pensar en licores desconocidos, en esencias de flores de limpidéz exquisita. Parecía que aquellas redomas estuviesen suspendidas en el aire, relucientes y como iluminadas, sobre la gran claridad blanca del espejo.

Para dar aspecto de café a un establecimiento, el señor Lebigre había colocado, en frente del mostrador, adosadas a la pared, dos pequeñas mesas de hierro barnizado, con cuatro sillas. Una araña de cinco mecheros y de globos de cristal esmerilado colgaba del techo. El ojo de buey, un reloj todo dorado, estaba a la izquierda, encima de un torniquete abierto en la pared. Además, en el fondo, estaba el gabinete reservado, un rincón de la tienda separado por un tabique de cristales ahumados con un dibujo de cuadraditos; durante el día, una ventana que daba a la calle Pirouette iluminaba el gabinete con débil claridad; de noche, ardía en él un mechero de gas, encima de dos mesas pintadas imitando mármol. Allí era donde Gavard y sus amigos políticos se reunían cada noche después de comer. Allí se consideraban en su casa, y habían acostumbrado al dueño a que les reservase el sitio. Cuando el último que llegaba había cerrado la puerta del tabique de cristales, todos sabían que estaban bien guardados, que hablaban con toda claridad de "la gran escobada". Ni un solo parroquiano se hubiera atrevido a entrar allí.

El primer día, Gavard dió a Florencio algunos pormenores referentes al señor Lebigre. Era un buen sujeto que iba a veces a tomar café con ellos. Nadie se sentía coartado por su presencia,

porque el cafetero había dicho un día que se había batido en el año 48. Hablaba poco, y parecía tonto. Al pasar por delante de él, antes de entrar en el gabinete reservado, cada uno de aquellos señores le daba un apretón de manos silencioso, por encima de los vasos y de las botellas. Generalmente, el señor Lebigre tenía a su lado, sobre la banqueta de cuero rojo, a una mujercita rubia, una muchacha que había tomado para el servicio del mostrador, a más del mozo de blanco delantal que se cuidaba de las mesas y del billar. La joven llamábase Rosa, y era muy dulce y muy sumisa. Gavard, guiñando los ojos, contó a Florencio que la chica llevaba la sumisión a su amo hasta muy allá. Por otra parte, aquellos señores se hacían servir por Rosa, que entraba y que salía, con su porte humilde y dichoso, en medio de las más tempestuosas discusiones políticas.

El día en que el comerciante de aves presentó a Florencio a sus amigos, no hallaron ambos, al entrar en el gabinetito acristalado, más que a un señor de una cincuentena de años, de aspecto dulce y pensativo, con un sombrero de color indefinible y un gran pardesú de color marrón. Con la barba apoyada en el pomo de marfil de un grueso junco, delante de un "chop" lleno, tenía la boca de tal suerte perdida en el fondo de una barba fortísima, que su semblante parecía mudo y sin labios.

—¿Cómo vamos, Robine?— le preguntó Gavard.

Robine alargó en silencio la mano, para estrechar la del pollero, sin responder y con los ojos dulcificados todavía por una sonrisa vaga de saludo; después volvió a colocar la barba so-

bre el pomo del bastón y miró a Florencio por encima de su "chop".

Florencio había hecho jurar a Gavard que no referiría su historia, con objeto de evitar indiscreciones peligrosas; y no le desagradó el ver cierta desconfianza en la prudente actitud de aquel sujeto de la barba espesa. Pero se engañaba. Robine no hablaba nunca más que entonces. Era siempre el primero en llegar, al punto de las ocho, y se sentaba en el mismo rincón, sin dejar el junco ni quitarse nunca el gabán ni el sombrero; nadie había logrado aún ver a Robine con la cabeza descubierta. Allí permanecía, oyendo a los otros, hasta las doce de la noche, empleando cuatro horas para trasegar su "chop", y mirando sucesivamente a los que hablaban, como si les oyera con los ojos. Cuando Florencio, posteriormente, preguntó a Gavard acerca de Robine, el pollero pareció tenerle en muy buena opinión; era un hombre muy fuerte; sin poder decir con claridad dónde había hecho sus pruebas, le pintó como uno de los hombres de oposición más temidos por el gobierno. Robine ocupaba, en la calle de San Dionisio, una habitación en que nadie penetraba nunca. Sin embargo, el comerciante de aves refería que había ido allí una vez. Los encerados suelos estaban protegidos por pasillos de tela verde; había colchas y un péndulo de alabastro con columnas. Madame Robine, a quien creía Gavard haber visto de espaldas, entre dos puertas, debía de ser una dama anciana muy como se debe, tocada con cofia inglesa, pero sin que pudiese afirmarlo. Ignorábase por qué razón el matrimonio había ido a vivir en medio del bullicio de un barrio comercial; el marido no hacía absolutamente nada; pasaba el día no se sabe dónde, vivía de

no se sabe qué, y se presentaba cada noche como fatigado y entusiasmado por un viaje a las cumbres de la alta política.

—Bueno, y ese discurso del trono, ¿lo ha leído usted?—preguntó Gavard, cogiendo un periódico de sobre la mesa.

Robine se encogió de hombros. Pero la puerta del tabique acristalado se estremeció violentamente, y un jorobado entró. Florencio conoció en él al jorobado de la subasta, con las manos lavadas, decentemente vestido y con una gran bufanda roja, uno de cuyos extremos le caía sobre la joroba, como la esclavina de una capa veneciana.

—¡Ah! Aquí está Logre—agregó el comerciante de aves.—Este nos va a decir lo que piensa del discurso del trono.

Pero Logre estaba furioso. Estuvo en un tris que no arrancara el perchero al colgar de él su sombrero y su bufanda. Sentóse violentamente, dió un puñetazo en la mesa y rechazó el periódico exclamando.

—¿Acaso voy yo a leer, yo, las malditas mentiras de esa gentuza?

Después estalló.

—¿Se han visto nunca amos que se pongan el mundo por montera de ese modo? Hace dos horas que espero mi sueldo. Eramos unos diez en la oficina. ¡Bueno, ya escampa! ¡Podemos esperar sentados, amiguitos!... El señor Manoury ha llegado por fin, en coche, de casa de alguna pelanduseca, de seguro... Esos factores roban... se refocilan... Y para fin de fiesta, me lo ha dado todo en monedas menudas, el muy cochino.

Robine hacía coro a las quejas de Logre con leves movimientos de párpados. El jorobado, bruscamente, encontró una víctima.

—¡Rosa! ¡Rosa!—llamó, asomándose fuera del gabinete.

Y cuando la joven, temblando de pies a cabeza, estuvo frente a él:

—¿Bueno, y qué? ¿Cuándo dejará usted de mirarme?... Me ve usted entrar, y no me trae en seguida mi "mazagrán"...

Gavard pidió otros dos "mazagranes". Rosa se apresuró a servir las tres consumaciones, bajo los severos ojos de Logre, que parecía estudiar los vasos y los platillos del azúcar. Bebió un sorbo y se calmó un poco.

—Es Charvet—dijo el jorobado al cabo de un momento.—Sin duda debe ya de tener bastante... Estaba aguardando en la acera a Clemencia.

Pero entró Charvet, seguido de Clemencia. Era un mocetón huesoso, esmeradamente afeitado, de nariz flaca y delgados labios, que vivía en la calle de Vavin, detrás del Luxemburgo. Titulábase profesor libre. En política, era hebertista. Largo y ahumado el cabello, caídas en extremo las solapas de su raído redingote, ordinariamente se las echaba de convencional, entre oleadas de palabras agrias, y con una erudición tan extrañamente altanera, que de ordinario vencía a sus adversarios. Gavard le tenía miedo, sin confesárselo; declaraba, cuando Charvet no estaba allí, que el joven iba realmente demasiado lejos. Robine lo aprobaba todo con los párpados. Tan sólo Logre era el que a veces se atrevía a mantenerse tiesas con Charvet, en la cuestión de los salarios. Pero Charvet seguía siendo el despota del grupo, pues era el más autoritario y el más instruido. Desde hacía más de diez años, Clemencia y él vivían maritalmente, sobre bases muy discutidas y según un contrato estrictamente observado por una y otra parte. Florencio, que

contemplaba a la joven con cierto asombro, recordó por fin en dónde la había visto; no era otra que la gran tabllera morena que escribía, con los dedos alargados, como señorita que ha recibido instrucción.

Presentóse Rosa inmediatamente detrás de los recién llegados; sin decir nada, colocó un "chop" delante de Charvet y una bandeja delante de Clemencia, la cual se puso lentamente a preparar su "grog", echando agua caliente sobre el limón, que aplastaba dándole golpecitos con la cuchara, azucarándolo y echándole el ron después de consultar la botella, para no pasar del vasito reglamentario. Entonces Gavard hizo la presentación de Florencio a aquellos señores, y particularmente a Charvet. Presentólos a ambos como profesores, personas muy instruidas que se comprenderían. Pero era de creer que el pollero había cometido ya alguna indiscreción, porque todos cambiaron apretones de manos, estrechándolas con fuerza y de un modo masónico. El mismo Charvet se mostró casi amable. Por otra parte, todos evitaron el hacer la menor alusión.

—¿Le ha pagado a usted Manoury en metálico?—preguntó Logre a Clemencia.

Esta respondió afirmativamente, y sacó unos cartuchos de monedas de uno y de dos francos, que deslió. Charvet la contemplaba, siguiendo con la vista los cartuchos que la joven se volvía a guardar uno por uno en el bolsillo, después de comprobar su contenido.

—Tendremos que ajustar cuentas—dijo a media voz Charvet.

—Desde luego, esta noche—murmuró ella.—Por más que creo que estamos saldados. He al-

morzado contigo cuatro veces, ¿verdad? Pero te presté cien sueldos la semana pasada.

Florencio, sorprendido, volvió la cabeza para no parecer indiscreto. Y cuando Clemencia hubo hecho desaparecer el último cartucho, se bebió un sorbo de "grog", se apoyó en el tabique acristalado y se puso a escuchar tranquilamente a los hombres, que hablaban de política. Gavard había vuelto a coger el periódico, y leía, con voz que procuraba hacer cómica, párrafos del discurso del trono pronunciado por la mañana en la apertura de las Cámaras. Entonces Charvet se despachó a su gusto con toda aquella fraseología oficial; no dejó pasar sin triturarla una sola línea. Sobre todo, hubo una frase que les divirtió extraordinariamente: "Abrigamos la confianza, señores, de que, apoyados en vuestras luces y en los sentimientos conservadores del país, lograremos aumentar de día en día la prosperidad pública". Logre, poniéndose en pie, declamó esta frase. Imitaba muy bien, con la nariz, la voz pastosa del emperador.

—¡Valiente prosperidad!—dijo Charvet.—Todo el mundo se muere de hambre.

—El comercio anda malísimamente—afirmó Gavard.

—Y además, ¿qué quiere decir eso de un señor "apoyado en luces"?—añadió Clemencia, que se las echaba de entender de literatura.

Hasta el mismo Robine, dejó escapar una leve risa, desde el fondo de sus barbas. La conversación se caldeaba. Pasóse a hablar del cuerpo legislativo, al que pusieron por los suelos. Logre no se desencolerizaba. Florencio volvió a hallar en él al gran subastador del pabellón del pescado, con la mandíbula saliente y las manos lanzando las palabras en el vacío, con actitud re-

concentrada y ladrante; ordinariamente, hablaba de política con el aspecto furibundo con que exponía a las pujas una canasta de lenguados. En cuanto a Charvet, se ponía más y más glacial, entre la neblina de las pipas y del gas que impregnaba el estrecho gabinete; su voz adquiría sequedades de machete, en tanto que Robine balanceaba suavemente la cabeza, sin separar la barba del pomo de marfil de su bastón. Después, una palabra de Gavard hizo que la conversación fuese a parar a las mujeres.

—La mujer — declaró rotundamente Charvet — es igual al hombre, y con tal título, no debe estorbarle en la vida. El matrimonio es una asociación... Todo por mitad... ¿No es verdad, Clemencia?

—Indudablemente — respondió la joven, con la cabeza apoyada en el tabique y los ojos clavados en el aire.

Pero Florencio vió entrar al vendedor ambulante Lacaille y al amigo Claudio Lantier, Alejandro el fuerte. Estos dos hombres habían estado mucho tiempo concurriendo a la otra mesa del gabinete; no pertenecían a la misma peña que aquellos señores. Pero, mediante la ayuda de la política, sus sillas se fueron aproximando y acabaron por formar parte de la reunión. Charvet, a cuyos ojos representaban el pueblo, les adoctrinó largamente, al mismo tiempo que Gavard se mostraba como tendero sin prejuicios al alternar con ellos. Alejandro poseía una hermosa alegría de coloso, un aspecto de niño grande y feliz. Lacaille, agriado, canoso ya, con agujetas todas las noches por su eterno corretear por las calles de París, contemplaba alguna vez con mirar atravesado la placidez burguesa, los buenos zapatos y el grueso gabán de Robine. Ambos se

hicieron servir sendos vasitos, y la conversación continuó, más tumultuosa y caldeada, en cuanto la reunión estuvo completa.

Aquella noche, al través de la entornada puerta del tabique, vió Florencio una vez más a mademoiselle Saget, en pie delante del mostrador. La vieja había sacado una botella de debajo del delantal, y estaba mirando a Rosa, que la llenaba con una gran medida de "casis" y con otra medida más pequeña de aguardiente. Después la botella desapareció de nuevo debajo del delantal y con las manos escondidas, mademoiselle Saget se puso a hablar delante del gran reflejo blanco del mostrador, enfrente del espejo, en el cual los tarros y las botellas de licor parecían suspender hileras de farolillos venecianos. Por la noche, el recalentado establecimiento se iluminaba con todo su metal y todos sus cristales. La solterona, con sus negras faldas, formaba allí una mancha extraña de insecto, en medio de aquellas crudas claridades. Florencio, al percatarse de que la vieja procuraba hacer hablar a Rosa, sospechó que le había visto por la puerta entornada. Desde que había entrado en los Mercados, se tropezaba con ella a cada paso, hallándola parada bajo las calles cubiertas, generalmente en compañía de madame Laccœur y de la Sarriette, examinándole las tres a hurtadillas y con aspecto de profundísima sorpresa por su nuevo empleo de inspector. Sin duda Rosa no estuvo muy abundante en palabras, porque mademoiselle Saget se volvió un instante y pareció quererle acabar al señor Lebigre, que jugaba a los naipes con un parroquiano, en una de las mesas de barnizado hierro. Poco a poco, iba acabando por colocarse al lado del tabique, cuando Gavard la vió. La detestaba.

—Cierre usted la puerta, Florencio—dijo con brusquedad.—No puede uno estar en su casa aquí.

Al dar las doce y marcharse, Lacaille cruzó algunas palabras en voz baja con el señor Lebigre. Este, al darle un apretón de manos, le entregó cuatro monedas de cien francos, sin que nadie lo viera, diciéndole al oído:

—Ya sabe usted, son veintidós francos para mañana. La persona que presta no quiere ya hacerlo por menos... No olvide usted tampoco que debe tres días de carro... Será menester pagarlo todo.

El señor Lebigre dió las buenas noches a aquellos señores. Iba a dormir como un lirón, decía. Y bostezaba ligeramente, enseñando unos dientes fortísimos, en tanto que Rosa le contemplaba, con su mirada de criada sumisa. El señor Lebigre le dió un empujón, mandándole que fuese a apagar el gas del gabinete.

En la acera, Gavard tropezó y estuvo a punto de caerse. Como estaba de vena de hacer chistes:

—¡Caramba!—dijo.—¡No estoy apoyado en luces, a fe mía!

Esto pareció muy gracioso, y se separaron. Florencio volvió otras noches y le tomó el gusto a aquel gabinete acristalado, a los silencios de Robine, a las cóleras de Logre, a los helados odios de Charvet. Por la noche, al volver a su casa, no se acostaba en seguida. Agradábale su guardilla, aquel cuartito de soltera, en el que Agustina había dejado retazos de guñapos cosas tiernas y baladíes de mujer, que andaban por todas partes. En la chimenea había aún horquillas, cajas de cartón dorado llenas de botones, de grabados recortados, de tarritos de pomada vacíos que aún olían a jazmín; en el cajón de la

mesa, una fermentida mesa de madera blanca, habían quedado hilos, agujas, un devocionario al lado de un manchado ejemplar de la "Clave de los sueños"; y un vestido de verano, blanco con motas amarillas, colgaba olvidado de un clavo, en tanto que, sobre la tabla que servía de tocador, detrás del jarro del agua, un frasco derramado de bandolina, había dejado una gran mancha. Florencio hubiera sufrido en una alcoba de mujer; pero de toda la habitación, de la estrecha cama de hierro, de las dos sillas de paja, hasta del papel pintado, de borroso color gris, no se desprendía más que un olor de tontería ingenua, un olor de muchachona pueril. Y Florencio era feliz por aquella pureza de las cortinas, por aquellas niñerías de las cajas doradas, por aquella desmañada coquetería que manchaba las paredes. Todo aquello le refrescaba, evocaba en él ensueños de juventud. Hubiese querido no conocer a aquella Agustina de los crespos cabellos castaños y creer que estaba en casa de una hermana, en casa de una buena muchacha que pusiera en torno de él, y en las menores cosas, su gracia de mujer naciente.

Pero, por las noches, era un gran alivio más para él el apoyarse de codos sobre la ventana de su guardilla. Aquella ventana cortaba en el tejado un estrecho balcón, de alta baranda de hierro, junto a la cual Agustina cuidaba una planta en una maceta. Florencio, en cuanto las noches empezaron a ponerse frías, entraba la planta en la habitación, colocándola al pie de su cama. Algunos minutos permanecía en la ventana, aspirando con fuerza el aire fresco que le llegaba del Sena, por encima de las casas de la calle de Rivoli. Abajo, confusamente, las techumbres de los Mercados extendían sus lienzos grises. Eran co-

mo lagos adormidos, en medio de los cuales el furtivo reflejo de algún vidrio alumbraba el resplandor argentado de una ola. A lo lejos, los techos del pabellón de la carnicería y de la Vallée se divisaban aún más sombríos, como si no fueran más que amontonamientos de tinieblas que hicieran retroceder al horizonte. Florencio gozaba del gran pedazo de cielo que tenía enfrente, de aquel inmenso desenvolvimiento de los Mercados, que le daba, en medio de las ahogadas calles de París, la vaga visión de una orilla de mar, con las aguas muertas y pizarrosas de una bahía, apenas estremecidas por el retumbar lejano de las olas. Quedábase abstraído y soñaba cada noche en una costa nueva. Le ponía tristísimo y muy alegre a la vez el volver a recordar los ocho años de desesperación que había pasado fuera de Francia. Después, estremecido de pies a cabeza, cerraba de nuevo la ventana. A menudo, cuando se quitaba el cuello delante de la chimenea, la fotografía de Augusto y de Agustina le inquietaban; ambos le miraban desnudarse, con su sonrisa lívida, cogidos de la mano.

Las primeras semanas que pasó Florencio en el pabellón del pescado fueron en extremo penosas. Había hallado en los Méhudin una abierta hostilidad que le puso en pugna con el mercado entero. La bella Normanda se proponía vengarse de la bella Lisa, y el primo de ésta era una víctima que ni hecha de encargo.

Los Méhudin eran oriundos de Rouen. La madre de Luisa refería aún cómo había llegado a París, con unas cuantas anguilas en un cesto. Ya no dejó nunca la pescadería. Se casó con un empleado de los consumos, que murió dejándole dos niñas pequeñas. Ella fué la que, en otro tiempo, mereció, gracias a sus anchas caderas y

a su frescura soberbia, aquel apodo de la bella Normanda, que había heredado su hija mayor. Hoy, hecha un fardo, avacada, llevaba sus sesenta y cinco años como matrona cuya voz había enronquecido la humedad del pescado fresco, azuleándole el cutis; estaba reventando por la vida sedentaria, con la cintura desbordante y la cabeza echada hacia atrás por la fuerza del pecho y por la ascendente ola de la grasa. Por otra parte, nunca había querido renunciar a las modas de su tiempo; conservó el vestido rameado, la pañoleta amarilla, la toca de las pescaderas clásicas, con la voz elevada, el ademán rápido, los brazos en jarras y con todo el lenguaje del catecismo truhanesco fluyéndole de los labios. Echaba muy de menos el mercado de los Inocentes, hablaba de los antiguos derechos de las damas del mercado, y mezclaba a las anécdotas de puñetazos cruzados con los inspectores de policía otros relatos de visitas a la Corte, en tiempo de Carlos X y de Luis-Felipe, con traje de seda y grandes ramilletes en la mano. La tía Méhudin, como se la llamaba, había sido mucho tiempo porta-estandarte de la cofradía de la Virgen, en Saint-Leu. En las procesiones de la iglesia, llevaba traje y sombrero de tul, con lazos de raso, y sostenía muy en alto, con los hinchados dedos, la dorada vara del estandarte de seda con rica franja, en el que estaba bordada una Madre de Dios.

La tía Méhudin, a juzgar por los chismorreos del barrio, debía de haber reunido una gran fortuna; pero ésta casi no aparecía más que en las joyas de oro macizo con que, en los días que repicaban recio, se cargaba el cuello, los brazos y el pecho. Más tarde, sus dos hijas no lograron avenirse. La menor, Clara, una rubia perezosa,

se quejaba de las brutalidades de Luisa, y decía con voz lenta que no sería en su vida la criada de su hermana. Como indudablemente hubieran acabado por pegarse, la madre les separó. Cedió a Luisa su puesto de pescado, y Clara, a quien hacía toser el olor de las rayas y de las sardinas, se instaló en un puesto de pescado de agua dulce. Y, a pesar de que había jurado retirarse, la madre iba de uno a otro puesto, entrometiéndose aún en la venta y causando eternos disgustos a sus hijas por sus insolencias demasiado gordas.

Clara era una criatura caprichosa, muy dulce y que se lamentaba continuamente. No hacía nunca, según decían, más que lo que se le ponía por montera. Tenía, al propio tiempo que un semblante soñador de virgen, una testarudez muda, un espíritu de independencia que la impulsaba a vivir aparte, no aceptando nada que se pareciera a los demás, con una rectitud absoluta hoy y mañana con una injusticia que sublevaba. En su puesto, revolucionaba a veces el mercado, alzando y bajando los precios, sin que nadie pudiese explicarse por qué. Al acercarse a los treinta, se presentía que su delicadeza de temperamento, su fino cutis que el agua de los viveros refrescaba continuamente, su pequeño rostro de dibujo aguado, sus ágiles miembros, se habían de tornar espesos, cayendo en el apoltronamiento de una santa de vidriera encanallada en los mercados. Pero entonces, a los veintidós años, parecía un Murillo, en medio de sus carpas y sus anguilas, según la frase de Claudio Lantier; un Murillo despeinado con frecuencia, con zapatos gruesos y con vestidos cortados a hachazos que la vestían como una tabla. No era coqueta; mostrábase en extremo despreciativa

cuando Luisa, haciendo ostentación de sus corbatas de lazos, se burlaba de sus pañoletas mal prendidas. Contábase que el hijo de un rico tendero del barrio se había ido a viajar, rabioso por no haber podido obtener de ella una sola palabra agradable.

Luisa, la bella Normanda, se había mostrado más tierna. Estaba ya concertado su matrimonio con un empleado del mercado del trigo, cuando el desgraciado muchacho quedó con los riñones destrozados por la caída de un saco de harina. No por ello dejó la Normanda de dar a luz un robusto niño siete meses más tarde. Las personas que rodeaban a los Méhudin consideraban como viuda a la bella Normanda. La anciana pescadera decía a veces: "Cuando vivía mi yerno"...

Eran una potencia los Méhudin. Cuando el señor Verlaque acabó de poner a Florencio al corriente de sus nuevas ocupaciones, le recomendó que no se malquistara con algunas vendedoras, si no quería hacerse imposible la vida; llevó la simpatía hasta el extremo de enseñarle los pequeños secretos del oficio, las tolerancias necesarias, las severidades de comedia, los regalos aceptables. Un inspector es a la vez comisario de policía y juez de paz, pues tiene que velar por el buen orden del mercado y que conciliar las diferencias entre comprador y vendedor. Florencio, débil de carácter, se envaraba, pasaba de la medida cada vez que tenía que hacer un acto de autoridad; y además, tenía en contra suya la amargura de sus largos padecimientos, su rostro sombrío de paria.

La táctica de la bella Normanda consistió en atraerle a alguna riña. Había jurado que Florencio no conservaría quince días su destino.

—¡Ah, bueno!—dijo a madame Lecœur, a quien encontró una mañana.—Si la gorda Lisa cree que queremos sus obras... Tenemos más gusto que ella... ¡Es horrible su hombre!

Después de las subastas, cuando Florencio comenzaba su vuelta de inspección, a paso corto, a lo largo de los andenes chorreantes de agua, veía perfectamente a la hermosa Normanda que le seguía con descarada risa. Su puesto, en la segunda hilera a la izquierda, cerca de los puestos de los pescados de agua dulce, caía enfrente de la calle de Rambuteau. La bella Normanda se volvía, sin separar los ojos de su víctima, y burlándose de ella con sus vecinas. Después, cuando Florencio pasaba por delante de su puesto, examinando lentamente las piedras, la pescadera afectaba una alegría inmoderada, golpeaba los pescados, abría el grifo de par en par, inundaba el andén. Florencio permanecía impassible.

Pero una mañana estalló la guerra fatalmente. Aquel día Florencio, al llegar delante del puesto de la bella Normanda, percibió un hedor insoportable. Había allí, sobre el mármol, un salmón soberbio, ya empezado y mostrando la rosada rubicundez de su carne; rodaballos de blancura de crema; congrios, pinchados por los negros alfileres que sirven para mear los trozos; pares de lenguados, de salmonetes, de labros, todo un escaparate fresco. Y en medio de aquellos pescados de ojo vivo, se ostentaba una gran raya, rojiza jaspeada de manchas sombrías, magnífica por sus extraños matices; la gran raya estaba podrida; la cola colgaba, y las espinas de las aletas atravesaban la dura piel.

—Hay que tirar esa raya—dijo Florencio acercándose.

La bella Normanda soltó una risita. Florencio

levantó los ojos y la vió en pie, apoyada en el pie de bronce de los dos mecheros de gas que alumbran los cuatro asientos de cada puesto. La pescadera le pareció muy alta, subida en alguna caja para preservar los pies de la humedad. Fruncía los labios, más hermosa aún que de ordinario, peinada con rizos, con la cabeza socarrona, algo baja, y con las manos demasiado rosadas sobre la blancura del gran delantal. Jamás le había visto Florencio tantas joyas; la Normanda llevaba largos aretes, una cadena al cuello, un broche y una infinidad de anillos en los dedos de la mano izquierda y en un dedo de la mano derecha.

Como continuase mirando a Florencio de arriba abajo, sin responder, agregó él:

—¿Oye usted? Haga usted desaparecer esa raya.

Pero no había visto a la tía Méhudin sentada en una silla y hecha un ovillo en un rincón. Levantóse la vieja, y apoyando los puños en la mesa de mármol:

—¡Toma! ¿Y por qué ha de tirar la raya? Con toda seguridad no será usted el que se la pague.

Entonces, Florencio comprendió. Las otras vendedoras se reían. Sentía a su alrededor una rebelión sorda que esperaba una palabra para estallar. Se contuvo. Sacó por sí mismo, de debajo del banco, el cubo de los desperdicios, e hizo caer en él la raya. La tía Méhudin se había ya puesto en jarras; pero la bella Normanda, que no había despegado los labios, soltó de nuevo una risita de perversidad, y Florencio se fué en medio de los murmullos, con talante severo y aparentando que no oía.

Cada día fué una nueva invención. El inspector no recorría ya los andenes sino ojo avizor,

como si se hallara en país enemigo. Cogía todas las salpicaduras de las esponjas, estaba a cada momento a punto de caerse resbalando sobre los desperdicios colocados bajo sus pies, recibía en la nuca encontronazos de las cestas de los portadores. Hasta una mañana, como riñeran dos vendedoras, y acudiese Florencio para impedir la pelea, tuvo que bajarse para evitar el ser abofeteado en ambas mejillas por una lluvia de pequeñas platijas que volaron por cima de su cabeza; todo el mundo se rió mucho, y Florencio creyó siempre que las dos vendedoras formaban parte de la conspiración de los Méhudin. Su antiguo oficio de profesor lleno de barro le armaba de una paciencia evangélica; sabía conservar una frialdad magistral, cuando la cólera ardía en su interior y cuando todo su ser manaba sangre por la humillación. Pero nunca los arrapiezos de la calle de l'Estrapade habían tenido aquella ferocidad de las damas del mercado, aquel encarnizamiento de mujeres enormes, cuyos vientres y pechos saltaban de una alegría gigante, cuando Florencio se dejaba coger en algún lazo. Los rojos semblantes parecían escarnecerle. En las inflexiones canallescas de las voces, en las anchas caderas, en los cuellos hinchados, en los meneos de los muslos, en el abandono de las manos, adivinaba Florencio toda una ola de inmuncias dirigidas contra él. Gavard, en medio de aquellas faldas impudentes y de fuertes olores, se hubiera hallado muy a sus anchas, contentándose con dar azotes a diestro y siniestro si le hubieran estrechado en demasía. Florencio, a quien las mujeres habían intimidado siempre, se sentía poco a poco perdido en una pesadilla de muchachas de prodigiosos encantos, que le rodeaban en inquietante círculo, con sus

voces enronquecidas y con sus gruesos brazos desnudos de luchadoras.

Entre todas aquellas hembras desatadas, tenía no obstante, una amiga. Clara declaraba rotundamente que el nuevo inspector era un simpático sujeto. Cuando pasaba ante ella, entre los insultos de sus vecinas, Clara le sonreía. Estaba allí, con mechones de cabellos rubios en el cuello y sobre las sienes, con el traje sujeto de través, indolente, detrás de su puesto. Pero más a menudo, Florencio la veía en pie, con las manos en el fondo de sus viveros, cambiando de fuente los pescados, y complaciéndose en dar vueltas a los pequeños delfines de cobre que arrojan un hilillo de agua por la boca. Aquel chorrear daba a Clara una gracia temblorosa de bañista al borde de una corriente, con las ropas mal sujetas todavía.

Una mañana, sobre todo, se mostró muy amable. Llamó al inspector para mostrarle una hermosa anguila que, en la subasta, había sido el asombro del mercado entero. Abrió la reja que había vuelto a cerrar prudentemente sobre el pilón en cuyo fondo parecía dormir la anguila.

—Espere usted—dijo,—va usted a ver.

Sumergió despacito en el agua su desnudo brazo, un brazo un tanto delgado, cuyo cutis de seda mostraba el pálido color azulado de las venas. En cuanto la anguila se sintió tocada, se arrolló sobre sí misma, en nudos rápidos, llenando el estrecho pilón con el verdoso jaspeado de sus anillos. Y en cuanto volvía a quedarse quieta, Clara se entretenía en irritarla de nuevo, con la punta de las uñas.

—Es enorme—creyó deber decir Florencio.— Pocas veces he visto otras tan hermosas.

Entonces Clara le confesó que, en los prime-

ros tiempos, le habían dado miedo las anguilas. Pero ahora sabía ya cómo hay que apretar los dedos para que no puedan escurrirse. Y allí al lado, cogió otra más pequeña. La anguila, en los dos extremos de su cerrado puño, se retorció. Esto hacía reír a la pescadera. Despidióla lejos de sí, cogió otra, y hurgó en el pilón, removiendo aquel montón de serpientes con sus delgados dedos.

Después permaneció allí un instante hablando de la venta, que no marchaba bien. Los vendedores de fuera, en el gran cuadrado de la calle cubierta, les hacían mucho daño. Su brazo desnudo, que no se había secado, chorreaba, fresco, con la frescura del agua. De cada dedo le caían gruesas gotas.

—¡Ah!—dijo bruscamente.—Es preciso que le enseñe a usted también mis carpas.

Abrió una tercera reja, y con las dos manos, asió una carpa que daba coletazos estertorando. Pero buscó una menos grande; aquélla, pudo sujetarla con una sola mano, que el soplo de los costados abría un poco a cada respiración del pez. Clara imaginó meterle el pulgar en la boca en uno de los bostezos.

—Esta no muerde murmuraba con su dulce risa.—No es mala... Lo mismo que los cangrejos... Ya no les tengo miedo.

Había vuelto a sumergir el brazo, y sacaba, de uno de los compartimientos, atestado de un hormiguero confuso, un cangrejo que le había cogido el dedo meñique. La joven lo sacudió un instante; pero sin duda el crustáceo debió de apretarle con demasiada fuerza, porque se puso muy colorada y le rompió la pata, con pronto ademán de rabia y sin cesar de sonreír.

—Por ejemplo—dijo para ocultar su emoción,

—no me fiaría yo de un lucio. Me cortaría los dedos lo mismo que un cuchillo.

Y mostraba, en planchas lavadas con lejía, de excesiva limpieza, grandes lucios colocados por orden de tamaños, al lado de las bronceadas tencas y de lotes de gubios en pequeños montones. Ahora tenía las manos muy grasientas por la secreción de las carpas; las separaba, en pie en la humedad de los viveros, por encima de los mojados pescados del escaparate. Hubiérase creído envuelta en aromas de freza, en uno de esos olores espesos que se desprenden de los juncos y de los vasos nenúfares, cuando los huevos hacen estallar el vientre de los pescados, pasmados de amor al sol. Secóse las manos en el delantal, sin dejar de sonreír, con su tranquilo aspecto de niña grande con la sangre helada, en aquel estremecimiento de las voluptuosidades frías y desaboridas de los ríos.

Aquella simpatía de Clara era un débil consuelo para Florencio. Le valía bromas más sucias aún, cuando se detenía para hablar con la joven. Esta se encogía de hombros, y decía que su madre era una vieja picara y que su hermana no valía gran cosa. La injusticia del mercado con el inspector, la llenaba de cólera. Entretanto, la guerra continuaba, más cruel de día en día. Florencio pensaba en abandonar su destino; no lo hubiera conservado ni veinticuatro horas, de no ser por el temor de aparecer cobarde a los ojos de Lisa. Apurábase por lo que ella dijese, por lo que ella pensase. La salchichera estaba forzosamente enterada del gran combate entre las pescaderas y su inspector, cuyo rumor llenaba los sonoros Mercados, y cada uno de cuyos nuevos golpes era juzgado por el barrio con comentarios sin fin.

—¡Ah! ¡Bueno!—decía con frecuencia, por la noche, después de comer.—¡Yo me encargaría de hacerlas entrar en razón! Todas son mujeres que no quisiera yo tocar ni con la yema de los dedos... Canalla, chusma... Esa Normanda es la última entre las últimas... ¡Ya la haría yo andar derecha! No hay más que mostrar autoridad, ¿comprende usted, Florencio? Usted está muy equivocado en sus ideas. Dé usted un golpe de fuerza, y ya verá usted cómo todo el mundo será prudente.

La última crisis fué terrible. Una mañana, la criada de madame Taboureau, la panadera, buscaba un mero en la pescadería. La bella Normanda, que la veía girar a su alrededor desde hacía algunos minutos, le dirigió algunas palabras, algunas zalamerías.

—Venga usted acá, que yo le daré lo que necesita... ¿Quiere usted un par de lenguados?... ¿Un rodaballo?

Y como la criada se acercase al fin y oliese un mero, con el mohín ceñudo que adoptan las parroquianas para pagar menos caro:

—Tómelo usted en peso—prosiguió la bella Normanda, colocándole el mero en la mano abierta, envuelto en una hoja de grueso papel amarillo.

La criada, una menuda auvernesa toda doliente, sopesaba el mero y le abría las agallas, siempre con la misma mueca y sin decir palabra. Después, como a pesar suyo:

—¿Y cuánto?

—Quince francos—respondió la pescadera.

Entonces la otra dejó de prisas y corriendo el pescado en el mármol. Parecía dispuesta a huir. Pero la bella Normanda la retuvo.

—Vamos, diga usted lo que ofrece.

—No, no; es demasiado caro.

—No importa, dígalo.

—¿Quiere usted ocho francos?

La tía Méhudin, que pareció despertarse, lanzó una carcajada inquietante. La gente creía sin duda que robaban el pescado.

—¡Ocho francos por un mero de ese tamaño!

La bella Normanda, con aire ofendido, volvió la cabeza. Pero la criada volvió dos veces, ofreció nueve francos, llegó hasta los diez. Después al ver que se marchaba en serio:

—Vamos, venga usted—le gritó la pescadera.—Déme usted el dinero.

La criada se plantó delante del puesto, charlando amigablemente con la tía Méhudin. ¡Madame Taboureau se mostraba tan exigente! Aquella noche tenía convidados a comer; unos primos de Blois, un notario con su señora. La familia de madame Taboureau era muy decente; ella misma, aunque panadera, había recibido buena educación.

—¿Limpíelo usted bien, oye?—dijo interrumpiéndose.

La bella Normanda, de una sola dedada, había quitado las tripas al mero y echado los desperdicios en el cubo. Introdujo entre las agallas del pescado una esquina de su delantal para quitar algunos granos de arena. Después, metiendo por sí misma el mero en la cesta de la auvernesa:

—Bueno, preciosa mía; estoy segura de que me dará usted las gracias.

Pero, al cabo de un cuarto de hora, se presentó de nuevo la criada, coloradísima, había llorado, y todo su cuerpecillo temblaba de cólera. Tiró el mero sobre el mármol del puesto, mostrando, por la parte del vientre, una ancha encentadura

que había quitado la carne del pescado hasta la raspa. Una ola de palabras entrecortadas salió de su garganta, hecha un nudo aún por las lágrimas.

—Madame Taboureau no lo quiere. Dice que no puede servirlo así. Y me ha dicho también que soy una imbécil y que me dejó robar por todo el mundo... Ya ve usted que está echado a perder... Yo no le he dado la vuelta, porque he tenido demasiada confianza... Devuélvame usted los diez francos.

—Se debe mirar lo que se compra—dijo fríamente la Normanda.

Y como la otra alzase la voz, la tía Méhudin se levantó de nuevo de su asiento.

—¿Quiere usted dejarnos en paz? No se puede volver a tomar un pescado que ha ido ya de mano en mano... ¡Vayan a averiguar dónde lo habrá dejado usted caer para dejarlo en ese estado!

—¡Yo, yo!

La criada se ahogaba. Después, prorrumpiendo en sollozos:

—Son ustedes un par de ladronas, sí, un par de ladronas. Madame Taboureau tenía razón al decírmelo.

Entonces, aquello fué formidable. La madre y la hija, furibundas, avanzando los puños, se despotricaron a su gusto. La criadita, asustada, cogida entre aquella voz ronca y aquella voz aflautada, que se la despedían mutuamente como una pelota, sollozaba más fuerte todavía.

—¡Anda enhoramala! Tu madame Taboureau es mucho menos fresca que ese mero... A ella sí que habría que componerla para poderla servir...

—¡Un pescado completo por diez francos!

¡Muchas gracias! No me conviene de ningún modo.

—Y tus aretes, ¿cuánto te cuestan?... Bien se ve que te los has ganado sabe Dios cómo.

—¡Rediez! Si sabemos que va a la esquina de la calle de Mondetour.

Florencio, en cuya busca había ido el guardián del mercado, llegó en lo más fuerte de la disputa. El pabellón se insurreccionaba decididamente. Las vendedoras, que tienen unos celos mutuos terribles, cuando se trata de vender una sardina de diez céntimos, se entienden a las mil maravillas en contra de las parroquianas. Cantaban a coro "La panadera tiene escudos que le cuestan poco", golpeaban con los pies, excitaban a las Méhudin, como a fieras a quienes se incita a morder; había algunas, en el otro extremo del andén, que se lanzaban fuera de sus puestos, como para saltar al moño de la criadita, perdida, anegada, arrebatada por aquella enormidad de injurias.

—Devuelva usted los diez francos a la señorita—dijo severamente Florencio, una vez que le hubieron puesto al tanto del asunto.

Pero la tía Méhudin estaba ya desatada.

—A ti, vida mía, te... ¡Mira, mira cómo devuelvo los diez francos!

Y, con toda su alma, arrojó el mero a la cabeza de la auvernesa, que lo recibió en pleno rostro. La sangre brotó de la nariz; el mero se desprendió y cayó al suelo, en donde se aplastó con ruido de rodilla mojada. Aquella brutalidad puso fuera de sí a Florencio. La bella Normanda tuvo miedo, y retrocedió, mientras que el inspector exclamaba:

—¡Queda usted privada del puesto durante

ocho días! Haré que le retiren el permiso, ¿lo entiende usted?

Y al sentir que seguían gritando detrás de él, se volvió con semblante tan amenazador, que las pescaderas, dominadas, se hicieron las inocentes. En cuanto las Méhudin hubieron devuelto los diez francos a la criada de madame Taboureaux, Florencio las obligó a cesar en la venta inmediatamente. La vieja se ahogaba de rabia. La hija se había quedado inmóvil, palidísima. ¡Ella, la bella Normanda, arrojada de su puesto! Clara dijo, con su tranquila voz de siempre, que estaba muy bien hecho, lo cual por la noche, estuvo en un tris que no hiciera agarrarse del moño a las dos hermanas, en su casa de la calle de Piouette.

Al cabo de ocho días, cuando las Méhudin volvieron al Mercado, se mostraron prudentes, muy envaradas, muy breves, con fría cólera. Por otra parte, encontraron el pabellón calmado, restablecido el orden. La bella Normanda, a partir de aquel día, alimentó en secreto un pensamiento de venganza terrible. Comprendía que aquel golpe provenía de la bella Lisa; había encontrado a ésta, al día siguiente del conflicto, con la frente tan alliva, que se había jurado hacerle pagar cara su mirada de triunfo. Tuvo en los rincones de los Mercados interminables conciliábulos con mademoiselle Saget, con madame Lecœur y con la Sarriette; pero cuando estaban cansadas ya de ridículos chismes de las desvergüenzas de Lisa con el primo y de los pelos que se encontraban en las morcillas de Quénu, ya no podía ir más allá la Normanda, y por otra parte, no quedaba satisfecha. Buscaba algo muy perverso que hiriese a su rival en el corazón.

Su hijo crecía libremente en medio de la pesca-

dería. Desde la edad de tres años, permanecía sentado sobre un pedazo de trapo, en el mismo centro del pescado. Dormía fraternalmente al lado de los grandes atunes, se despertaba entre las caballas y las pescadillas. El mocosuelo olía de tal modo, que se hubiera podido creer que salía del vientre de algún pescado grande. Su juego favorito fué mucho tiempo, cuando su madre volvía la espalda, edificar paredes y casas con sardinas; también jugaba a la guerra, sobre la mesa de mármol, alineando las triglas unas frente a otras; las acercaba, les hacía chocar las cabezas, imitaba con la boca la trompeta y el tambor, y finalmente las colocaba amontonadas, diciendo que eran muertos. Más tarde, fué a dar vueltas alrededor de su tía Clara, para coger las vejigas de las carpas y de los lucios que aquella vaciaba; poníalas en el suelo y las hacía reventar, lo cual le entusiasmaba. A los siete años corría por los andenes, se hacía un ovillo bajo los puestos, entre las cajas de madera forradas de zinc, y era el galopín mimado de las pescaderas. Cuando éstas le enseñaban algún objeto nuevo que le encantaba, el arrapiezo juntaba las manos y se quedaba como en éxtasis. Habíanle puesto de apodo Muche. Muche por allí, Muche por allá. Todas le llamaban. Hallábasele en todas partes, en el fondo de las oficinas de la almoneda, en los montones de canastas, entre los cubos de los desperdicios. Estaba allí como un barbillo joven, de rosada blancura, coleando, sumergiéndose, suelto en el agua libre. Experimentaba por las aguas corrientes ternuras de pececillo. Arrastrábase por los charcos de los andenes, recibía el chorrear de las mesas. A menudo, abría solapadamente un grifo, dichosísimo al ver salpicar el chorro del agua. Pero donde más que a ninguna

parte iba a cogerle su madre, por la noche, era a las fuentes, encima de la escalera de los sótanos; de allí le sacaba la Normanda empapado, con las manos azules, con agua en los zapatos y hasta en los bolsillos.

Muche, a los siete años, era un hombrecillo lindo como un ángel y bruto como un carretero. Tenía los cabellos castaños y crespos, hermosos y tiernos ojos, una boca pura que blasfemaba, soltando palabrotas que hubieran arañado el gaznate de un gendarme.

Educado entre la basura de los Mercados, delectaba el catecismo truhanesco, se ponía el puño a la cadera e imitaba a la mamá Méhudin cuando se encolerizaba. Entonces las "pendangas", las "zorronas", los "anda a sonar a tu hombre", los "¿a cómo te pagan el pellejo?", pasaban por el hilillo de cristal de su voz de niño de coro. Y quería tartajear, y encanallaba su exquisita infancia de niño sonriente sobre las rodillas de una Virgen. Las pescaderas se reían hasta derramar lágrimas. El mocoso, envalentonado, no soltaba ya dos palabras sin acompañarlas con una blasfemia al final. Pero a pesar de ello, era adorable, pues ignoraba todas aquellas porquerías, le mantenían lleno de salud los frescos hálitos y los fuertes olores del pescado fresco, y rezaba su rosario de injurias obscenísimas con aspecto extático, como hubiera rezado sus oraciones.

Llegaba el invierno. Muche se sintió friolero aquel año. Desde que llegaron los primeros fríos, el despacho del inspector le produjo vivísima curiosidad. El despacho de Florencio se hallaba en el ángulo izquierdo del pabellón, por el lado de la calle de Rambuteau. Estaba amueblado con una mesa, un casillero, un sillón, dos sillas y una

estufa. En esta estufa era en lo que pensaba Muche. Florencio adoraba a los niños. Cuando vió a aquel pequeño, con las piernas chorreando, que miraba al través de los cristales, le hizo entrar. La primera conversación con Muche le asombró profundamente. El chiquillo estaba sentado delante de la estufa, y decía con tranquilo acento:

—Me voy a tostar un poco las aletas, ¿sabes? Hace un frío que Dios tira.

Después soltaba perlinas careajadas, añadiendo:

—Esta mañana es mi tía Clara la que parece una mala pécora... Di, señor, ¿es verdad que tú vas a calentarte los pies, por las noches?

Florencio, consternado, fué sintiendo de día en día más extraño interés por aquel golfillo. La bella Normanda continuaba envarada, y dejaba que su hijo fuera al despacho de Florencio, sin decir una palabra. Entonces el inspector se creyó autorizado para recibirlo; procuró atraerle, por las tardes, animado poco a poco por la idea de hacer de él un muchachito muy bueno. Parecíale que su hermano Quénu se tornaba chiquillo y que se hallaban aún ambos en la gran habitación de la calle Royer-Gollard. Su alegría, su secreto en sueño de abnegación, era el vivir siempre en compañía de un ser joven, que no creciese, a quien instruyera sin cesar, y por cuya inocencia pudiese amar a los hombres. Desde el tercer día se llevó un abecedario. Muche le entusiasmó por su inteligencia. Aprendió las letras con la lista parisiense de un niño de las calles. Los grabados del abecedario le divertían extraordinariamente. Luego, en el estrecho despacho, gozaba de recreos formidables; la estufa continuaba siendo su gran amiga, un manantial de placeres

sin fin. Empezó por asar en ella patatas y castañas, pero esto le pareció soso. Entonces robó a su tía Clara gubios que ponía a asar uno por uno, en el extremo de un hilo, ante la ardiente boca; y se los comía con deleite, sin pan. Un día llegó a llevar una carpa; pero ésta no quiso asarse y apestó el despacho hasta tal punto, que fué menester abrir la puerta y la ventana. Florencio, cuando el olor de aquellos guisos era demasiado fuerte, tiraba los pescados a la calle. Pero generalmente se reía. Muche, al cabo de dos meses, empezaba a leer de corrido, y sus cartapacios de escritura eran muy limpios.

Entre tanto, el arrapiezo, por la noche, mareaba a su madre contándole cosas de su buen amigo Florencio. El buen amigo Florencio había dibujado hombres y árboles en unas chozas. El buen amigo Florencio hacía un gesto, así, al decir que los hombres serían mejores si todos supiesen leer. De manera que la Normanda vivía en la intimidad de aquel hombre a quien meditaba estrangular. Un día dejó a Muche encerrado en su casa, para impedir que fuese al despacho del inspector; pero el chiquillo lloró de tal manera, que la madre le devolvió la libertad al día siguiente. La Normanda era muy débil, no obstante su cuadratura y su aspecto de osadía. Cuando el chico le contaba que había estado muy caliente, cuando volvía con los vestidos secos, experimentaba un agradecimiento vago, una gran alegría por saber que estaba abrigado, con los pies junto al fuego. Más tarde, se sintió muy conmovida cuando Muche leyó delante de ella un pedazo de periódico manchado, que envolvía un trozo de congrio. Poco a poco, y de esta suerte, llegó la Normanda a pensar, sin decirlo, que quizá Florencio no era un hombre malo; sintió

respeto por su instrucción, mezclado con una curiosidad creciente de verle más de cerca, de penetrar en su vida. Después, bruscamente, se dió a sí misma un pretexto, y se persuadió de que ya tenía su venganza; era preciso mostrarse amable con el primo, para ponerle a malas con la gorda Lisa; sería más divertido.

—¿Te habla de mí tu buen amigo Florencio?
—preguntó una mañana a Muche mientras le vestía.

—¡Ah, no!—respondió el chiquillo.—Nos entretenemos.

—Pues bueno, dile que ya no le guardo rencor, y que le agradezco mucho que te enseñe a leer.

Desde entonces, el niño recibió cada día un encargo para Florencio. Iba de su madre al inspector y del inspector a su madre, cargado de frases amables, de preguntas y de respuestas que repetía sin entenderlas; le hubieran podido hacer decir las más enormes barbaridades. Pero la bella Normanda tuvo miedo de parecer tímida; un día fué en persona al despacho de Florencio, y se sentó en la segunda silla, en tanto que Muche daba su lección de escritura. Mostróse muy amable, muy cumplida. Florencio se quedó más turbado que ella. No hablaron más que del niño. Como manifestase él el temor de no poder continuar las lecciones en el despacho, ella le ofreció que fuese a su casa, por las noches. Después habló de dinero. El se sonrojó y declaró que no iría si se hablaba de aquello. Entonces la Normanda le prometió pagarle en regalos, en pescados buenos.

Quedó con esto ajustada la paz. La Normanda llegó incluso a tomar a Florencio bajo su protección. Por otra parte, el inspector había acabado por ser aceptado de las pescaderas, que le

hallaban hombre mejor que el señor Verlaque, no obstante su mala vitola. Sólo la tía Méhudin se encogía de hombros; guardaba rencor al "larguirucho", como ella le llamaba despreciativamente. Y una mañana en que Florencio se detuvo sonriente ante uno de los viveros de Clara, la joven, soltando una anguila que tenía en la mano, le volvió la espalda, furiosa, congestionada y coloradísima. Florencio se quedó tan sorprendido, que habló de ello a la Normanda.

—No haga usted caso—dijo ésta.—Es una chiflada... Nunca es del mismo modo de pensar de los demás... Ha hecho eso únicamente por hacerme rabiar.

La Normanda triunfaba, y se engallaba en su puesto, más coqueta, con peinados complicados extraordinariamente. Habiéndose tropezado un día con la bella Lisa, le devolvió su mirada llena de desdén y llegó a soltarle una carcajada en pleno rostro. La certidumbre de que iba a desesperar a la salchichera al atraerse a su primo, le daba una hermosa risa sonora, una risa de garganta, cuyo estremecimiento dejaba ver su cuello grueso y blanco. En aquel momento se le ocurrió la idea de vestir a Muche muy decentemente, con un trajecillo escocés y una gorrilla de terciopelo. Muche no había llevado nunca más que blusas descuidadísimas. Y sucedió que, por aquella época, Muche se vió de nuevo asaltado por un gran cariño a las fuentes. El hielo se había derretido y el tiempo estaba tibio. Hizo tomar un baño al trajecillo escocés, dejando manar el agua a pleno grifo, desde el codo hasta la mano, lo cual llamaba él jugar a las goteras. Su madre le sorprendió, en compañía de otros dos arrapiezos, viendo cómo nadaban, en la gorrilla de

terciopelo llena de agua, dos pequeños peces blancos que había robado a la tía Clara.

Florencio vivió cerca de ocho meses en los Mercados, como sobrecogido por una continua necesidad de sueño. Al salir de sus siete años de padecimientos, caían en una calma tan grande, en una vida tan reglamentada, que apenas se daba cuenta de que existía. Abandonábase, con la cabeza un tanto hueca, continuamente sorprendido al verse cada mañana sentado en el mismo sillón del mezquino despacho. Aquella pieza le agradaba por su desnudez, por su pequeñez de garita. Refugiábase en ella, lejos de la gente, en medio del continuo retumbar de los Mercados, que le hacía pensar en algún mar grande cuyo lienzo le rodeara y aislase por todas partes. Pero, poco a poco, le empezó a desesperar una inquietud sorda; estaba descontento, se acusaba de faltas que no precisaba, y se rebelaba contra aquel vacío que parecía ahondarse cada vez más en su cabeza y en su pecho. Después, hediondas ráfagas, hálitos de pescado corrompido, pasaron por cima de él causándole grandes náuseas. Fué un desquiciamiento lentísimo, un aburrimiento vago que se convirtió en viva sobreexcitación nerviosa.

Todos sus días se parecían unos a otros. Andaba por en medio de los mismos ruidos, de los mismos olores. Por la mañana, el zumbido de las subastas le ensordecía como lejano repicar de campanas; y con frecuencia, según la lentitud de las llegadas, las subastas no terminaban hasta muy tarde. Entonces, permanecía en el pabellón hasta el medio día, incomodado a cada momento por discusiones y por riñas en las cuales se esforzaba por parecer justo hasta el último extremo. Necesitaba horas enteras para librarse

de algún miserable chisme que revolucionaba el mercado. Paseábase en medio del bullicio y del estrépito de la venta, recorría los andenes a paso lento, se detenía a veces delante de las pescaderas cuyos puestos están al borde de la calle de Rambuteau. Estas tienen grandes montones rosados de langostinos, rojas cestas de langostas cocidas, arrolladas, con la cola redondeada, mientras las langostas vivas se mueren, aplanaadas sobre el mármol. Allí veía Florencio comprar a algunos señores de sombrero y enguantados de negro, que acababan por llevarse una langosta cocida, envuelta en un periódico, en un bolsillo del redingote. Más lejos, ante los puestos de quita y pon en que se vende el pescado común conocía a las mujeres del barrio, que llegaban a la misma hora, con la cabeza descubierta. A veces se interesaba por alguna dama bien vestida, que arrastraba sus encajes a lo largo de las mojadas piedras, seguida de una criada con delantal blanco; a aquella la acompañaba a cierta distancia, viendo a las pescaderas encogerse de hombros ante sus mohines de disgusto. Aquella confusión de cestas, de sacos de cuero, de canastas; todas aquellas faldas desfilando por el chorrear de los andenes, le distraían, le hacían llegar hasta la hora del almuerzo, contento al ver el agua que fluía, la frescura que soplabá, pasando de la aspereza marítima de las conchas al tufillo amargo de las salazones. Siempre era por las salazones por donde terminaba su inspección; las cajas de ahumados arenques, las sardinas de Nantes en sus lechos de hojas, el arrollado bacalao ostentándose ante gruesas vendedoras sosas, le hacían pensar en una partida, en un viaje en medio de los barriles de salazón. Después, por la tarde, los Mercados se

calmaban, se adormecían. Entonces, Florencio se encerraba en su despacho, ponía en limpio sus escritos, gozaba de sus horas mejores. Si salía, si atravesaba la pescadería, la hallaba casi desierta. Ya no había el apiñamiento, los empujones, la gritería de las diez de la mañana. Las pescaderas, sentadas tras sus puestos vacíos, hacían calceta, con el cuerpo hacia atrás; y algunas compradoras retrasadas daban vueltas, mirando al soslayo, con la mirada lenta, con los fruncidos labios de las mujeres que calculan el precio de la comida hasta el céntimo. Caía el ocaso, y se oía el ruido de las cajas removidas; el pescado era tendido, para pasar la noche en lechos de hielo. Entonces Florencio, después de haber asistido a la clausura de las rejas, se llevaba consigo la pescadería en los vestidos, en la barba, en los cabellos.

En los primeros meses no le hizo sufrir demasiado aquel olor penetrante. El invierno era rudo; las heladas trocaban los andenes en espejos, y los témpanos de hielo ponían encajes blancos en las mesas de mármol y en las fuentes. Por la mañana, había que encender lamparillas bajo los grifos para obtener un chorrito de agua. Los pescados, helados, con la cola retorcida, mates y ásperos como metal sin pulimento, sonaban con erujiente ruido de pálido hierro colado. Hasta febrero, el pabellón permaneció en estado lamentable, como erizado, desolado bajo su sudario de escarcha. Pero llegó el deshielo, el tiempo suave y tibio, las brumas y las lluvias del mes de marzo. Entonces los pescados se ablandaron, mojándose. Aromas de carne agria se mezclaron con las ráfagas insípidas de lodo que llegaban de las calles vecinas. Hediondez vaga todavía, dulzura descorazonadora de humedad, que se arrastraba

al ras del suelo. Después, en las ardientes tardes de junio, el hedor fué creciendo, impregnando el aire de una niebla pestilente. Abriáanse las ventanas superiores, grandes toldos de tela gris se tendían bajo el ardoroso cielo, y una lluvia de fuego caía sobre los Mercados, calentándolos como un horno de hierro; y ni el menor soplo de viento barria aquel vapor de pescado podrido. Los puestos de venta humeaban.

Florencio padeció entonces aquel amontonamiento de alimentación en medio del cual vivía. Volvieron a asaltarle, más intolerables, los ascos de la salchichería. Había soportado otros hedores tan terribles como aquellos; pero los otros no provenían del vientre. Su pequeño estómago de hombre flaco se sublevaba al pasar por aquella ostentación de pescados mojados en aguas corrientes, que se estropeaban con sólo un poco de calor. Ellos le alimentaban con sus penetrantes olores, le sofocaban, como si tuviera una indigestión de olfato. Cuando se encerraba en su despacho, le seguía el desaliento, penetrando por el mal ensamblado maderámen de la puerta y de la ventana. En los días de cielo gris, la pequeña estancia estaba obscurísima; era como un largo crepúsculo en el fondo de un pantano nauseabundo. A menudo, asaltado por nerviosas ansiedades, sentía un prurito de andar, y bajaba a los sótanos por la amplia escalera que se abre en el centro del pabellón. Allí, en el aire ahogado, a la media luz de algunos mecheros de gas, volvía a hallar la frescura del agua pura... Se detenía delante del gran vivero, en donde se guardan en reserva los pescados vivos; oía la canción continua de los cuatro chorros de agua que caían de las cuatro esquinas de la pila central, fluyendo bajo las rejillas de los pilones cerrados con lla-

ve, con el ruido suave de las corrientes perpetuas. Aquel manantial subterráneo, aquel arroyuelo que murmuraba en la sombra, le apaciguaba. También se extasiaba, por la tarde, con las bellas puestas de sol que recortaban en negro los finos encajes de los Mercados sobre los rojos resplandores del cielo; la claridad de las cinco, el polvo volador de los últimos rayos entraba por todos los huecos, por todas las rayas de las persianas; era como un transparente luminoso y sin pulimento, en donde se dibujaban las delgadas aristas de los pilares, las elegantes curvas de las vigas, las figuras geométricas de las techumbres. Florencio se saturaba la vista de aquel inmenso plano diseñado con tinta china en una vitela fosforescente, y volvía a su sueño de alguna máquina colosal, con sus ruedas, sus palancas, sus reguladores, entrevista al través de la sombría púrpura del carbón que en la caldera flameaba. A cada hora, los juegos de luz cambiaban los colores de los Mercados, desde el azulado de la mañana y las negras sombras del mediodía, hasta el incendio del sol poniente, que se apagaba en la ceniza gris del ocaso. Pero, en las tardes de llamas, cuando subían los hedores, atravesando con un estremecimiento los grandes rayos amarillos, como cálidas humaredas, las náuseas le acometían de nuevo y su sueño se perdía, imaginando estufas gigantes, cubos infectos de marterifes en los que se fundía la grasa insana de todo un pueblo.

Sufría también por aquel medio grosero, cuyas palabras y ademanes parecían haber adquirido también olor. Sin embargo, no era malo, ni se ponía muy feroz. Solamente las mujeres le estorbaban. No se sentía a sus anchas más que con madame François, a quien había vuelto a ver.

La verdulera demostró tan gran alegría al verle colocado, feliz, sacado de apuros, como ella decía, que Florencio se sintió conmovidísimo. Lisa, la Normanda, todas las demás, le inquietaban con sus risas. A madame François se lo hubiera contado todo. Ella no se reía como quien se burla; tenía risa de mujer dichosa por la alegría ajena. Además, era una mujer valiente; ejercía un oficio muy duro, en invierno, en los días de helada; el tiempo de las lluvias era mucho más penoso aún. Florencio la vió algunas mañanas recibiendo aguaceros enormes, lluvias que caían desde la vispera, lentas y frías. Las ruedas del carro, desde Nanterre a París, se habían hundido en el fango hasta los cubos. Baltasar estaba enlodado hasta el vientre. Y madame François le compadecía, se apiadaba de él, secándole con unos dentales viejos.

—Estos animales —decía a Florencio,— son muy delicados; por cualquier tontería les dan cólicos... ¡Ah! ¡pobre viejo, pobre Baltasar mío! Cuando pasamos por el puente de Neuilly, creí que nos habíamos caído al Sena, de tanto como llovía.

Baltasar iba a la posada. Madame François se queda águantando el chubasco para vender sus legumbres. El gran cuadrado se convertía en un lago de barro líquido. Las coles, las zanahorias, los nabos, golpeados por el agua gris, se anegaban en aquella ola de torrente fangoso que avanzaba por todo el arroyo. Ya no se veían las soberbias verduras de las claras mañanas. Los hortelanos, arrebujaados en sus tapabocas, hinchaban la espalda, tronando contra la administración, que después de un expediente, declaraba que la lluvia no es nociva para las legumbres y

que no había lugar a construir refugios para los que las vendían.

Entonces, las mañanas lluviosas desesperaron a Florencio. Pensaba en madame François. Se escapaba e iba a charlar un instante con ella. Pero nunca la encontraba triste. Sacudíase como un perro, y decía que no era aquel el primer chaparrón que aguantaba, y que no era de azúcar para derretirse con las primeras gotas de agua. Florencio la obligaba a entrar algunos minutos bajo una calle cubierta; algunas veces hasta la llevó a casa del señor Lebigre, en donde bebieron vino caliente. Mientras la verdulera le miraba amigablemente, con tranquilo semblante, Florencio se sentía feliz por aquel sano olor de los campos que ella le llevaba a los malsanos soplos de los Mercados. Madame François olía a tierra, a heno, al aire libre, al cielo inmenso.

—Tendrá usted que ir a Nanterre, amigo mío —decíale. Verá usted mi huerta; en todas partes he puesto borduras de tomillo. Huele a demonios ese maldito París de ustedes.

Y se iba, chorreando. Florencio se sentía refrescado de pies a cabeza al separarse de ella. También intentó dedicarse al trabajo para combatir las nerviosas angustias que padecía. Era un espíritu metódico que llevaba a veces hasta la manía el estricto uso de sus horas. Encerróse dos noches por semana, con objeto de escribir una gran obra sobre Cayena. Su habitación de colegial era excelente, pensaba, para calmarle y predisponerle al trabajo. Encendió el fuego, y veía si la planta, al pie de su lecho, crecía bien; después acercaba la mesita y permanecía trabajando hasta media noche. Había rechazado el devocionario y la "Clave de los sueños" hasta el fondo del cajón, que poco a poco se fué llenando

de notas, de cuartillas sueltas, de manuscritos de todas clases. La obra sobre Cayena no avanzaba gran cosa, interrumpida por otros proyectos, por planes de trabajos gigantescos, cuyo boceto hacia en pocas líneas. Sucesivamente, esbozó una reforma absoluta del sistema administrativo de los Mercados, una transformación de los consumos en impuestos sobre las transacciones, un reparto nuevo del aprovisionamiento de los barrios pobres, y por fin, una ley humanitaria, muy confusa todavía, que almacenaba en común los víveres que llegaban y aseguraba cada día un *mínimum* de provisiones a todas las casas de París. Con la espalda arqueada, abstraído en cosas graves, ponía su gran sombra negra en medio de la borrosa dulzura de la guardilla. Y, a veces, un pinzón que había recogido en los Mercados un día de nieve, se engañaba al ver la luz y lanzaba su pio de la pluma al correr sobre el papel.

Fatalmente volvió Florencio a la política. Había padecido demasiado por ella para que no constituyese la ocupación más cara de su vida. De no ser por el medio y por las circunstancias, Florencio hubiera llegado a ser un buen profesor de provincias, dichoso en la tranquilidad de su pueblecillo. Pero le habían tratado como a un lobo, y ahora se hallaba como destinado por el destierro a alguna tarea de combate. Su nervioso malestar no era más que el despertar de las grandes meditaciones de Cayena, de sus amarguras ante sus inmerecidos padecimientos, de sus juramentos de vengar algún día a la humanidad, tratada a latigazos, y a la justicia hollada. Los gigantescos Mercados, los desbordantes y fuertes alimentos habían apresurado la crisis. Parecíanle la bestia satisfecha y digiriendo, el

París indigestado, incubando su grasa y apoyando sordamente al imperio. Los Mercados ponían a su alrededor gargantas enormes, riñones monstruosos, rostros redondos, como continuos argumentos contra su delgadez de mártir, contra su amarillo semblante de descontento. Era el vientre tenderil, el vientre de la honradez media, que se henchía dichoso, reluciendo al sol, hallando que todo iba de bien en mejor, que nunca las personas de costumbres morigeradas habían engordado tan lindamente. Entonces se sintió con los puños apretados, apercebido a una lucha, más irritado, por el pensamiento de su destierro, de lo que estaba al regresar a Francia. El odio volvió a enseñorearse de él por completo. Con frecuencia dejaba caer la pluma y meditaba. El moribundo fuego manchaba su rostro con una gran llama; la lámpara se iba apagando, en tanto que el pinzón, con la cabeza debajo del ala, volvía a dormirse sobre una sola pata.

Algunas veces, a las once, Augusto, al ver luz por debajo de la puerta, daba unos golpes antes de ir a acostarse. Florencio le abría con cierto disgusto. El mozo de la salchichería se sentaba, y permanecía delante del fuego, hablando poco y no explicando nunca por qué entraba. Mientras estaba allí no dejaba un momento de contemplar la fotografía que les representaba, a Agustina y a él, cogidos de las manos, endomingados. Florencio creyó comprender al fin que Augusto se complacía con especial deleite en estar en aquella habitación en que había dormido la doncella. Una noche, sonriendo, le preguntó si había acertado.

—Quizá sí— respondió Augusto muy sorprendido por el descubrimiento que él mismo hacía.
—No había caído nunca en ello. Venía a verle a

usted sin saber por qué... ¡Buena va! ¡Si se lo dijera a Agustina, no tendría poco que reírse! Cuando uno ha de casarse, no piensa gran cosa en tonterías.

Cuando se mostraba charlatán, era para ir a parar siempre a la salchichería que abriría en Plaisance, con Agustina. Parecía tan completamente seguro de poder arreglar su vida a su gusto, que Florencio acabó por sentir hacia él una especie de respeto mezclado de irritación. En suma, que aquel muchacho era muy fuerte, a pesar de lo tonto que parecía; iba derecho a un objeto, y lo alcanzaría sin sacudidas, con beatitud perfecta. Aquellas noches, Florencio no podía ponerse de nuevo a trabajar; acostábase descontento, y no hallaba su equilibrio hasta que terminaba pensando: "¡Pero ese Augusto es un irracional!"

Cada mes iba Florencio a Clamart a ver al señor Verlaque. Esto era casi una alegría para él. El pobre hombre iba firando, con gran asombro de Gavard, que no le había dado más de seis meses de vida. A cada visita de Florencio, el enfermo le decía que se sentía mejor, y que tenía grandísimos deseos de volver a encargarse de su trabajo. Pero pasaban días y sobrevenían nuevas recaídas. Florencio se sentaba al lado del lecho, hablando de la pescadería y procurando llevar un poco de alegría a la conversación. Ponia sobre la mesa de noche los cincuenta francos que cedía al inspector propietario; y éste, a pesar de ser cosa conocida, se incomodaba cada vez, diciendo que no quería el dinero. Después se hablaba de otra cosa, y el dinero se quedaba sobre la mesa. Cuando Florencio se marchaba, madame Verlaque le acompañaba hasta la puerta de la calle. Era pequeña, fofa, muy lloricona.

No hablaba más que de los gastos ocasionados por la enfermedad de su marido, del caldo de pollo, de las carnes medio crudas, del burdeos y del farmacéutico y el médico. Esta doliente conversación embarazaba mucho a Florencio. Las primeras veces no comprendió. Por fin, como la pobre señora lloraba sin cesar, diciendo que en otro tiempo eran felices con los mil ochocientos francos de la plaza de inspector, le ofreció Florencio tímidamente entregarle algo sin que lo supiese su marido. La señora se defendió, y sin transición, por sí misma, aseguró que cincuenta francos le bastarían. Pero, durante el mes, escribía con gran frecuencia a aquel a quien llamaba su salvador; tenía una letrita inglesa fina y sabía hallar frases fáciles y humildes, con las cuales llenaba tres páginas justas, para pedirle diez francos; de modo que los ciento cincuenta francos del empleado pasaban por entero al matrimonio Verlaque. El marido lo ignoraba sin duda, y la mujer le besaba las manos. Aquella buena acción era el gran goce de Florencio; ocultábala como un placer prohibido que se proporcionaba egoístamente.

—Ese demonio de Verlaque se burla de usted —decía a veces Gavard.— Ahora que le pasa usted una renta, holgazanea.

Un día, acabó por responder:

—Está decidido; no le entrego ya más que veinticinco francos.

Por otra parte, Florencio no tenía necesidad ninguna. Los Quénu seguían proporcionándole mesa y cama. Los pocos francos que le quedaban, bastaban para pagar su consumación, por las noches, en casa del señor Lebigre. Poco a poco, su vida se había ido reglamentando como un reloj; trabajaba en su cuarto; continuaba

dando sus lecciones a Muche, dos veces por semana, de ocho a nueve; concedía una velada a la bella Lisa, para no enojarla, y pasaba el tiempo restante en el gabinete acristalado, en compañía de Gavard y de sus amigos.

A casa de los Méhudin llegaba con su dulzura un tanto rígida de profesor. La vieja morada le agradaba. Abajo, pasaba por entre los olores sosos del comerciante de hierbas cocidas; fuentes de espinacas, platos de acederas, se enfriaban en el fondo de un pequeño patio; después, subía la escalera de caracol, rezumante de humedad, cuyos peldaños, chatos y desgastados, formaban declive de modo inquietante. Las Méhudin ocupaban todo el segundo piso. La madre no había querido nunca mudarse, cuando había llegado la holgura, a pesar de las súplicas de las dos hijas, que deseaban vivir en una casa nueva, en una calle ancha. La vieja se obstinaba diciendo que allí había vivido y que allí moriría. Por otra parte, se contentaba con que le dejaran un gabinete obscuro, reservando las habitaciones mejores a Clara y a la Normanda. Esta, valiéndose de su autoridad de hermana mayor, se había apoderado de la habitación que daba a la calle; era la gran alcoba, la hermosa alcoba. Clara quedó tan vejada por ello, que rechazó la pieza vecina, cuya ventana tenía vistas al patio; quiso dormir en el otro lado del rellano, en una especie de zaquizamí, al que ni siquiera hizo dar una mano de cal. Tenía su llave y era libre; a la menor contrariedad, se encerraba en su cuarto.

Cuando Florencio se presentaba, las Méhudin terminaban de cenar. Muche se le arrojaba al cuello. Florencio permanecía un instante sentado, con el niño parloteando sobre sus rodillas. Después, cuando limpiaban el hule de la mesa,

la lección comenzaba en una de sus esquinas. La bella Normanda dispensaba buena acogida al profesor. Hacía calceta o repasaba la ropa blanca, acercando su silla y trabajando a la luz de la misma lámpara. Con frecuencia dejaba la aguja para atender a la lección, que la sorprendía. Muy pronto sintió gran estimación hacia aquel muchacho tan sabio, que parecía dulce como una mujer al hablar al pequeño, y que tenía una paciencia angelical al repetir siempre los mismos consejos. Ya no le parecía feo. Hasta tal punto, que llegó a sentirse como celosa de la bella Lisa. Acercaba más su silla, y miraba a Florencio con sonrisa embarazosa.

—¡Mamá, mamá! — decía Muche colérico. — ¡Me empujas el codo, no me dejas escribir! Mira, ya he hecho un borrón. ¡Retírate!

Poco a poco, llegó la Normanda a decir mucho mal de la bella Lisa. Pretendía que la salchichera ocultaba su edad, que se apretaba el corsé hasta ahogarse; si Lisa, desde por la mañana, bajaba a la tienda aderezada, pulida, sin que un solo cabello sobresaliera más que los otros, era porque debía de estar espantosa antes de arreglarse. Entonces levantaba un poco los brazos, para mostrar que ella, dentro de casa, no llevaba corsé; y conservaba su sonrisa, al poner de manifiesto su soberbio torso, que se veía palpar y vivir bajo su delgada chambra mal prendida. Muche, interesado, miraba a su madre levantar los brazos. Florencio escuchaba, y llegaba hasta reirse, con la idea de que las mujeres eran muy particulares. La rivalidad de la bella Normanda y de la bella Lisa le divertía.

Entretanto, Muche terminaba su página de escritura. Florencio, que tenía una hermosa letra, preparaba modelos, tiras de papel en las que es-

cribía, en grueso y medio grueso, palabras muy largas, que ocupaban toda la línea. Era aficionado a las palabras "tiránicamente, liberticida, anticonstitucional, revolucionario"; o bien hacía copiar al niño frases como éstas: "El día de la justicia llegará... Los padecimientos del justo son la condenación del perverso... Cuando suene la hora, caerán los culpables". Obedecía con la mayor ingenuidad, al escribir los modelos de escritura, a las ideas que le atenazaban el cerebro, olvidaba a Muche, a la bella Normanda, todo lo que le rodeaba. Muche habría copiado el "Contrato Social". El arrapiezo, alineaba, en páginas enteras, muchos "tiránicamente", y "anticonstitucional", dibujando cada letra.

Hasta que se iba el profesor, la tía Méhudin daba vueltas alrededor de la mesa, refunfuñando. Continuaba alimentando hacia Florencio un rencor terrible. Según ella, no tenía sentido común aquello de hacer trabajar así al pequeño, por la noche, a la hora en que los niños deben estar durmiendo. Con seguridad hubiera puesto al "larguirucho" en la calle, si la bella Normanda, después de una explicación en extremo tempestuosa, no le hubiera dicho rotundamente que se iría a vivir a otra parte si no fuese dueña de recibir en su casa a quien bien le pareciera. Por otra parte, la disputa volvía a entablarse cada noche.

—Por más que digas—repetía la vieja,—tiene ojos de traidor... Además, yo no me fío de los flacos. Un hombre flaco es capaz de todo... No he encontrado nunca uno bueno... A ese se le ha pasado la barriga a las ancas, porque está más liso que una tabla... Yo, que tengo sesenta y cinco años cumplidos, no le querría ni en la mesa de noche.

Decía esto porque bien veía por dónde iban las aguas. Y hablaba con admiración del señor Lebigre, quien, efectivamente, se mostraba muy galante con la bella Normanda; además de que olfateaba allí un dote crecido, pensaba que la joven estaría soberbia detrás del mostrador. La vieja no acababa nunca; por lo menos aquél no estaba escuchimizado; debía de ser fuerte como un turco; la tía Méhudin llegaba hasta a entusiasmarse con sus pantorrillas, que eran gordísimas. Pero la Normanda se encogía de hombros, respondiendo con acrimonia:

—¡Valiente cuidado me dan a mí sus pantorrillas! Yo no necesito las pantorrillas de nadie. Hago lo que me da la gana.

Y si la madre quería proseguir y hablaba con demasiada claridad:

—¿Bueno, y qué?—gritaba la hija.—Eso no le importa a usted... Además, no es verdad. Y luego, aunque lo fuera, yo no le pediría a usted permiso. No me fastidie usted más.

Y entraba en su cuarto dando un gran portazo. Había adquirido en la casa un dominio del cual abusaba. Por la noche, la vieja, cuando creía sorprender algún ruido, se levantaba descalza, para ir a pegar el oído a la puerta de su hija y ver si Florencio había ido a verla. Pero el inspector tenía en casa de los Méhudin una enemiga más feroz todavía. En cuanto llegaba, levantábase Clara sin decir una palabra, cogía una palmatoria, y se metía en su cuarto, al otro lado del rellano. Se la oía dar dos vueltas a la llave con rabia fría. Una noche en que su hermana invitó al profesor a cenar, Clara se hizo ella misma sus guisos y comió en su cuarto. A menudo se encerraba de tal modo, que no la veían en toda la semana. Continuaba siempre con su in-

dolencia, con sus caprichos de hierro, con sus miradas de animal receloso, bajo sus lanas de pálido color leonado. La tía Méhudin, que creyó poder desahogarse con ella, la puso furiosa al hablarle de Florencio. Entonces la vieja, exasperada, comenzó a berrear que se iría si no temiera dejar a sus dos hijas que se devorasen mutuamente.

Al retirarse Florencio una noche, pasó por delante de la puerta de Clara, que había quedado abierta de par en par. Vió a la joven muy colorada, contemplándole. Aquella actitud hostil le apenaba mucho; su timidez con las mujeres era lo único que le impedían provocar una explicación. Aquella noche hubiera entrado con toda seguridad en el cuarto de Clara, si no hubiera visto, en el piso superior, el rostro pequeño y blanco de mademoiselle Saget, que estaba apoyada en la baranda. Pasó de largo, y no había bajado diez escalones, cuando la puerta de Clara se cerró violentamente tras él, e hizo retemblar toda la escalera. En aquella ocasión fué cuando mademoiselle Saget se convenció de que el primo de madame Quénu se acostaba con las dos Méhudin.

Florencio no pensaba gran cosa en aquellas hermosas jóvenes. De ordinario, trataba a las mujeres como hombre que no tiene partido con ellas. Además, gastaba demasiada virilidad en sus ensueños. Llegó a sentir una amistad verdadera por la Normanda; ésta tenía buen corazón cuando no se le metían majaderías en la cabeza. Pero nunca se atrevió a pasar a mayores. Por las noches, a la luz de la lámpara, cuando ella acercaba su silla, como para inclinarse sobre las páginas de escritura de Muehe, llegaba Florencio a sentir su cuerpo poderoso y tibio al lado

del suyo, con cierto malestar. La joven le parecía colosal, pesadísima, casi inquietante por su gigantesco seno; Florencio estiraba sus puntiagudos codos, sus secos hombros, acometido por el vago temor de hundirse en aquella carne. Sus huesos de hombre flaco experimentaban cierta angustia al contacto de los pechos gordos. Bajaba la cabeza, adelgazábase más aún, incómodo por el fuerte hálito que emanaba de ella. Cuando su chambre se entreabría, creía Florencio ver salir, entre dos blancuras, una humareda de vida, un perfume de salud que le pasaba sobre el rostro, cálido aún, como impregnado de un punto de la hediondez de los Mercados en las ardientes tardes de julio. Era un perfume persistente, adherido al cutis de finura de seda; una secreción de pescado fresco que manaba de los soberbios pechos, de los regios brazos, del talle sutil, poniendo un rudo aroma en su olor de hembra. La Normanda había probado todos los aceites aromáticos; se lavaba con muchísima agua; pero en cuanto desaparecía la frescura del baño, la sangre volvía a llevar a todos los miembros el olor soso de los salmones, la almizelada violeta de los eperanos, el aroma acre de las sardinas y de las rayas. Entonces, el movimiento de sus faldas exhalaba una especie de vapor de lejía; andaba en medio de una evaporación de algas porosas; y, con su gran cuerpo de diosa, con su pureza y su palidez admirables, era como un hermoso mármol antiguo arrastrado por el mar y llevado a la costa en la redada de un pescador de sardinas. Florencio sufría; no la deseaba en modo alguno, pues tenía los sentidos sublevados por las tardes de la pescadería; pareciale irritante, demasiado salada, demasiado

amarga, de belleza excesivamente amplia y de relente fuerte en demasía.

Mademoiselle Saget, por su parte, juraba y perjuraba que Florencio era el amante de la Normanda. Habíase peleado con ésta por una platiña de diez sueldos. Después de aquella riña, la vieja demostraba gran amistad a la bella Lisa. De este modo esperaba llegar a conocer más pronto lo que ella llamaba "el tapujo de los Quénu". Florencio continuaba siendo un misterio, y la solterona estaba hecha un cuerpo sin alma, como ella misma decía, sin confesar la causa de sus dolencias. Una muchacha que corriera tras los calzones de un mancebo no habría estado más desolada que aquella vieja terrible, al ver que el secreto del primo se le escapaba de entre los dedos. Acechaba a Florencio, le seguía, lo desnudaba, lo miraba por todas partes, con la furiosa rabia de ver que su curiosidad en esto no alcanzaba a poseerle. Desde que el inspector iba a casa de los Méhudin, mademoiselle Saget no se separaba de la baranda de la escalera. Después comprendió que la bella Lisa estaba muy enfadada por ver a Florencio frecuentando "a aquellas mujeres". Todas las mañanas, desde entonces, le dió noticias de la calle Pirouette. Entraba en la salchichería, los días de frío intenso, encogida, achicada por las heladas; ponía las amoratadas manos en el calentador de metal de mostrador, para desentumecerse los dedos, y permanecía en pie, sin comprar nada, y repitiendo con su aflautada voz:

—Ayer estuvo otra vez en casa de ellas; ya no sale de allí... La Normanda le llamó "querido" en la escalera.

Mentía un poco por estar allí y calentarse las manos más tiempo. Al día siguiente a la noche

en que creyó ver salir a Florencio del cuarto de Clara, acudió a la tienda de Lisa e hizo durar el cuento media hora larga. Era una vergüenza; ahora ya iba el primo de una cama a la otra.

—Yo le he visto—dijo.—Cuando tiene ya bastante con la Normanda, va de puntillas en busca de la rubita. Ayer se separaba de la rubia, y sin duda iba a volver al lado de la morena, cuando me vió, lo cual le hizo dar media vuelta. Toda la noche estoy oyendo las dos puertas, sin acabar nunca... ¡Y esa vieja Méhudin que duerme en un gabinete entre las alcobas de sus dos hijas!

Lisa hacía un mohín de desprecio. Hablaba poco, y no alentaba los chismorreos de mademoiselle Saget más que con su silencio. Escuchaba con la mayor atención. Cuando los detalles eran demasiado escabrosos:

—No, no—decía entre dientes.—No es posible... No es posible que haya mujeres así...

Entonces mademoiselle Saget le respondía que, ¡qué diantre! no todas las mujeres eran honradas como ella. En seguida se mostraba muy tolerante con el primo. El hombre corre siempre en pos de las faldas que pasan; además, tal vez no era casado. Hacía preguntas sin que lo pareciese. Pero Lisa no juzgaba nunca a su primo, y se limitaba a encogerse de hombros, frunciendo los labios. Cuando la solterona se marchaba, miraba Lisa, con mueca de disgusto, la tapadera del calentador, en donde la vieja había dejado, sobre el reluciente metal, la mancha mate de sus dos manecillas.

—Agustina—gritaba.—Traiga usted un trapo para limpiar el calentador. Es asqueroso.

Entonces, la rivalidad de la bella Lisa y de la bella Normanda se hizo formidable. La bella Normanda estaba persuadida de haber quitado

un amante a su enemiga, y la bella Lisa se sentía furiosa contra aquella mujerzuela, que acabaría por comprometerles al atraer a su casa a aquel solapado de Florencio. En la hostilidad se dejaba ver el temperamento de ambas; la una tranquila, despreciativa, con mohines de mujer que se recoge las faldas para no mancharse de barro; la otra, más descarada, estallando en una alegría insolente, llenando toda la anchura de la acera, con las fanfarronadas de un duelista que busca un lance. Cada uno de sus encuentros ocupaba a la pescadería durante un día entero. La bella Normanda, cuando veía a la bella Lisa en el dintel de la salchichería, daba un rodeo para pasar por delante de ella y rozarla con su delantal; entonces sus miradas negras se cruzaban como espadas, con el centelleo y la punta rápida del acero. Por su parte, la bella Lisa, cuando iba a la pescadería, fingía una mueca de disgusto al acercarse al puesto de la bella Normanda; tomaba alguna pieza grande, un rodaballo o un salmón, a una pescadera vecina, y extendía su dinero sobre el mármol, porque había observado que aquello hería a la "cualquier cosa", que cesaba de reírse. Por otra parte, las dos rivales, a oírlas a ellas, no vendían más que pescado podrido y embutidos averiados. Pero, sobre todo, su punto de combate era el puesto para la bella Normanda y el mostrador para la bella Lisa, lanzándose miradas como rayos al través de la calle de Rabuteau. Entonces estaban como en sendos tronos, con sus grandes delantales blancos y sus trajes y joyas. Desde por la mañana comenzaba la batalla.

—¡Toma! ¡Ya se ha levantado la vaca gorda!
—gritaba la bella Normanda.—Se pone cordeles lo mismo que a los salchichones, esa mujer...

¡Ah, bueno! Se ha vuelto a poner el cuello del sábado, y aún lleva su traje de "popeline".

Al mismo tiempo, en el otro lado de la calle, la bella Lisa, decía a la criada de su tienda:

—Mire usted, Agustina, a esa criatura que nos está contemplando desde allí. Está toda deformada por la vida que lleva... ¿Le distingue usted los aretes? Creo que lleva los grandes, ¿verdad? Da lástima el ver con brillantes a hembras como esa.

—¡Para lo que le cuestan! —respondía complacientemente Agustina.

Cuando una de ellas llevaba una joya nueva, era una victoria; la otra se consumía de despecho. Toda la mañana se envidiaban sus parroquianas, y se mostraban muy hurañas, si se figuraban que la venta iba mejor para "la gran pécora" de enfrente. Después venía el espionaje del almuerzo; ambas sabían lo que comían y se espían hasta la digestión. Por las tardes, sentada la una entre sus carnes cocidas y la otra entre sus pescados, se las echaban de hermosas y se torturaban hasta lo infinito. Era la hora que decidía el éxito de la jornada. La bella Normanda bordaba, escogiendo trabajos de aguja muy delicados, lo cual exasperaba a la bella Lisa.

—Mejor haría —decía ésta,— en zurcirle las medias a su chiquillo, que va descalzo. ¡Miren ustedes la señorita, con las manos rojas apesando a pescado!

Ordinariamente, Lisa hacía calceta.

—Siempre está con el mismo calcetín—observaba la otra.—Se queda dormida sobre el trabajo; come demasiado... Si su cornudo lo espera para tener los pies calientes...

Hasta la noche continuaban implacables, comentando cada visita, con la mirada tan rápida,

que veían los más pequeños detalles de sus personas, cuando otras mujeres, a la misma distancia, declaraban no ver nada absolutamente. Mademoiselle Saget, se quedó admirada de la buena vista de madame Quénu, un día en que ésta distinguió un arañazo en la mejilla izquierda de la pescadera.

—Con unos ojos así—decía la solterona,—se podría ver al través de las puertas.

Caía la noche, y con frecuencia la victoria permanecía indecisa; a veces una de ellas quedaba vencida, pero al día siguiente tomaba el desquite. En el barrio se hacían apuestas por la bella Lisa o por la bella Normanda.

Llegaron a prohibir a sus hijos que se hablaban. Antes, Paulina y Muche eran buenos amigos; Paulina, con sus tiesas faldas de señorita decente; Muche desarrapado, blasfemando, pegando, haciendo el carretero a las mil maravillas. Cuando jugaban juntos en la ancha acera, delante del pabellón del pescado, Paulina hacía de carrito. Pero un día en que Muche fué por ella, con toda ingenuidad, la bella Lisa lo plantó en la calle, tratándole de galopín.

—¿Acaso sabe una a qué atenerse—dijo,—con esos niños tan mal educados?... Ese tiene tan malos ejemplos en su casa, que no puedo estar tranquila cuando está con mi hija.

El niño tenía siete años. Mademoiselle Saget, que se hallaba presente, añadió:

—Tiene usted mucha razón. El arrapiezo está siempre metido con las chiquillas del barrio... Lo encontraron un día en un sótano con la hija del carbonero.

La bella Normanda, cuando Muche fué llorando a contarle lo sucedido, montó en terrible cólera. Quería ir a destrozarlo todo en casa de los

Quénu-Gradelle. Después se contentó con pegarla con Muche.

—Si vuelves otra vez allí—gritó furiosa,—te ajustaré las cuentas.

Pero la verdadera víctima de las dos mujeres era Florencio. En el fondo, sólo él las había puesto en aquel pie de guerra, y ambas no se batían sino por él. Desde su llegada, todo iba de mal en peor; Florencio comprometía, enojaba, perturbaba a aquella gente que hasta entonces habían vivido en tan grasienta paz. La bella Normanda le hubiera arañado de buena gana, cuando le veía distraerse mucho tiempo en casa de los Quénu. El ardor de la lucha era lo que, en mucha parte, le hacía desear a aquel hombre. La bella Lisa conservaba una conducta de juez en presencia de la mala conducta de su cuñado, cuyas relaciones con las Méhudin eran el escándalo de todo el barrio. La salchichera se sentía horrorosamente vejada; esforzábese por no demostrar sus celos, unos celos muy singulares, que, a pesar de su desdén hacia Florencio y de su frialdad de mujer honrada, la exasperaban cada vez que aquél dejaba la tienda para ir a la calle Piroutte, y cada vez que se imaginaba los placeres prohibidos que debía de gozar allí.

Por la noche, la comida en casa de los Quénu iba siendo menos cordial. La limpieza del comedor adquiría un carácter agudo y acusador. Florencio veía un reproche, una especie de condenación, en la encina clara, en la lámpara limpia con exceso, en la alfombra demasiado nueva. Casi no se atrevía a comer, por miedo de dejar caer migas de pan o de manchar su sitio. Y no obstante, tenía una sencillez hermosísima que le impedía ver. Por todas partes elogiaba la dulzura de Lisa. Esta continuaba muy dulce, en

efecto, y le decía, con una sonrisa, como bromeando:

—¡Es singular!... Ahora no come usted mal, y sin embargo, no se pone usted gordo... No le hace a usted provecho...

Quénu se reía más fuerte, golpeaba el vientre de su hermano, diciendo que toda la tienda pasaría por allí sin dejar siquiera una capa de grasa del espesor de una moneda de diez céntimos. Pero la insistencia de Lisa tenía aquel odio, aquella desconfianza de los hombres flacos que la tía Méhudin manifestaba más brutalmente; contenía también una alusión indirecta a la vida de desenfreno que llevaba Florencio. Por otra parte, Lisa no hablaba nunca delante de él, de la bella Normanda. Quénu había soltado una broma, cierta noche, y su esposa se había quedado tan glacial, que el buen marido no volvió a las andadas. Después de los postres, permanecían de sobremesa un instante. Florencio, que había observado el humor de su cuñada cuando se marchaba demasiado pronto, buscaba un poco de conversación. Lisa estaba muy cerca de él, y no le parecía tibia y viviente, como la pescadera; no tenía tampoco el mismo olor de pescado, salpimentado y de fuerte gusto; olía a grasa, a la sosería de las carnes. Ni un solo estreñimiento provocaba un pliegue en su ajustado cuerpo. El contacto demasiado firme de la bella Lisa inquietaba sus huesos de flaco más que la blanda vecindad de la bella Normanda. Gavard le dijo una vez, en gran secreto, que madame Quénu era ciertamente una hermosa mujer, pero que a él le agradaban "menos blindadas que todo aquello".

Lisa procuraba no hablar a Quénu de Florencio. Generalmente, hacía gran ostentación de pa-

ciencia. Además, creía honrado no meterse entre los dos hermanos sin tener motivos muy serios para ello. Como ella decía, era muy buena, pero no había que ponerla entre la espada y la pared. Estaba en el período de tolerancia, con el rostro mudo, la cortesía estricta, la indiferencia afectada, evitando todavía con gran cuidado todo lo que hubiera podido hacer comprender al empleado que comía y dormía en casa de ellos, sin que su dinero se viese por ninguna parte; no es que ella hubiera aceptado un pago en cualquier forma, estaba muy lejos de ello; sólo que Florencio bien hubiera podido, por lo menos, almorzar fuera. Un día hizo observar a Quénu:

—Ya no estamos solos. Cuando queremos hablarnos, ahora, es necesario esperar a acostarnos por la noche.

Y una noche le dijo, con la cabeza en la almohada:

—Gana ciento cincuenta francos, ¿verdad?... Es muy singular que no pueda guardar algo para comprarse ropa blanca... Otra vez me he visto obligada a darle tres camisas viejas de las tuyas.

—¡Bah! Eso no importa—respondió Quénu.—Mi hermano no es dificultoso... Hay que dejarle su dinero.

—¡Oh! Claro que sí—murmuró Lisa sin insistir más.—No lo digo por eso... Que lo gaste bien o lo gaste mal, nada nos importa.

Lisa estaba persuadida de que Florencio se comía su sueldo en casa de los Méhudin. Una sola vez salió de su actitud calmada, de aquella reserva de temperamento y de cálculo. La bella Normanda había regalado a Florencio un salmón soberbio. El inspector, muy embarazado con el

salmón, y no habiéndose atrevido a rechazarlo, se lo llevó a la bella Lisa.

—Haga usted un pastel—le dijo ingenuamente.

Lisa le miraba fijamente, con los labios blancos; después, con voz que procuraba refrenar:

—¿Se figura usted que necesitamos cosas de comer? No, a Dios gracias... Bastante tenemos aquí. ¡Lléveselo usted!

—Pues por lo menos, haga usted que lo guisen—repuso Florencio, asombrado de su cólera.

—Yo me lo comeré.

Entonces Lisa estalló.

—¡Esta casa no es una fonda! Diga usted a las personas que se lo han dado que lo guisen si quieren... Yo no quiero apestar mis cacerolas... Léveselo usted, ¿lo oye?

Lo hubiera cogido y tirado a la calle. Florencio lo llevó a casa del señor Lebigre, en donde Rosa recibió orden de hacer un pastel. Y, una noche, en el gabinete acristalado, se lo comieron. Gavard pagó unas ostras.

Florencio, poco a poco, iba con más frecuencia y no abandonaba el gabinete. Hallaba en él un ambiente caldeado en donde se podían expresar sus ardores políticos. A veces, ya, cuando se encerraba en su guardilla para trabajar, la dulzura de la estancia le enojaba, la investigación teórica de la libertad no le bastaba y era menester que bajase, que fuese a satisfacerse con los cortantes axiomas de Charvet y con las cóleras de Logre. Las primeras noches aquel ruido, aquel flujo de palabras le había molestado; sentía aun el vacío de ellas, pero le asaltaba la necesidad de aturdirse, de darse latigazos, de ser impulsado a una resolución extrema que calmase las dudas de su espíritu. El olor del gabinete,

aquel aroma de licores, cálido por el humo del tabaco, le embriagaba, le producía una beatitud muy singular, un abandono de sí mismo cuyo arrullo le hacía aceptar sin dificultad cosas muy gordas. Llegó a amar los rostros que allí había, a entretenerse con ellos con el placer de la costumbre. El semblante dulce y barbudo de Robine, el perfil serio de Clemencia, la livida delgadez de Charvet, la joroba de Logre, y Gavard y Alejandro y Lacaille, formaban ya parte de su vida, adquiriendo en ella un puesto cada vez más grande. Era para él como un goce sensual por completo. Cuando ponía la mano en el pomo de cobre del gabinete, le parecía sentir que el pomo vivía, le calentaba los dedos, giraba por sí solo; no hubiera experimentado sensación más viva al coger la delicada mano de una mujer.

Verdaderamente, ocurrían cosas muy graves en el gabinete. Una noche, Logre, después de haber tronado con más violencia que de costumbre, dió varios puñetazos en la mesa, declarando que si los hombres fueran hombres, derribarían al gobierno. Y añadió que era preciso ponerse de acuerdo en seguida, si querían estar apercibidos para cuando llegara el desastre. Después, acercando más las cabezas y hablando en voz más baja, se convino en formar un grupo pequeñísimo pronto a todas las eventualidades. Gavard, a partir de aquel día, quedó persuadido de que formaba parte de una sociedad secreta y de que conspiraba. El círculo no se extendió, pero Logre prometió ponerlo en contacto con otras reuniones que conocía. En un momento dado, cuando tuvieran a todo París en la mano, harían bailar a las Tullerías. Entonces comenzaron discusiones sin fin que duraron varios meses; cuestiones de órdenes y de medios, cuestio-

nes de estrategia y de gobierno futuro. En cuanto Rosa había servido el "grog" de Clemencia, los "chops" de Charvet y de Robine, los "mazagrans" de Logre, de Gavard y de Florencio, y las copitas de Alejandro y de Lacaille, el gabinete era cuidadosamente cerrado como una barricada, y la sesión quedaba abierta.

Charvet y Florencio eran, por razón natural, las voces más escuchadas. Gavard no había sabido refrenar la lengua, y había contado poco a poco toda la historia de Cayena, lo cual valió a Florencio una aureola de mártir. Sus palabras eran como artículos de fe. Una noche, el comerciante de aves, enojado al oír atacar a su amigo, que estaba ausente, exclamó:

—¡No toquen ustedes a Florencio, que ha estado en Cayena!

Pero Chaver se consideraba picado por aquella ventaja.

—¡Cayena, Cayena!—murmuraba entre dientes.—No se estaba tan mal, al fin y al cabo.

E intentó demostrar que el destierro no es nada, y que el gran padecimiento consiste en vivir en la patria oprimida, con la boca amordazada ante el despotismo triunfante. Por otra parte, si no le habían detenido el 2 de diciembre, no era culpa suya. Hasta daba a entender que los que se dejan prender son unos imbéciles. Estos celos sordos hicieron de Charvet el adversario sistemático de Florencio. Las discusiones acababan siempre por circunscribirse a ellos dos solos. Y hablaban aún por espacio de dos horas, en medio del silencio de los demás, sin que ninguno de ellos se confesase nunca vencido.

Uno de los temas más acariciados era el de la reorganización del país, al día siguiente de la victoria.

—Hemos vencido, ¿no es eso?—comenzaba a decir Gavard.

Y una vez establecido el triunfo, cada cual daba su parecer. Había dos campos. Charvet, que profesaba el hebertismo, tenía a su lado a Logre y a Robine. Florencio, siempre perdido en su ensueño humanitario, se titulaba socialista y se apoyaba en Alejandro y en Lacaille. En cuanto a Gavard, no le repugnaban las ideas violentas, pero como algunas veces le reprochaban su fortuna, con agrídulces bromas que le emocionaban, era comunista.

—Será preciso hacer tabla rasa—decía Charvet con su voz breve, como si diese un hachazo.

—El tronco está podrido y hay que derribarlo.

—¡Sí, sí!—proseguía Logre, poniéndose en pie para ser más alto y estremeciendo el tabique con los golpes de su joroba.—Todo se vendrá al suelo, yo os lo digo... Después, ya veremos.

Robine aprobaba con la barba. Su silencio se regocijaba cuando las proposiciones eran por completo revolucionarias. Sus ojos adquirían gran dulzura al oír la palabra guillotina; cerrábalos a medias, como si viera el objeto y le enterneciese; y entonces se rascaba lentamente la barba con el puño del junco, con apagado ronquido de satisfacción.

—Sin embargo—decía a su vez Florencio, cuya voz conservaba un lejano sonido de tristeza.

—Sin embargo, si derribáis el árbol, será necesario guardar semillas... Yo creo, por el contrario, que es preciso conservar el árbol para injertar en él la vida nueva... La revolución política está hecha; hay que pensar en el trabajador, en el obrero; nuestro movimiento habrá de ser completamente social. Y yo les desafío a ustedes a

que detengan una reivindicación del pueblo... El pueblo está cansado, y quiere su parte.

Estas palabras entusiasmaban a Alejandro. Este afirmaba, con rostro bonachón y regocijado, que era verdad, y que estaba cansado el pueblo.

—Y queremos nuestra parte—añadía Lacaille con aire más amenazador.—Todas las revoluciones son para los burgueses... Ya basta de una vez. La primera será para nosotros.

Entonces ya no se entendían. Gavard ofrecía el reparto. Logre lo rechazaba, jurando que no le importaba el dinero. Después, poco a poco, Charvet, dominando el tumulto, continuaba él solo:

—El egoísmo de las clases es uno de los sostenes más firmes de la tiranía. Es malo que el pueblo sea egoísta. Si nos ayuda, obtendrá su parte... ¿Cómo quieren ustedes que yo me bata por el obrero, si el obrero se niega a batirse por mí? Además, la cuestión no es esa. Son precisos diez años de dictadura revolucionaria, si se quiere acostumbrar a un país como Francia al ejercicio de la libertad.

—Tanto más—decía rotundamente Clemencia,—cuanto que el obrero no está maduro y debe ser dirigido.

La joven hablaba raras veces. Aquella mujer grave, perdida en medio de aquellos hombres, tenía un modo profesoral de oír hablar de política. Se apoyaba en el tabique y se bebía su "grog" a sorbitos, contemplando a los interlocutores con fruncimientos de cejas, con hinchazón de la nariz, con aprobación o desaprobación mudas, que demostraban que comprendía y que tenía muy decididas ideas sobre las materias más complicadas. A veces liaba un cigarrillo, y arro-

jaba por la comisura de los labios bocanadas débiles de humo, prestando mayor atención. Parecía que la discusión se realizara ante ella, y que ella tuviese que dar los premios al final. Creía ciertamente conservar su puesto de mujer reservando su opinión y no enfadándose como los hombres. Unicamente, en lo más fuerte de las discusiones, lanzaba una frase, resumía con una palabra, enmendaba la plana al mismo Charvet, según expresión de Gavard. En el fondo, se creía mucho más inteligente que aquellos señores. No tenía respeto más que a Robine, cuyo silencio contemplaba con sus grandes ojos negros.

Florencio, como los demás, no reparaba en que estaba allí Clemencia. Para ellos era un hombre. Le daba apretones de manos que la descoyuntaban el brazo. Una noche, Florencio asistió a las famosas cuentas. Como la joven acababa de cobrar, quiso Charvet que le prestase diez francos. Pero ella dijo que no, y que antes era preciso saber cómo estaban. Vivían con la base del matrimonio libre y de la fortuna libre. Cada uno de ellos pagaba sus gastos estrictamente. De este modo, decían, no se debían nada ni eran esclavos. El alquiler, la comida, la ropa, los gastos menudos, todo estaba apuntado, sumado. Aquella noche Clemencia, después de comprobar, demostró a Charvet que ya le debía cinco francos. En seguida le dió los otros diez, diciendo:

—Recuerda que ahora me debes quince... Me los devolverás el 5, de las lecciones del niño de Léhudier.

Cuando se llamaba a Rosa para pagar, ambos sacaban de sus bolsillos los pocos sueldos de la consumación. Charvet, riendo, trataba a Clemen-

cia de aristócrata, porque tomaba "grog"; decía que la joven quería humillarle, hacerle comprender que él ganaba menos que ella, lo cual era cierto; en el fondo de sus risas había una protesta contra aquella ganancia más elevada, que le rebajaba, a pesar de su teoría de la igualdad de los sexos.

Aunque de las discusiones no se sacaba nada en claro, aquellos señores vociferaban continuamente. Del gabinete salía un ruido formidable; los deslustrados vidrios vibraban como pieles de tambor. A veces, el ruido llegaba a ser tan fuerte que Rosa, con toda su languidez, derramaba en el mostrador alguna copa sobre alguna blusa, y volvía la cabeza con inquietud.

—¡Ah, bueno, gracias! Parece que se pegan allí dentro—decía el de la blusa, dejando el vasito sobre el zinc y limpiándose la boca con el revés de la mano.

—No hay peligro—respondía tranquilamente el señor Lebigre.—son unos señores que hablan.

El señor Lebigre muy huraño para con los demás parroquianos, dejaba a los del gabinete que gritaran a su gusto, sin hacerles nunca la menor observación. Permanecía horas enteras sentado en la banqueta del mostrador, con chaleco de mangas, con la cabezota medio dormida apoyada en el espejo, siguiendo con la mirada a Rosa, que descorchaba las botellas o que limpiaba con una rodilla. En los días de buen humor, cuando la criada estaba delante de él, sumergiendo los vasos en la fuente de enjuagar, con los brazos desnudos, la pellizcaba fuertemente en las pantorrillas, sin que le vieran, lo cual aceptaba la joven con sonrisa de satisfacción. Ni siquiera por un sobresalto hacía traición a aquella familiaridad; cuando le había pellizcado

hasta hacerle sangre, Rosa decía que no tenía cosquillas. Entre tanto, el señor Lebigre, entre el olor del vino y el chorrear de las cálidas claridades que le aletargaban, prestaba oído a los ruidos del gabinete. Levantábase cuando las voces subían e iba a apoyarse en el tabique; o bien abría la puerta, entraba y se sentaba un instante, dando un golpe en el muslo a Gavard. Allí lo aprobaba todo con la cabeza. El comerciante de aves decía que, si bien aquel diablo de Lebigre no tenía gran pasta de orador, podían contar con él "el día del zafarrancho".

Pero Florencio, una mañana, en los Mercados, en una riña espantosa que estalló entre Rosa y una pescadera, a propósito de un barril de sardinas que la joven había hecho caer de un codazo, sin intención, oyó tratar al señor Lebigre de "soplón" y de "trapo viejo de la prefectura". Cuando hubo restablecido la paz, le dijeron la mar de cosas acerca del cafetero; era de la policía, y bien lo sabía todo el barrio; mademoiselle Saget, antes de servirse en su casa, decía haberle encontrado una vez yendo a hacer la delación; además, era un hombre de dinero, un usurero que prestaba de un día para otro a los vendedores ambulantes, y que les alquilaba carros, exigiéndoles intereses escandalosos. Florencio quedó muy emocionado. Aquella misma noche, apagando la voz, creyó que debía repetirle todo a aquellos señores. Estos se encogieron de hombros y se rieron mucho de sus inquietudes.

—¡Este pobre Florencio!—dijo perversamente Charvet.—Porque ha estado en Cayena, se imagina que toda la policía le persigue.

Gavard dió su palabra de honor de que Lebigre era "un bueno, un puro". Pero, sobre todo,

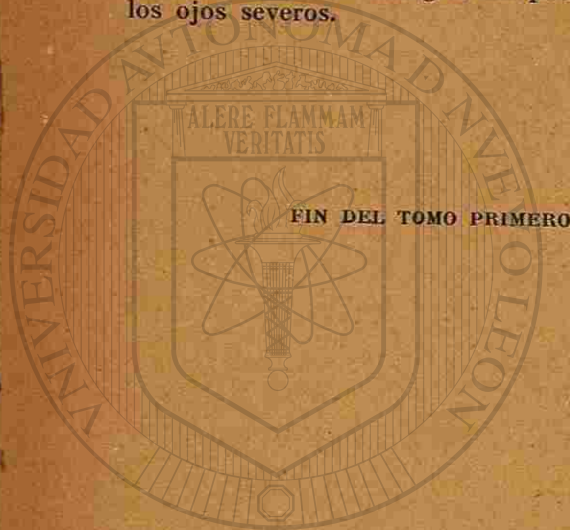
fué Logre el que se incomodó. Su silla se estremeceía; lanzaba apóstrofes, y declaraba que no era posible continuar de aquella suerte, y que si se acusaba a todo el mundo de ser de la policía, él prefería quedarse en su casa y no hablar más de política. ¡Pues no se habían atrevido a decir que él lo era, él, Logre! El, que se había batido en el 48 y en el 51, y que había estado dos veces a punto de ser deportado! Y al berrear esto, miraba a los demás, con la mandíbula saliente, como si les hubiera querido clavar, violentamente y a pesar de todo, la convicción de que no era de la policía. Al ver sus furibundas miradas, los demás protestaron con sendos ademanes. Entre tanto Lacaille, al oír tratar de usurero al señor Lebigre, había bajado la cabeza.

Las discusiones hicieron olvidar este incidente. El señor Lebigre, desde que Logre había echado a volar la idea de un complot, daba apretones de manos más fuertes a los parroquianos del gabinete. En verdad, su clientela debía de ser de muy escaso provecho; ninguno de ellos repetía nunca la consumación. Al llegar la hora de despedirse, se bebían la última gota de sus vasos, que habían ido consumiendo prudentemente durante los ardores de las teorías políticas y sociales. La despedida, en el húmedo frío de la noche, iba acompañada de repeluznos. Permanecían un instante sobre la acera, con los ojos quemados, los oídos medio sordos, como sorprendidos por el negro silencio de la calle. Detrás de ellos, Rosa echaba los barrotes de las puertas. Después, cuando se habían estrechado las manos, agotados, sin dar con una palabra, se separaban, mascando aún sus argumentos, con el pesar de no poder hundirse mutuamente sus convicciones hasta la garganta. La redonda espalda de Robine des-

aparecía por el lado de la calle de Rambuteau; en tanto que Charvet y Clemencia se iban por los Mercados, hasta el Luxemburgo, el uno al lado del otro, haciendo sonar militarmente sus tacones y discutiendo aún algún punto de política o de filosofía, sin darse nunca el brazo.

El complot maduraba lentamente. A principios de verano, no se hablaba nunca más que de la necesidad de "dar el golpe". Florencio, que, en los primeros tiempos, experimentaba cierta especie de desconfianza, acabó por creer en la posibilidad de un movimiento revolucionario. Ocupábase en él muy seriamente, tomando notas, trazando planes por escrito. Los otros hablaban siempre. El, poco a poco, concentró su vida en la idea fija que le golpeaba el cráneo cada noche, hasta tal punto, que llevó a su hermano Quénu a casa del señor Lebigre, naturalmente y sin pensar en nada malo. Siempre le trataba hasta cierto punto como su discípulo, y hasta debió de pensar que era su deber el lanzarle por el buen camino. Quénu era absolutamente novato en política. Pero al cabo de cinco o seis sesiones, se halló al unisono de los otros. Manifestaba gran docilidad, una especie de respeto hacia los consejos de su hermano, cuando no estaba presente la bella Lisa. Por otra parte, lo que le sedujo más que nada, fué el desenfreno de burgués de abandonar su salchicheria, de ir a encerrarse en aquel gabinete en donde se gritaba tan fuerte, y en el cual la presencia de Clemencia ponía para él un punto de olor suspecto y delicioso. De modo que ya cerraba los chorizos deprisa y corriendo, con objeto de acudir más pronto, pues no quería perder una palabra de aquellas discusiones que le parecían magníficas, sin que con frecuencia pudiera seguirlas

hasta el fin. La bella Lisa se percataba muy bien de su prisa por marcharse. Todavía no decía nada. Cuando Florencio se lo llevaba, la joven iba hasta el dintel de la puerta para verles entrar en casa del señor Lebigre, un poco pálida, con los ojos severos.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1727

THE EAST INDIA

COMPANY

RECORDS

1727